Thomas Kempis

DE LA IMITACIÓN DE CRISTO

O

MENOSPRECIO DEL MUNDO

Franciscus fecit

DE LA IMITACION DE CRISTO, Ó MENOSPRECIO DEL MUNDO,

COMPUESTO EN LATIN

POR EL V. P. TOMÁS de Kempis, Canónigo Reglar de S. Agustin.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR EL V. P. M. Fr. LUIS de Granada, del órden de Santo Domingo.

SE HAN AÑADIDO CUATRO LAMINAS FINAS EN EL PRINCIPIO DE LOS CUATRO LIBROS, Y LOS DICTÁMENES DE ESPÍRITU Y PERFECCION DEL P. EUSEBIO NIEREMBERG.

MADRID: 1817.

Por la Viuda de Barco Lopez, calle de la Cruz, donde se hallará.

Esta edición

es la transcripción manual de la edición de 1817 cuya portada hemos incluido. El texto puede encontrarse en *Googlebooks*, donde también se hallarán otras ediciones más antiguas, en particular de la del P. Eusebio Nieremberg. Hemos acometido esta transcripción para hacer el texto más asequible y fácil de leer, transmitir y, sobre todo, imprimir. Hemos respetado la puntuación, aunque ahora pudiese parecer excesiva. Hemos modernizado la grafía de algunas palabras (p. ej. *dejar* en lugar de *dexar*). Hemos introducido algunas notas a pie de página para aclarar expresiones o palabras que al lector corriente pudiesen contrariar y también hemos actualizado la acentuación, para facilitar la lectura.

Prólogo de Fray Luis de Granada

Tres cosas hay, amado lector, que notablemente aprovechan al ánima que desea salvarse. Una es la palabra de Dios: otra es la continua oración: otra es el recibir muchas veces el precioso Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Estas tres cosas leemos haber sido muy usadas en el principio de la iglesia cristiana, y por eso fue tan próspera en Dios: y así lo será en todo tiempo cualquiera ánima que estas tres cosas usare, con las cuales se hará una tan fuerte atadura de ella con Dios, que ni demonio, ni carne, ni mundo sepan, ni puedan romperla. Y si es razón que sea muy estimado aquello que nos ayuda a alcanzar una sola cosa de estas tres, pues cada una de por sí es tan alta y tan preciosa; ¿qué te parece, en cuánta estima debemos tener lo que nos acarrea todas estas tres cosas? Mucho ha hecho un predicador o un libro, cuando ha hablado o inducido a cualquier cosas de estas: y así es verdad.

Mas ruégote, por amor de Dios, que sepas mirar y estimar este presente libro, y verás en tí mismo cuán de verdad ha obrado Dios en tí, mediante estas palabras, no una de estas tres cosas, mas todas juntas; y no como quiera, mas muy apuradamente. Y dígolo así, porque aunque muchos libros hay que nos enseñan a

obrar, orar y comulgar; mas mucha diferencia va, como dicen, de Pedro a Pedro, y de libro a libro. Cierto no es pequeña obra saber encaminar en el camino de Dios, para que el que camina no caiga en barrancos. Ni es arte pequeña el saber hablar con Dios en la oración, ni cosa liviana el saberse aparejar para bien recibir el Cuerpo de Cristo. Y todo esto hallarás tan abundosamente en esta mesa, tan pobre en pompa de palabras, y tan rica y harta en las sentencias, que cierto yo tengo muy creído que tú me reprehendas después de leído, de corto, por no haber sabido alabar este libro como merece ser alabado. Y dirás con el rey David [1]: así como lo oímos, así lo vimos; y aún con la reina de Sabá, cuando decía [2]: mayor es tu hecho que tu fama. Prueba, toca, gusta, y verás la gran eficacia de aquestas palabras, y comerás un maná que te sepa muy bien a todo lo que hubieres gana, como el otro hacía: lo cual significaba, como Orígenes dice, la virtud que tiene la palabra de Dios, que a quien de buena gana la recibe, obra en él lo que ha menester.

Pues ten una cosa por averiguada, que si te llegar a este libro con alguna atención y gana de aprovechar, hallarás remedio para tu necesidad. De manera, que muchas veces dirás: este capítulo que ahora abrí, al propósito de lo que yo había menester ha hablado. Aquí, si fueres soberbio, hallarás palabras que te humillen. Si demasiadamente desconfías, y tienes las alas del corazón, como dicen, caídas, aquí hallarás mucho esfuerzo. Si eres descontentadizo y congojoso, lleno de voluntad propia, madre de toda maldad y de todo trabajo, aquí te enseñará a poner todas tus cosas en Dios, y vivir en un santo descuido debajo de la confianza de aquel Señor que todo lo provee. Y si has sido descuidado, y caes en otro extremo, que es no poner diligencia en las cosas que conviene, aquí hallarás aguijones con que eches de tí aquel falso sosiego. O si estás alegre demasiadamente, como muchas

[1] Sal 47
[2] 3 Reg 10

veces suele acaecer, lee aquí, y templarás tu alegría; y si triste, como las más veces acaece, irás consolado de aquí. ¿Qué te diré, sino que verás y sentirás aquí la grandeza de Dios, que mediante unas pocas palabras da a entender como es todo en todas las cosas? Todo lo cual remito a tí mismo, si leerlo quisieres, creyendo muy cierto que no me tacharás de vano alabador, viendo tú mismo en tí la misma verdad y provecho.

Y porque tal fuente como ésta, que agua tan clara echa de sí para hacer tanto fruto, estaba tan turbia y casi llena de cieno, por no estar el romance tan claro y tan propio, ni tan conforme al latín como fuera razón; fui movido con zelo de esta perla preciosa, que tan obscurecida estaba, y por eso tan poco gozada, de sacarla de nuevo, cotejándola con el latín, en el cual el primer autor la escribió; y quité lo que en el libro hasta aquí usado no había estado conforme al latín. Declaré lo obscuro, para que en ninguna cosa tropieces. Quité lo supérfluo, añadí lo falto. Y así con la gracia del Señor trabajé para presentarte este espejo en que tú te mires, cuan limpio y claro yo supe; y de darte este camino, en que andes, el más llano que yo pude.

Y aun porque lo traigas siempre contigo do quiera que fueres, se imprimió pequeño, como lo ves; para que así como no es pesado en lo de dentro, no lo sea en lo de fuera, y tengas un compañero fiel, un consuelo en tus trabajos, un maestro en tus dudas, un arte para orar al Señor, una regla para vivir, una confianza para morir, uno que te diga de tí lo que tú mismo no alcanzas, y en que veas quién es el Señor, que tal poder dió a los hombres que tales palabras hablasen. Recibe pues este amigo, y nunca de tí le apartes. Y después de leído tórnalo a leer; porque nunca envejece, y siempre en unas mismas palabras entenderás cosas nuevas, y verás algún rastro del Espíritu del Señor, que nunca se agota. Y goza a tu placer y con buena voluntad de esta dádiva que el Señor por su infinita bondad quiso darte, y con la cual yo te quise servir en aclarártelo más que antes estaba. Y por

lo uno y por lo otro da gracias al Señor, y sábete aprovechar de ello con el aparejo que las mercedes de Dios deben ser recibidas, o a lo menos recíbelo con el amor que yo te le ofrezco. Y aunque no hemos de mirar tanto el autor que habla, cuanto lo que habla, es bien que sepas que quien hizo este libro no es Gerson, como hasta aquí se intitulaba, mas sí Fr. Tomás de Kempis, canónigo reglar de S. Agustín. El cual comienza así en el nombre de Jesucristo nuestro Señor.

Libro primero

Contiene avisos provechosos para la vida espiritual

Capítulo I

De la imitación de Cristo y desprecio de toda vanidad.

1 *El que me sigue no anda en tinieblas, mas tendrá lumbre de vida.* Estas palabras son de Cristo, con las cuales somos amonestados, que imitemos su vida y costumbres, si queremos ser librados de la ceguedad del corazón, y alumbrados verdaderamente. Sea pues todo nuestro estudio pensar en la vida de Jesucristo, la doctrina del cual excede a la doctrina de todos los santos; y el que tuviese espíritu, hallará en ella maná escondido. Mas acaece que muchos aunque a menudo oigan el evangelio, gustan poco de él, porque no tienen el Espíritu de Cristo. Mas el que quiere sabia y cumplidamente entender las palabras de Cristo, conviénele que procure de conformar con él toda su vida. ¿Qué te aprovecha disputar altas cosas de la Trinidad, si careces de humildad por donde desagrades a la misma Trinidad? Por cierto las palabras subidas no hacen santo ni justo, mas la virtuosa vida hace al hombre amable a Dios. Más deseo sentir la contrición, que saber su declaración. Si supieses la Biblia a la letra, y los dichos de todos los filósofos, ¿qué te aprovecharía todo sin caridad y gracia de Dios?

Vanidad de vanidades y todo vanidad, sino amar y servir a sólo Dios. Esta es la suma sabiduría, por desprecio del mundo ir a los reinos celestiales. Y pues así es, vanidad es buscar riquezas perecederas, y esperar en ellas. También es vanidad desear honra, y ensalzarse vanamente. Vanidad es seguir el apetito de la carne, y desear cosa por donde después te sea necesario ser gravemente castigado. Vanidad es desear larga vida, y no curar que sea buena. Vanidad es pensar solamente en esta presenta vida, y no proveer a lo venidero. Vanidad es amar lo que tan presto pasa, y no apresurarse donde está el gozo perdurable. Acuérda-

te continuamente de la escritura que dice: no se harta el ojo de ver, ni la oreja de oir. Pues así es, estudia desviar tu corazón de lo visible, y traspásalo a lo invisible; porque lo que siguen su sensualidad, ensucian su conciencia, y pierden la gracia de Dios.

Capítulo II

Cómo debe el hombre sentir humildemente de sí mismo.

Todo hombre naturalmente desea saber; mas ¿qué aprovecha la ciencia sin el temor de Dios? Por cierto mejor es el rústico humilde que sirve a Dios, que el soberbio filósofo, que dejando de conocerse, considera el curso del cielo. El que bien se conoce tiénese por vil y no se deleita en loores humanos. Si supiese cuanto hay en el mundo y no estuviese en caridad ¿qué me aprovecharía ante Dios, que me juzgará según mis obras? No tengas deseo demasiado de saber; porque en ello se halla grande estorbo y engaño. Los letrados huelgan de ser vistos, y tenidos por tales. Por eso muchas cosas hay, que saberlas, poco o nada aprovecha al ánima; y mucho es ignorante el que en otras cosas entiende salvo en las que tocan a la salud. Las muchas palabras no hartan el ánima: más la buena vida le da refrigerio, y la pura conciencia causa gran confianza en Dios.

Cuanto más y mejor entiendes, tanto más gravemente serás juzgado si no vivieres santamente: por eso no te ensalzes por alguna alta ciencia que sepas; mas teme del conocimiento que de ella te fue dado. Si te parece que sabes mucho, y entiendes muy bien, ten por cierto que es más lo que ignoras. No quieras saber altivamente, mas confiesa tu ignorancia. ¿Por qué te quieres tener en más que otro, hallándose otros muchos más doctos y sabios que tú? Si quieres saber y aprender algo provechosamente, desea que no te conozcan, y que te estimen en nada. Esta

es altísima y utilísima lección, y el verdadero conocimiento y desprecio de sí mismo.

Gran sabiduría y perfección es sentir siempre bien y grandes cosas de otros, y tenerse y reputarse en nada. Si vieres alguno pecar públicamente, o cometer cosas graves, no te debes estimar por mejor; porque no sabes cuánto podrás perseverar en el bien. Todos somos flacos; mas tú no tengas a alguno por más flaco que a tí.

Capítulo III

De la doctrina de la verdad.

Bienaventurado aquel a quien la verdad por sí misma enseña, no por figuras y voces que se pasan, mas así como es. Nuestra estimación y nuestro sentido a menudo nos engaña, y conoce poco. ¿Qué aprovecha la curiosidad por saber cosas obscuras; pues que del no saberlas [3] no seremos en el día del juicio reprehendidos? Gran ignorancia, que dejadas las cosas útiles y necesarias, y muy de gana entendemos en las curiosas y dañosas, y teniendo ojos, no vemos. ¿Qué se nos da de los géneros y especies que platican los lógicos? Aquel a quien habla el Verbo Eterno de muchas opiniones es libre. De aqueste Verbo salen todas las cosas, y todos predican este uno, y este es el principio que nos habla: ninguno entiende o juzga sin él rectamente. Aquel a quien todas las cosas le fueren en uno, y todas las cosas trajere a uno, y todas las cosas viere en uno, podrá ser firme de corazón, y permanecer pacífico en Dios. ¡Oh verdadero Dios, hazme permanecer uno contigo en caridad perpetua!

Enójame muchas veces leer y oir muchas cosas: en tí [4] está todo lo que quiero y deseo. Callen todos los doctores, no me hablen

[3] *hacerlas* en el original
[4] Jesucristo

las ciaturas en tu presencia: tú sólo háblame [5]. Cuanto alguno fuere más unido contigo, y más sencillo de corazón, tanto más y mayores cosas entenderá sin trabajo: porque de arriba recibe la lumbre de la inteligencia. El espíritu puro, sencillo y constante no se distrae aunque entienda en mcuhas cosas; porque todo lo hace a honra de Dios, y se esfuerza a estar desocupado en sí de toda curiosidad. ¿Quién más te impide y enoja que la afección de tu corazón no mortificado? El hombre bueno y devoto primero ordena sus obras dentro de sí, que las haga de fuera, y no le inclinan ellas a deseos de viciosa inclinación; mas él trae a ellas al albedrío de la derecha razón.

¿Quién tiene mayor combate que el que se esfuerza en vencer a sí mismo? Y esto debiera ser nuestro negocio, vencer el hombre a sí mismo, y cada día hacerse más fuerte, y a provechar en mejorarse. Toda perfección de esta vida tiene anexa a sí cierta imperfección, y toda nuestra especulación no carece de alguna obscuridad. El humilde conocimiento de tí es más cierta senda para Dios, que escudriñar la profundidad de la ciencia.

No es de culpar la ciencia u otro cualquier conocimiento de la cosa, aunque sea pequeño; porque la tal ciencia en sí considerada buena es, y de Dios es ordenada: mas siempre se ha de anteponer la buena conciencia y la vida virtuosa. Mas porque muchos estudian más por saber que por bien vivir, por eso yerran muchas veces, y poco o ningún fruto hacen. ¡Oh si tanta diligencia pusiesen en extirpar los vicios, y sembrar virtudes, como en mover cuestiones: no se harían tantos males y escándalos en el pueblo, ni habría tantas disoluciones en los monasterios! Ciertamente el día del juicio no nos preguntarán qué leímos, mas qué hicimos; ni cuan bien hablamos, mas cuán honestamente vivimos. Díme: ¿dónde están ahora todos aquellos señores y maestros que tú conociste cuando florecían en los estudios? Ya poseen otros sus rentas; y por ventura de ellos no se tiene memoria. En su vida

[5] *tú solo me habla* en el original

algo parecían, mas ya no hay de ellos memoria. ¡Oh cuan presto pasa la gloria del mundo! Plugiera a Dios que la vida concordara con su ciencia, y entonces hubieran bien estudiado y leído. ¡ Cuántos perecen en este siglo por su vana ciencia, que curan tan poco del servicio de Dios! y porque más eligen ser grandes que humildes, por eso se hacen vanos en sus pensamientos.

Verdaderamente es grande el que se tiene por pequeño, y tiene en nada la cumbre de la honra. Verdaderamente es prudente el que todo lo terreno tiene por estiércol para ganar a Cristo: y verdaderamente es sabio aquel que hace la voluntad de Dios, y deja la suya.

Capítulo IV

De la prudencia de las cosas que se han de hacer.

No se debe dar crédito ligeramente a cualquier palabra, ni a cualquier espíritu, mas con prudencia y espacio se deben examinar las cosas según Dios. Mucho es de doler que las más veces por nuestra flaqueza antes se cree y se dice el mal del otro, que el bien. Mas los varones perfectos no creen de ligero cualquier cosa que otro les cuenta; porque saben que la flaqueza humana es presta del mal, y muy deleznable en palabras. Gran saber es no ser el hombre inconsiderado en lo que ha de hacer, ni tampoco porfiado en su propio parecer. A esta sabiduría pertenece no creer a cualesquier palabras de hombres, ni parlar luego a los otros lo que oye o cree. Toma consejo con hombre sabio de buena conciencia, y ten por mejor ser enseñado del tal, que seguir tu parecer. La buena vida hace al hombre sabio según Dios, y experimentado en muchas cosas. Cuanto alguno fuere más humilde en sí, y más sujeto a Dios, tanto será más sabio y sosegado en todas las cosas.

Capítulo V

De la lección de las santas escrituras.

En las santas escrituras se debe buscar la verdad, y no la elocuencia. Cualquier escritura se debe leer con el espíritu que se hizo: y más debemos en ellas buscar el provecho que la sutileza. De tan buena gana debemos leer los libros sencillos y devotos, como los profundos. No te cures de mirar si el que escribe es de grande o pequeña ciencia; mas convídete a leer el amor de la pura verdad. No cures quién lo ha dicho, mas mira qué tal es el dicho. Los hombres pasan; la verdad del Señor permanece para siempre. En diversas maneras nos habla Dios, sin aceptar persona [6]: nuestra curiosidad nos impide muchas veces entender las escrituras; porque queremos escudriñar lo que llanamente se debía pasar.

Si quieres aprovechar, lee llanamente con humildad, fiel y sencillamente, y nunca desees nombre de letrado. Pregunta de buena voluntad, y oye callado las palabras de los santos, y no te desagraden las doctrinas de los viejos; porque no las dicen sin causa.

Capítulo VI

De los deseos desordenados.

Cuando el hombre desea algo desordenadamente, luego pierde el sosiego. El soberbio y el avariento nunca huelgan; el pobre y humilde de espíritu vive en mucha paz. El que no es perfectamente mortificado en sí, presto es tentado y vencido de cosas

[6] Sin distingos de clase o condición

pequeñas y viles: el flaco de espíritu, y que aún está algo inclinado a lo sensible, con dificultad se puede abstener totalmente de los deseos terrenos; y cuando se abstiene, muchas veces recibe tristeza, y asímismo se indigna presto si alguno le contradice: y si alcanza lo que deseaba, luego le viene descontentamiento, por el remordimiento de la conciencia, porque siguió su apetito, el cual ninguna cosa le aprovechó para alcanzar la paz que buscaba. En resistir pues a las pasiones se halla la verdadera paz del corazón, y no en seguirlas. Cierto no hay paz en el corazón del hombre sensual, ni en el que se ocupa en lo exterior, sino en el que anda en fervor espiritual.

Capítulo VII

Cómo se debe huir la vana esperanza y la soberbia.

Vano es el que pone su esperanza en los hombres o en las criaturas. No te afrentes en servir por amor de Jesucristo, y parecer bajo en este siglo. No confies en tí, sino en Dios. Haz lo que está de tu parte, y Dios favorecerá tu buena voluntad. No confíes en ciencia, ni astucia tuya ni ajena, sino más en la gracia de Dios que levanta los humildes, y abaja los presuntuosos. Si tienes riquezas, no te gloríes en ellas, ni en los amigos, aunque sean poderosos; mas en Dios que todo lo da, y sobre todo se desea dar a sí mismo. No te ensalces por la hermosa disposición del cuerpo, que pequeña enfermedad la destruye y afea. No tomes contentamiento con tu habilidad o ingenio; porque no desagrades a Dios, cuyo es [7] todo bien natural que tuvieres.

No te estimes por mejor que otros; porque no seas quizá tenido ante Dios por peor, que sabe lo que hay en el hombre. No te ensoberbezcas de tus obras, porque de otra manera son los

[7] del cual es

juicios de Dios que los de los hombres: al cual muchas veces desagrada lo que contenta a los hombres. Si tuvieres algún bien, piensa que son mejores los otros; porque conserves la humildad. No te daña si te sojuzgáres a todos; mas es muy peligroso si te antepones a sólo uno. Continua paz tiene el humilde, mas en el corazón del soberbio hay saña y desdén muchas veces.

Capítulo VIII

Cómo se ha de evitar la mucha familiaridad.

No descubras tu corazón a quien quiera; mas comunica tus cosas con el sabio y temeroso de Dios. Con los mancebos y extraños conversa poco. Con los ricos no seas lisonjero, ni estés de buena gana delante de los grandes; mas acompáñate con humildes y con los que son sin doblez, y con devotos y bien acostumbrados, y trata con ellos cosas de edificiación.

No tengas familiaridad con ninguna mujer; mas encomienda a Dios todas las buenas. Desea ser familiar a sólo Dios y a sus ángeles, y huye de ser conocido de los hombres. Justo es tener caridad a todos; mas no conviene la familiaridad con todos. Acaece que la persona no conocida resplandece por fama, y en su presencia parece obscura. Pensamos algunas veces agradar a los otros con nuestra conversación, y mas los desagradamos; porque ven en nosotros desabridas, y no buenas costumbres.

Capítulo IX

De la obediencia y sujeción.

Gran cosa es estar en obediencia, y vivir debajo de prelado, y no ser suyo propio. Mucho más seguro es estar en sujeción que en mando. Muchos están en obediencia más por necesidad que por caridad. Los tales tienen trabajo, y ligeramente murmuran, y nunca tendrán libertad de ánima, si no se sujetan por Dios de todo corazón. Anda por acá y por allá, que no hallarás descanso sino en la humilde sujeción al prelado. La estimación y mudanza del lugar a muchos engañó. Verdad es que cada uno se rige de gana por su propio parecer, y es más inclinada a los que concuerdan con él. Mas si Dios está en nosotros, necesario es que dejemos algunas veces nuestro parecer por el bien de la paz. ¿Quién es tan sabio que sepa todas las cosas cumplidamente? Pues no quieras confiar demasiadamente en tu sentido; mas oye de buena gana el parecer de otros. Si tu parecer es bueno, y lo dejas por Dios, y sigues el de otro, más aprovecharás de esta manera. Porque muchas veces he oído ser mas seguro oir y tomar consejo que darlo. Bien puede acaecer que sea bueno el voto de cada uno, mas no [8] querer sentir con los otros, cuando la razón o la causa lo demanda, señal es de soberbia y pertinacia.

Capítulo X

Cómo se ha de cercenar la demasía de las palabras.

Excusa cuanto pudieres el ruido de los hombres, pues mucho estorba el tratar de las cosas del siglo, aunque se digan con

[8]Faltan dos páginas en el original o bien dos páginas fueron omitidas al hacer la copia electrónica. Las sustituimos con el texto de la versión del P. Eusebio Nieremberg: desde este punto al final del capítulo y el capítulo X completo

buena intención; porque presto somos amancillados y cautivos de la vanidad. Muchas veces quisiera haber callado, y no haber estado entre los hombres. ¿Pero que es la causa, que tan de gana hablamos y platicamos unos con otros, viendo cuán pocas veces volvemos al silencio sin daño de la conciencia? La razón es que por el hablar buscamos ser consolados unos de otros, y deseamos aliviar al corazón fatigado de pensamientos diversos, y de muy buena gana nos detenemos en hablar y pensar de las cosas que amamos, o sentimos adversas.

Mas !'ay dolor, que muchas veces vanamente y sin fruto! porque esta exterior consolación es de gran detrimento a la interior y divina. Por esto velemos y oremos, no se nos pase el tiempo en valde. Si puedes, y conviene hablar, sean cosas que edifiquen. La mala costumbre y la negligencia de aprovechar ayuda mucho a la poca guarda de nuestra lengua; pero no poco servirá para nuestro espiritual aprovechamiento la devota plática de cosas espirituales, especialmente cuando muchos de un mismo espíritu y corazón se juntan a Dios.

Capítulo XI

Cómo se debe adquirir la paz, y del zelo de aprovechar.

Mucha paz tendríamos si en los dichos y hechos ajenos, que no nos pertenecen, no quisiésemos ocuparnos. ¿Cómo puede estar en paz mucho tiempo el que se entremete en cuidados ajenos, y busca ocasiones exteriores, y tarde o nunca se recoge? Bienaventurados los sencillos, porque tendrán mucha paz. ¿Qué fué la causa por qué muchos de los santos fueron tan perfectos y contemplativos? Cierto porque estudiaron en mortificarse del todo a todo deseo terreno; y por eso pudieron con lo íntimo del corazón juntarse a Dios, y ocuparse libremente en sí mismos. A la verdad

nosotros ocupámonos mucho con nuestras pasiones, y tenemos mucho cuidado de lo que se pasa, y también pocas veces vencemos un vicio perfectamente, ni nos avivamos para aprovechar un día más que otro: y por eso nos quedamos tibios y fríos. Si fuésemos muertos a nosotros mismos, y de dentro desocupados, entonces podríamos gustar las cosas divinas, y experimentar algo de la contemplación celestial. El mayor impedimento y el todo es, que no somos libres de nuestras inclinaciones y deseos, ni trabajamos de estar por el camino perfecto de los santos. Y también cuando alguna adversidad se nos ofrece, muy presto nos caemos, y nos volvemos a las consolaciones humanas.

Si nos esforzásemos en la batalla a estar como fuertes varones, ciertamente veríamos el favor del Señor sobre nosotros. Porque aparejado está a socorrer a los que pelean y esperan en su gracia. El cual nos procura ocasiones de pelear para que tengamos victoria. Si solamente en las observaciones de fuera ponemos el aprovechamiento de la religión, presto se acabará nuestra devoción. Mas pongamos la segur [9] a la raíz, porque libres de las pasiones, poseamos nuestras ánimas pacíficas. Si cada año desarraigásemos un vicio, presto seríamos perfectos. Mas al contrario lo experimentamos, que nos hallamos más faltos después de muchos años, que al empezar. Nuestro fervor y aprovechamiento cada día debe crecer; mas ahora en mucho se estima perseverar en alguna parte del primer fervor. Si al principio hiciésemos alguna resistencia, podríamos después hacer las cosas con ligereza y gozo. Grave cosa es dejar la costumbre, pero más grave es ir contra la propia voluntad. Mas si no vences, las cosas pequeñas y livianas, ¿cómo vencerás las dificultosas? Resiste en los principios a tu inclinación, y deja la mala costumbre, porque no te lleve poco a poco a mayor dificultad. ¡Oh si mirases cuánta paz a tí, y cuánta alegría darías a los otros rigiéndote bien!

[9] el hacha

Capítulo XII

De la utilidad de las adversidades.

Bueno es que algunas veces nos vengan cosas contrarias, porque muchas veces atraen al hombre al corazón, para que se conozca desterrado, y no ponga su esperanza en cosa del mundo. Bueno es que padezcamos a veces contradicciones, y que sientan de nosotros malamente, aunque hagamos buenas obras, y tengamos buena intención. Esto ayuda a la humildad, y nos defiende de la vangloria. Cierto entonces mejor buscamos a Dios por testigo interior, cuando somos de fuera despreciados, y no nos dan crédito. Por eso debería el hombre afirmarse del todo en Dios, y no tendría necesidad de buscar otras consolaciones.

Cuando el hombre bueno es atribulado o tentado, o afligido con malos pensamientos, entonces conoce tener de Dios mayor necesidad; pues ve claramente que al fin no puede nada bueno. Entonces de verdad se entristece, gime y llora por las miserias que padece. Entonces le enoja la larga vida, y desea hallar la muerte, por ser desatado, y estar con Cristo. Entonces conoce bien que no puede haber en el mundo perfecta seguridad, ni cumplida paz.

Capítulo XIII

Cómo se ha de resistir a las tentaciones.

Cuando en el mundo vivimos no podemos estar sin tribulaciones y tentaciones, según que está escrito en Job [10]. Tentación es la vida del hombre sobre la tierra. Por eso cada uno debe

[10] Job 7

tener cuidado, y velar en oración contra sus tentaciones porque no halle el diablo lugar de engañarlo, que nunca duerme, buscando por rodeos a quien tragar. Ninguno hay tan santo ni tan perfecto, que no sea algunas veces tentado. Y es muchas veces provechoso al hombre ser tentado, porque es humillado, purgado y enseñado. Todos los santos por muchas tribulaciones y tentaciones pasaron, y aprovecharon; y los que no quisieron sufrir bien las tentaciones, fueron habidos por malos, y desfallecieron. No hay orden tan santa, ni lugar tan secreto, donde no haya tentaciones y adversidades. No hay hombre seguro de tentaciones del todo en tanto que vive; porque en nosotros está la causa, que nacemos con inclinación de pecado; y una tentación o tribulación ida, sobreviene otra. Siempre tenemos que sufrir, porque se perdió el primer estado de la inocencia.

Muchos quieren huir las tentaciones, y caen en ellas más gravemente. No se pueden vencer con sólo huir; mas con paciencia y verdadera humildad somos hechos más fuertes que todos los enemigos. El que solamente desvía lo de fuera, y no arranca la raíz, poco aprovechará; antes tornarán a él más presto las tentaciones, y hallarse ha peor. Poco a poco con paciencia y larga esperanza, con el favor divino, vencerás mejor que no con tu propia importunidad y fatiga. Toma muchas veces consejo en la tentación, y no seas tú desabrido con el que es tentado; mas procura de consolarlo, como tú querrías ser consolado.

El principio de toda mala tentación es no ser constante en el bien comenzado, y no confiar en Dios, porque como la nave sin gobernalle por acá y por allá la baten las ondas; así el hombre descuidado, y que deja su propósito, es tentado de diversas maneras. El fuego prueba al hierro, y la tentación al justo. Muchas veces no sabemos lo que podemos; mas la tentación descubre lo que somos. Debemos empero velar principalmente al principio de la tentación; porque entonces más fácilmente es vencido el enemigo, cuando no lo dejamos pasar de la puerta del áni-

ma. Por lo cual dijo uno: resiste a los principios: tarde viene el remedio cuando la llaga es muy vieja.

Lo primero que ocurre al ánima es sólo el pensamiento, luego la importuna imaginación, después la delectación y el feo movimiento, y el consentimiento, y así se apodera poco a poco el enemigo del todo, por no resistirle al principio. Y cuanto uno fuere más perezoso en resistir, tanto cada día se hace más flaco, y el enemigo contra él más fuerte. Algunos padecen graves tentaciones al principio de su conversión, otros al fin, otros casi toda su vida padecen. Algunos son tentados blandamente, según la sabiduría y juicio de la divina ordenación, que mide el estado y los méritos de todos, y todo lo tiene ordenado para salud de los escogidos. Por eso no hemos de desesperar cuando somos tentados, mas antes rogar a Dios con mayor fervor, que tenga por bien de nos ayudar en toda tribulación. El cual sin duda, según el dicho de San Pablo [11], nos pondrá tal remedio, que la podamos sufrir, y salgamos de ella con provecho.

Pues así es, humillemos nuestras ánimas debajo de la mano de Dios en toda tribulación y tentación; que él salvará y engrandecerá a los humildes de espíritu. En las tentaciones y adversidades se ve cuánto el hombre ha aprovechado, y en ellas consiste el mayor merecimiento, y se conoce mejor la virtud. No es mucho ser el hombre devoto y ferviente cuando no siente pesadumbre; mas si en el tiempo de la adversidad se sufre con paciencia, esperanza es de gran bien. Algunos hay que son guardados de grandes tentaciones, y son vencidos muy a menudo de pequeñas, porque se humillen, y no confíen de sí en cosas grandes, pues no son grandes en cosas chicas.

[11] 1 Cor 10

Capítulo XIV

Cómo se debe evitar el juicio temerario.

Los ojos pon en tí mismo, y guárdate de juzgar las obras ajenas. En juzgar a otros trabaja el hombre en vano, y yerra muchas veces, y peca fácilmente; mas juzgando y examinándose a sí, trabaja con fruto. Muchas veces juzgamos la cosa conforme a nuestro apetito, mas perdemos ligeramente el verdadero juicio por el amor propio. Si fuese Dios siempre el fin puramente de nuestro deseo, no tan presto nos turbaría la contradicción de nuestra sensualidad; mas muchas veces tenemos algo de dentro escondido, u de fuera ocurre, cuya afición nos lleva tras sí.

Muchos buscan propio interés secretamente en las honras que hacen, y no lo entienden, y paréceles estar en buena paz cuando se hacen las cosas a su propósito; mas si de otra manera suceden, presto se alteran y entristecen. Por la diversidad de los pareceres muchas veces se levantan discordias entre los amigos y vecinos, entre los religiosos y devotos. La vieja costumbre con dificultad se deja. Ninguno tacha de buena gana su propio parecer. Si en tu razón e industria te esfuerzas más que en la virtud de la sujeción de Cristo, tarde, y pocas veces tendrás lumbre; porque quiere Dios que nos sujetemos a él perfectamente, y que trascendamos toda razón, inflamados de su amor.

Capítulo XV

De las obras que proceden de la caridad.

No se debe hacer algún mal por ninguna cosa del mundo, ni por amor de alguno; mas por el provecho de quien le hubiere menester, alguna vez se puede dejar la buena obra, o trocarse

por otra mejor; porque de esta manera no se pierde la buena obra, mas múdase en mejor. La obra exterior sin caridad no aprovecha; mas todo cuanto se hace con caridad, por poco que sea, desechado, todo es fructuoso. Por cierto más mira Dios el corazón que el don. Mucho hace el que mucho ama; y mucho hace el que hace bien la cosa; y bien hace el que sirve más al común que a su voluntad. Muchas veces parece caridad lo que es carnalidad. Porque la inclinación de la carne, la propia voluntad, la esperanza del galardón, la afección del provecho, pocas veces nos dejan.

El que tiene verdadera y perfecta caridad no se busca a sí en cosa alguna, mas en toda cosa desea que sea Dios glorificado. No ha envidia de ninguno, porque no ama ningún bien propio, ni se quiere gozar en sí, mas desea sobre todas las cosas gozar de Dios. A nadie atribuye ningún bien, mas refiérelo todo a Dios, del cual como de fuente manan todas las cosas; en el cual finalmente todos los santos descansan con perfecto gozo. ¡Oh quien tuviese una centella de verdadera caridad! por cierto que sentiría ser todas las cosas de vanidad llenas.

Capítulo XVI

Cómo se han de sufrir los defectos ajenos.

Lo que no puede el hombre enmendar en sí ni en los otros, debe sufrir con paciencia, hasta que Dios lo ordene de otra manera, y pensar que quizá te es así mejor, para que te conozcas, y tengas paciencia, sin la cual no son de estimar en mucho nuestros merecimientos. Mas debes rogar a Dios por los tales impedimentos, que tenga por bien de socorrerte para que lo lleves buenamente. Si alguno amonestado una vez y dos, no se enmendare, no contiendas con él, mas encomiéndalo a Dios, para que se haga su

voluntad a honra suya en todos sus siervos: el cual sabe sacar de los males bien.

Estudia de sufrir con paciencia cualesquier defectos y flaquezas ajenas, mirando que tienes muchos que te sufran los otros. Si no puedes hacerte a tí cual deseas, ¿cómo quieres tener al otro a tu sabor? De gana queremos hacer a los otros perfectos, y no enmendamos nuestros defectos propios. Queremos que los otros sean corregidos estrechamente, y nosotros no queremos ser corregidos. Desplácenos si a los otros es dada larga licencia, y no queremos que cosa alguna nos sea negada. Queremos que los otros sean apremiados con constituciones, y en ninguna materia sufrimos que nos sea defendida cosa alguna. Así parece claro cuán pocas veces estimamos al prójimo como a nosotros mismos. Si todos fuesen perfectos, ¿qué habría que sufrir por Dios? Mas así lo ordenó Dios, para que ayudemos a llevar las cargas unos a otros. Porque no hay ninguno sin defecto, ninguno sin carga, ninguno es suficiente para sí, ninguno es cumplidamente sabio para sí. Y por tanto conviene llevarnos, consolarnos, y juntamente ayudarnos unos a otros, instruirnos y amonestarnos. De cuánta virtud sea cada uno, mejor se muestra en la ocasión de la adversidad; porque las ocasiones no hacen al hombre flaco, mas declaran qué tal es.

Capítulo XVII

De la vida de los monasterios.

Conviene que aprendas a quebrantarte a tí en muchas cosas, si quieres tener paz con otros. No es poco morar en congregaciones sin queja, y perseverar fielmente hasta la muerte. Por cierto bienaventurado es el que vive allí bien, y acaba santamente. Si quieres estar bien, y aprovechar, estímate como desterrado y

peregrino sobre la tierra. Conviene hacerte loco por Jesucristo, si quieres seguir la vida perfecta.

El hábito y la corona poco hacen; mas la mudanza de las costumbres, y la entera mortificación de las pasiones hacen al hombre verdadero religioso. El que busca algo fuera de Dios, no hallará sino tribulación y dolor. Por cierto no puede estar mucho en paz el que no procura ser el menor y el más sujeto. Advierte que viniste a servir, y no a regir. Mira que te llamaron para trabajar y padecer, no para holgar y parlar. Pues que asi se prueban los hombres como el oro en el crisol, aquí no puede alguno estar, si no se humilla de todo corazón por Dios.

Capítulo XVIII

De los ejemplos de los santos padres.

Mira bien los vivos ejemplos de los satnos padres, en los cuales resplandece la verdadera perfección, y verás cuán poco, y cuasi nada sea lo que hacemos. ¡Ay de nosotros! ¿qué es nuestra vida cotejada con la suya? Los santos, amigos de Cristo, sirvieron al Señor en hambre, en sed, en frío, en desnudez, en trabajos, en fatigas, con vigilias y ayunos, en oraciones y santos pensamientos, y en persecuciones, y muchos y grandes denuestos. ¡Oh cuán muchas y graves tribulaciones padecieron los apóstoles, mártirres, confesores y vírgenes, y todos los que quisieron seguir las pisadas de Jesucristo, los que en esta vida aborrecieron sus vidas para poseer sus ánimas en la perdurable vida!

¡Oh cuán estrecha y apartada vida hicieron los santos padres en el yermo! ¡cuán largas tentaciones padecieron! ¡cuán continuamente fueron atormentados del enemigo! ¡cuán continuas y fervientes oraciones ofrecieron a su Dios! ¡cuán fuertes abstinencias cumplieron, y cuán gran zelo tuvieron al espiritual aprovecha-

miento! ¡cuán fuerte pelea pasaron para vencer los vicios! ¡cuán pura y recta intención tuvieron con Dios! En el día trabajaban, las noches ocupaban en la divina oración, aunque trabajando no cesaban de la oración espiritual. Todo el tiempo gastaban en el bien. Toda hora les parecía poco para darse a Dios. Y por la gran dulzura de la contemplación se olvidaban de la necesidad del mantenimiento. Renunciaban riquezas, honras, dignidades, parientes y amigos: ninguna cosa querían en el mundo: apenas tomaban lo necesario a la vida, y tenían dolor de servir a su cuerpo aun en las cosas necesarias. Cierto muy pobres eran de lo temporal; mas riquísimos en gracias y virtudes. En lo de fuera necesitados, y en lo de dentro eran de la gracia divina, y de consolación recreados. Ajenos eran al mundo, mas a Dios cercanos y familiares amigos. Teníanse por nada cuanto a sí, y el mundo los despreciaba; mas en los ojos de Dios eran preciosos y escogidos. Estaban en verdadera humildad, vivían en sencilla obediencia, andaban en caridad y paciencia, y por eso cada día crecían en espíritu, y alcanzaban mucha gracia ante Dios. Fueron puestos por dechado en la Iglesia; y más nos deben estos mover a bien aprovechar, que la muchedumbre de los tibios a aflojar.

¡Oh cuánto fue el fervor de los religiosos al principio de la santa ordenación! ¡Oh cuánta la devoción de la oración! ¡cuánta la envidia de la virtud! ¡cuánto florecía en aquel tiempo la disciplina! ¡cuánta reverencia y obediencia hubo al mayor de todas las cosas! Aún hasta ahora dan testimonio los rastros que quedaron, que fueron verdaderamente varones santos y muy perfectos, que tan varonilmente peleando, hollaron el mundo. Ahora ya se estima en mucho aquel que no quebranta la regla, y que con mucha paciencia puede sufrir lo que votó. ¡Oh tibieza y negligencia de nuestro tiempo, que tan presto declinamos del fervor primero, y nos enoja el no vivir descansados y flojos! Pluguiese a Dios que no durmiese en tí el aprovechamiento de las virtudes, pues viste tantos ejemplos devotos.

Capítulo XIX

De los ejercicios del buen religioso.

La vida del buen religioso debe resplandecer en toda virtud, y que sea tal de dentro cual parece de fuera. Y con razón debe ser mejor de dentro, porque nos mira nuestro Dios, a quien debemos suma reverencia, adonde quiera que estuviésemos. Y debemos andar limpios como ángeles en su presencia, y renovar cada día nuestro propósito, y despertarnos a más fervor, como si hoy fuese el primer día de nuestra conversión, y decir: Señor Dios mío, ayúdame en mi buen propósito en tu santo servicio, y dadme gracia ahora, que comience hoy perfectamente; que no es nada cuanto hice hasta aquí. Según es nuestro propósito, así es nuestro aprovechar.

El que quiere bien aprovechar, ha menester que sea diligente. Si el que propone firmísimamente falta muchas veces; ¿qué será del que tarde o nunca propone? Mas acaece de diversas maneras el dejar nuestro propósito: y dejar de ligero los acostumbrados ejercicios de los buenos, pocas veces pasa sin algún daño. El propósito de los justos más pende de la gracia de Dios, que del saber propio; y en Dios confían en cualquier cosa que comienzan. Porque el hombre propone, mas Dios dispone; y no es en mano del hombre su camino.

Si se deja alguna vez el ejercicio acostumbrado por piedad o por el provecho del prójimo, ligeramente se cobra; mas si por enojo de corazón, o negligencia, muy culpable y dañoso se sentirá después. Esforcémonos cuanto pudiéremos, que aún en muchas faltas caeremos ligeramente; empero alguna cosa determinada debemos proveer, y principalmente remediar la que más nos estorba. Debemos examinar y ordenar todas nuestas cosas exteriores e interiores, que todo conviene para nuestro provecho.

Si no puedes recogerte de continuo, sea siquiera algunas veces, a lo menos una en el día o la noche. A la mañana propón, a la tarde examina tus obras: ¿que tal has sido este día en la obra, en la palabra y en el pensamiento? porque puede ser que ofendieses en esto a Dios y al prójimo muchas veces. Ármate como varón contra las malicias del diablo. refrena la gula, y fácilmente refrenarás la inclinación de la carne. Nunca estés del todo ocioso, mas lee, o escribe, o reza, o piensa, o haz algo de provecho común.

Los ejercicios corporales se deben tomar con discreción, y no son igualmente para todos. Los ejercicios particulares no se deben hacer públicamente; porque más seguros son para secreto. Mas guárdate no seas más presto para lo particular que para lo común; antes cumplido muy bien lo encomendado, tórnate a tí, como desea tu devoción. No podemos todos ejercitar una misma cosa. Una cosa conviene más a uno que a otro. También según el tiempo, así placen diversos ejercicios: unos sirven para fiestas, otros para la semana: unos cumplen para el tiempo de la tentación, otros para el de paz y sosiego: unas cosas nos place pensar cuando estamos tristes, y otras cuando alegres en el Señor.

Mas en las fiestas principales debemos renovar nuestros buenos ejercicios, e invocar con mayor fervor la intercesión de los santos. De fiesta en fiesta debemos proponer algo, como si a la hora hubiésemos de salir de este mundo, y llegar a la eterna festividad. Por eso debemos aparejarnos con cuidado en todos los tiempos devotos, y conversar con los devotos, y guardar toda la observancia más estrechamente, como quien ha de recibir en breve de Dios el premio de sus trabajos. Y si se dilatare, creamos que no estamos aparejados, ni dignos de tanta gloria como declarará en nosotros acabado el tiempo. Pues estudiemos para aparejarnos mejor para morir; pues dice el evangelista S. Lucas: bienaventurado el siervo cuando viniere el Señor, y lo hallare velando; en verdad os digo, que lo constituirá sobre todos sus

bienes. [12]

Capítulo XX

Del amor de la soledad y silencio.

Busca tiempo convenible para estar contigo, y piensa a menudo en los beneficios de Dios. Deja las cosas curiosas, y lee tales tratados, que te den más compunción que ocupación. Si te apartares de pláticas supérfluas, y de andar en valde, y de oir nuevas y murmuraciones, hallarás tiempo suficiente y aparejado para pensar buenas cosas. Los más principales de los santos cuanto podían evitaban las compañías de los hombres, y elegían de servir a Dios en secreto. Dijo uno: cuantas veces estuve entre los hombre, volví menor hombre. Lo cual experimentamos por cierto cuando mucho hablamos. Más segura cosa es callar siempre, que hablar sin errar. Más fácil es encerrarse en su casa, que guardarse del todo fuera de ella.

Por tanto el que quiere llegar a las cosas interiores espirituales, conviénele apartarse con Jesucristo de la gente. Ninguno se muestra seguro en público, sino el que se esconde de grado. Ninguno manda seguramente, sino el que aprende a obedecer de buena gana. Ninguno se goza seguramente, sino el que tiene su conciencia limpia. Ninguno habla con seguridad, sino el que calla muy de gana. Mas la seguridad de los santos siempre estuvo llena de temor divino. Ni por eso fueron menos solícitos y humildes en sí, aunque resplandecían en grandes virtudes y gracia.

La seguridad de los malos nace de presunción: y al fin se vuelve en engaño de sí mismos. Nunca te tengas por seguro en esta vida triste, aunque parezcas buen religioso o devoto ermitaño.

[12] Lc 12

Los muchos estimados por buenos muchas veces han caído en graves peligros por su mucha confianza. Por lo cual es utilísimo a muchos que no les falten del todo tentaciones, mas que sean muchas veces combatidos, porque no estén muy seguros de sí, porque no se levanten con soberbia, ni se derramen demasiadamente en las consolaciones de fuera.

¡Oh quien nunca tomase alegría transitoria! ¡Oh quien nunca se ocupase en el mundo, cuán buena conciencia guardaría! ¡Oh quien cortase todo vano cuidado, y pensase solamente las cosas saludables y divinas, y pusiese toda su esperanza en Dios, cuán sosegada paz poseería! Ninguno es digno de consolación celestial, sino el que se ejercitare con diligencia en la santa contrición.

Si quieres arrepentirte de corazón, entra en tu retraimiento, destierra de tí todo bullicio, según está escrito: reprehendeos en vuestra cámara [13]. En el recogimiento hallarás lo que pierdes muchas veces por defuera. El rincón usado se hace dulce, y el poco usado causa fastidio. Si al principio de tu conversión guardares bien el recogimiento, serte ha después dulce amigo y gratísimo consuelo.

En el silencia y sosiego se perfecciona el ánima devota, y aprende los secretos de las escrituras. Allí halla arroyos de lágrimas con que se lave todas las noches, para que sea tanto más familiar a su Hacedor, cuanto más se desviare del tumulto del siglo. Pues así el que se aparta de amigos y conocidos, será más cerca de Dios y de sus ángeles. Mejor es esconderse y cuidar de sí, que con descuido propio hacer milagros.

Muy loable es al hombre devoto salir fuera pocas veces, y huir de mostrarse. ¿Para qué quieres ver lo que no te conviene tener? El mundo pasa, los deseos sensuales nos llevan a pasatiempos; mas pasada aquella hora, ¿qué nos queda, sino derramamiento del corazón y pesadumbre de conciencia? La salida alegre muchas veces causa triste y desconsolada vuelta, y la alegre tarde

[13] Sal 4

hace triste mañana. Y así todo otro gozo carnal entra blando; mas al cabo muerde y mata. ¿Qué puedes ver en otro lugar, que aquí no lo veas? Aquí ves el cielo y la tierra, y los elementos, de los cuales fueron hechas todas las cosas. ¿Qué puedes ver que permanezca mucho tiempo debajo del sol? ¿Piénsaste hartar? Pues cree que no lo alcanzarás. Si todas las cosas vieses ante tí, ¿qué sería sino una vista vana? Alza tus ojos a Dios, y ruega por tus pecados y negligencias. Deja lo vano a los vanos, tú ten cuidado de lo que manda Dios. Cierra tu puerta sobre tí, y llama a tu amado Jesús. Está con él en tu cámara, que no hallarás en otro lugar tanta paz. Si no salieres, ni oyeres nuevas, mejor perseverarás en buena voz. Pues te huelgas en oír novedades, conviene que te venga turbación del corazón.

Capítulo XXI

Del remordimiento del corazón.

Si quieres aprovechar algo, consérvate en el temor de Dios, y no quieras ser muy libre, mas refrena todos tus sentidos, y no te des a vana alegría. Date al remordimiento del corazón, y hallarás devoción. La compunción descubre muchos bienes, que la soltura suele perder en breve. Maravilla es que el hombre se pueda alegrar perfectamente en esta vida, considerando su destierro, y pensando los peligros de su ánima.

Por la liviandad del corazón, y por el descuido de nuestros defectos, no sentimos los dolores de nuestra ánima. Mas muchas veces reímos cuando deberíamos llorar. No es buena la alegría, ni verdadera libertad, sino en temor de Dios con buena conciencia. Bienaventurado aquel que puede desviarse de todo estorbo, y puede recogerse a la unión de la santa compunción. Bienaventurado el que puede renunciar toda cosa que puede amancillar

o agravar su conciencia. Pelea como varón; que una costumbre vence a otra.

Si tú sabes dejar los hombres, ellos te dejarán hacer tus hechos. No te ocupes en cosas ajenas, ni te entremetas en las causas de los mayores. Mira primero por tí, y amonéstate a tí más especialmente que a todos cuantos quieres bien. Si no eres favorecido de hombres, no te entristezcas. Mas una cosa te sea grave, que no tienes el cuidado de mirar por tí, como conviene a devoto siervo de Dios. Muy útil y seguro es muchas veces que el hombre no tenga en esta vida muchas consolaciones, mayormente según la carne.

Mas no sentir o gustar las divinas, nuestra es la culpa, que no buscamos la contrición del corazón, ni desechamos del todo las vanas consolaciones. Conócete por indigno de la divina consolación, y muy merecedor de tribulaciones. Cuando el hombre tiene perfecta contrición, luego le parece grave y amargo todo el mundo. El buen hombre siempre de continuo halla razón para dolerse y llorar. Porque ahora se mire a sí, ahora piense en su prójimo, sabe que ninguno vive sin tribulación en este siglo. Y cuanto más de verdad se mira, tanto más halla de qué dolerse. materia de entrañable dolor son nuestros pecados, en que estamos tan caídos, que pocas veces podemos contemplar lo celestial.

Si de continuo pensases más en tu muerte que en largo vivir, no hay duda sino que te enmendarías con mayor fervor. Si pusieses también ante tu corazón las penas del infierno u del purgatorio, creo yo que muy de gana sufrirías cualquier trabajo y dolor, y no temerías ninguna aspereza. Mas como estas cosas no pasan al corazón, y (lo que pero es) aún amamos las blanduras, por eso nos quedamos muy fríos y perezosos. Muchas veces por falta de espíritu se cansa el cuerpo miserable tan presto. Ruega pues con humildad al Señor, que te dé espíritu de contrición; y di con el profeta [14]: Hártame, Señor, del pan de lágrimas, y

[14] Sal 79

dame a beber lágrimas en medida.

Capítulo XXII

Consideración de la miseria humana.

Miserable eres do quiera que fueres y do quiera que te volvieses, si no te vuelves a Dios. ¿Por qué te turbas si no te sucede lo que deseas? ¿Quién es el que tiene todas las cosas a su voluntad? Por cierto ni yo ni tú, ni hombre sobre la tierra. No hay hombre en el mundo sin tribulación, aunque sea rey o Papa. ¿Quién es el que está mejor? Ciertamente el que se pone a padecer algo por Dios. Dicen muchos flacos: mirad cuán buena vida tiene aquel hombre, cuán rico, cuán poderoso, cuán hermoso, cuán gran señor. Mas para mientes a los bienes celestiales, y verás que todo lo temporal es casi nada, muy incierto, y que mucho agrava, porque no lo podemos poseer sin cuidado y temor.

No está la felicidad del hombre en tener abundancia de lo temporal; basta una vida mediana, que harto verdadera miseria es vivir en la tierra. Cuanto el hombre quisiere ser más espiritual, tanto le será más amarga la vida; porque siente mejor y más claro los defectos de la corrupción humana; porque comer, beber, velar, dormir, reposar, trabajar y estar sujeto a toda la necesidad natural, de verdad es grandísima miseria y aflicción al cristiano devoto, el cual de gana desea ser libre de todo pecado. Por cierto el hombre interior recibe mucha pesadumbre con las necesidades corporales. Por eso el profeta ruega devotamente, que pueda ser librado de ellas diciendo [15]: líbrame, Señor, de mis necesidades.

Mas ¡ay de los que no conocen su miseria, y mucho más de los que aman esta miseria y corruptible vida! Porque hay algunos

[15] Sal 24

tan abrazados con ella, que aunque con mucha dificultad, trabajando o mendigando, tengan lo necesario, si pudiesen vivir aqui siempre, no curarían del reino de Dios. ¡Oh locos y descreídos de corazón, que tan profundamente se envuelven en la tierra, que no saben sino las cosas carnales! Mas en fin sentirán los míseros cuán vil y cuán nada era lo que tanto amaron. Los santos de Dios y amigos de Cristo no curaban de lo que agradaba a la carne, ni de lo que florecía en este tiempo: toda su esperanza e intención suspiraba por los bienes eternos, todo su deseo subía a lo que dura para siempre, porque no fuesen traídos a las cosas bajas con el amor de las cosas visibles.

No quieras, hermano, perder la confianza de aprovehar en las cosas espirituales; aún tiempo y hora tienes: ¿por qué quieres dilatar tu propósito? Levántate en este momento y comienza y di: ahora es tiempo de obrar, tiempo de pelear, tiempo convenible para enmendarme. Cuando tienes alguna tribulación, es tiempo de merecer. Conviene pases por fuego y por agua, antes que llegues al descanso. Si no te haces fuerza, no vencerás el vicio. En tanto que tratemos este cuerpo no podemos estar sin pecado, ni vivir sin enojo y dolor. Fácil cosa fuera tener descanso de toda miseria: mas como perdimos la inocencia por el pecado, perdióse con ella la verdadera felicidad. Por eso conviénenos tener paciencia, y esperar la misericordia de Dios, hasta que se acabe la maldad, y la vida trague a la muerte.

¡Oh cuánta es la flaqueza humana, que siempre está inclinada a los vicios! Hoy confiesas tus pecados, y mañana te tornas a ellos. Ahora propones de guardarte; y de aquí a una hora haces como si no propusieras nada. Con gran razón nos podemos humillar, y nunca sentir de nosotros cosas grandes, pues somos tan flacos y tan mudables. Por cierto presto se pierde por descuido lo que con mucho trabajo dificultosamente se ganó por gracia. ¿Qué será de nosotros al fin, cuando ya tan temprano estamos tibios? Ay de nosotros, si así queremos ir al reposo como si ya

tuviésemos paz y seguridad; como no parezca señal de verdadera santidad en nuestra conversación. Bien sería menester que aún fuésemos instruidos otra vez como niños en buenas costumbres, si por ventura hubiese alguna esperanza en enmienda, y de mayor aprovechamiento espiritual.

Capítulo XXIII

Del pensamiento de la muerte.

Muy presto será contigo este negocio; por eso mira cómo vives. Hoy es el hombre, y mañana no parece. En quitándolo de los ojos, se va del corazón. ¡Oh torpeza y dureza del corazón humano, que solamente piensa lo presente, sin cuidado de lo por venir! Habías de ordenarte en todo como si luego hubieses de morir. Si tuvieses buena conciencia no temerías mucho la muerte. Mejor sería huir de los pecados que la muerte. Si hoy no estás aparejado, ¿cómo lo estarás mañana? El día de mañana es incierto: ¿y qué sabes si amanecerás mañana? ¿Qué aprovecha vivir mucho, cuando tan poco nos enmendamos? La larga vida no todas veces enmienda lo pasado; mas muchas veces añade pecados. ¡Oh si hubiésemos vivido un día bien en este mundo! Muchos cuentan los años de su conversión, y muchas veces es poco el fruto de la enmienda. Si es temeroso el morir, puede ser que sea más peligroso vivir mucho.

Bienaventurado el que tiene siempre la hora de su muerte ante sus ojos, y se apareja cada día a morir. Si viste morir algún hombre, piensa que por aquella carrera has de pasar. Cuando fuere de mañana, piensa que no llegarás a la noche. Y cuando noche, no te oses prometer de ver la mañana, porque muchos mueren súbitamente. Por eso vive siempre aparejado y con tanta vigilancia, que nunca la muerte te halle desapercibido; porque

vendrá el Hijo de la Virgen en la hora que no se piensa. Cuando viniere aquella hora postrera, de otra manera comenzarás a sentir de toda tu vida pasada; y mucho te dolerás porque fuiste tan negligente y perezoso. ¡Qué bienaventurado y prudente es el que vive de tal manera, cual desea ser hallado en la muerte!

Ciertamente el perfecto desprecio del mundo, el ardiente deseo de aprovechar en la virtud, el amor de la buena vida, el mucho trabajo de la penitencia, la prontitud de la obediencia, el renunciarse a sí mismo, la paciencia en toda adversidad por amor de nuestro Señor Jesucristo, gran confianza le darán de vivir bienaventuradamente. Muchos bienes podrías hacer cuando estás sano: cuando enfermo, no sé qué podrás. Pocos se enmiendan con la enfermedad, y también los que muchas romerías andan, tarde son santificados. No confíes en amigos ni en vecinos, ni dilates tu salud a lo por venir; porque más presto que piensas serás olvidado.

Mejor es ahora con tiempo hacer algún bien ante tí, que esperar en el cuidado de otros. Si tú no eres solícito para tí ahora, ¿quién tendrá cuidado de tí después? Ahora es el tiempo muy precioso: mas ¡ay dolor, que lo gastas desaprovechadamente pudiendo en él ganar cómo eternamente vivas! Vendrá cuando desearás un día o una hora para te enmendar, y no sé si te será concedida. ¡Oh hermano, de cuánto peligro te podrías librar, de cuán gravísimo espanto, si ahora fueses temeroso y sospechoso de la muerte! Trabaja ahora de vivir de tal manera, que en la hora de la muerte puedas antes gozar que temer.

Aprende ahora a morir al mundo, para que después comiences a vivir con Cristo. Aprende ahora a despreciar todas las cosas, para que entonces puedas libremente ir a Cristo. Castiga ahora por penitencia tu cuerpo, porque entonces puedas tener confianza cierta. ¡Oh loco! ¿Por qué piensas vivir mucho no teniendo un día seguro? ¿Cuántos han sido engañados y sacados del cuerpo cuando no lo pensaban? ¿Cuántas veces oíste contar

que uno murió a espada, otro se ahogó, otro cayó de alto y se quebró la cabeza, otro comiendo se quedó pasmado, y otro jugando le viene su fin? Uno es muerto a fuego, otro a hierro, otro en pestilencia, otros a manos de ladrones: y así la muerte es el fin de todos; y la vida de los hombres se pasa así como sombra.

¿Quién se acordará, y quién rogará por tí después de muerto? Ahora, ahora, hermano, haz lo que pudieres, que no sabes cuándo morirás, ni qué te sucederá después de la muerte. Ahora que tienes tiempo allega espirituales riquezas inmortales, y no cures, salvo de tu salud y de las cosas de Dios. Hazte amigo de los santos, hónralos, imitando sus obras, para que cuando salieres de esta vida, te reciban en las moradas eternas.

Trátate como huésped y peregrino sobre la tierra, al cual no va nada en los negocios del mundo. Guarda tu corazón libre y levantado a Dios; porque aquí no tienes ciudad durable. Allí endereza tus oraciones de continuo con gemidos y lágrimas, porque merezca tu espíritu después de la muerte pasar al Señor con mucha honra. Amén.

Capítulo XXIV

Del juicio, y de las penas de los pecados.

Mira el fin de todas tus cosas, y de qué manera estarás ante aquel Juez riguroso, al cual no hay cosa encubierta, ni se amansa con dones, ni recibe excusaciones, mas juzgará justísimamente. ¡Oh pecador miserable! ¿qué responderás a Dios, que sabe todas tus maldades? Tú, que temes a las veces el rostro de un hombre airado, ¿porqué no te provees para el día, cuando no habrá quien te defienda, ni ruegue por otro; mas cada uno tendrá que hacer por sí? Ahora tu trabajo es fructuoso, tu lloro aceptable, tus gemidos se oyen, y tu dolor es satisfactorio. Aquí tiene el hombre

paciente grande y saludable purgatorio, el cual, recibiendo injurias, se duele más de la malicia del otro que de su injuria; ruega a Dios por sus contrarios de buena gana, y de corazón perdona las ofensas, y no se tarde en pedir perdón de cualquiera; y más fácilmente ha misericordia que ira, y procura de hacerse fuerza, y de sujetar su carne del todo al espíritu.

Mejor es ahora purgar los pecados y vicios, que dejarlos para el purgatorio. Cierto, nosotros nos engañamos por el amor desordenado que tenemos a la carne. ¿Qué otra cosa tragará aquel fuego, sino tus pecados? Cuanto más aquí te perdonas, y sigues la carne, tanto después más gravemente serás atormentado.

En la cosa que peca el hombre principalmente, será mas gravemente castigado. Allí los perezosos serán pungidos con aguijones ardiendo: los golosos serán atormentados con gravísima hambre y sed: los lujuriosos amadores de deleites serán envestidos en pez y azufre ardiendo: los envidiosos ahullarán con dolor, como perros rabiosos. No hay vicio que no tenga su propio tormento. Allí los soberbios serán llenos de toda confusión: los avaros serán puestos en miserable necesidad. Allí más grave será pasar una hora de pena, que aquí cien años de penitencia amarga. Allí no hay holganza ni consolación; mas aquí algunas veces cesan los trabajos, y consuelan los amigos con refrigerios. Pues ahora ten cuidado y dolor de tus pecados, porque el día del juicio estés seguro con los bienaventurados.

Entonces estarán los justos en gran constancia contra los que los angustiaron y atribularon [16]. Entonces estará para juzgar el que así se sujetó humildemente al juicio de los hombres. Entonces tendrá mucha confianza el pobre y bajo, y el soberbio estará de todas partes espantado. Entonces será tenido por sabio el que aprendió aquí a ser loco y menospreciado por Cristo. Entonces agradará toda tribulación y angustia sufrida con paciencia, y toda maldad atapará su boca. Entonces más se holgará la carne

[16] Sap 5

afligida, que si siempre fuera criada en deleites. Entonces más te aprovehcarán las obras santas que las hermosas palabras. Entonces resplandecerá el despreciado vestido, y aparecerá vil el precioso. Entonces será más alabada la pobre casilla que el palacio dorado. Entonces más ayudará la constante paciencia que todo el poder del mundo. Entonces más ensalzada será la simple obediencia que toda sagacidad del siglo. Entonces más alegrará la pura y buena conciencia que la enseñada filosofía. Entonces más se estimará el desprecio de las riquezas que el tesoro de todas la Indias. Entonces más te consolarás de haber orado devotamente que de haber comido delicadamente. Entonces más te gozarás de haber guardado el silencio que de haber parlado demasiado. Entonces se alegrará cualquier devoto, y llorará todo hombre profano. Entonces más te agradará la vida estrecha y la recia penitencia que toda la delectación terrena.

Aprende ahora a padecer lo poco, porque después seas libre de lo muy grave. Primero prueba aquí lo que podrás padecer después. Si ahora no puedes sufrir tan poca cosa, ¿cómo podrás después los tormentos eternos? Si ahora una pequeña pasión te hace tan impaciente, ¿qué harás entonces en el infierno? En verdad no puedes tener dos paraísos, deleitarse en este mundo, y después reinar en el cielo con Cristo. Si hasta ahora hubieses vivido en delectaciones y en honras, y te llevase ahora la muerte, ¿qué te aprovecharía?

Pues mira que todo es vanidad, sino amar y servir a Dios. Por cierto los que aman a Dios de todo corazón no temen la muerte ni el tormento, ni el juicio ni el infierno; porque el amor perfecto segura entrada tiene a Dios. Mas quien se deleita en pecar no es maravilla que tema la muerte y el juicio. Mas bueno es que si el amor no nos desvía de lo malo, a lo menos el temor del infierno nos refrene. Mas el que pospone el temor de Jesucristo no puede estar mucho tiempo en el bien, mas cae muy presto en los lazos del diablo.

Capítulo XXV

De la fervorosa enmienda de toda nuestra vida.

Hermano mío, vela con diligencia en el servicio de Dios, y piensa muy continuo a qué veniste, y por qué dejaste el mundo: ¿por ventura no despreciaste el mundo para vivir a Dios, y ser hombre espiritual? Corre pues con fervor a la perfección, que presto recibirás el galardón de tus trabajos, y no habrá de ahí en adelante temor y dolor en tus términos. Ahora trabajarás un poco, y hallarás después gran descanso, y aún perpetua gloria. Si permaneces fiel y diligente en el servir, sin duda será Dios fidelísimo y riquísimo en pagar.

Debes tener buena esperanza que alcanzarás victoria; mas no conviene tener seguridad, porque no te aflojes, ni te ensoberbezcas. Como uno estuviese congojado y turbado, y entre la esperanza y temor dudase muchas veces; una vez cargado de angustia arrojóse ante un altar, y revolviendo en su pensamiento, dijo: ¡Oh si supiese que había de perseverar! y luego oyó de dentro de la divina respuesta, que dijo: ¿qué harías si eso supieses? Haz ahora lo que entonces harías, y serás bien seguro. Y en este punto consolado y confortado se ofreció a la divina voluntad, le cesó la congoja y turbación y no quiso más escudriñar curiosamente para saber lo que le había de suceder; mas estudió con mucho cuidado inquirir qué fuese la voluntad de Dios agradable y perfecta, para comenzar y perficionar toda buena obra. El profeta dice [17]: espera en el Señor, y haz bondad, y mora en la tierra, y serás apacentado en sus riquezas.

Una cosa detiene a muchos del fervor de su aprovechamiento; el espanto de la dificultad, o el trabajo de la batalla. Ciertamente aquellos aprovechan en las virtudes principalmente, que ponen

[17] Sal 36

todas sus fuerzas para vencer las cosas que más graves y contrarias les son; porque allí aprovecha el hombre más, y alcanza mayor gracia donde más se vence y mortifica en el espíritu. Mas no tienen todos iguales los contrarios, ni iguales fuerzas para vencer ni mortificarse. Mas el diligente remediador más fuerte será para la perfección, aunque tenga muchas pasiones, que el bien acondicionado, si pone poco aliento a las virtudes.

Dos cosas ayudan especialmente para mucho enmendarse. La una desviarse con esfuerzo de aquello a que le inclina la naturaleza viciosamente; y la otra trabajar con fervor por la virtud que más le falta. Estudia también vencer y evitar lo que más te desagrada en los otros. Mira que te aproveches donde quiera; si vieres u oyeres buenas obras, te avives a imitarlas. Mas guárdate si vieres alguna cosa digna de reprehensión, que no la hagas. Y si alguna vez la hiciste, enmiéndalo presto. Así como tú miras los otros, así otros te miran a tí. ¡Oh cuán alegre y dulce es ver los cristianos devotos y fervientes, bien condicionados y bien criados! ¡cuán triste y grave verlos desordenados, y que no hacen aquello a que son llamados! ¡Oh cuán dañoso es ser negligente en el propósito del llamamiento divino, y ocuparse en lo que no les mandan! Acuérdate del propósito que tomaste, y ponte delante de la imagen del Crucifijo; que mucha razón tendrás de avergonzarte mirando la vida de Jesucristo, porque no estudiaste de conformarte más a él, aunque haya muchos años que estás en el camino del Señor Dios.

El cristiano que se ejercita y medita devotamente en la vida y pasión santísima del Señor, halla allí todo lo útil y necesario para sí cumplidamente, y no hay necesidad que busque algo mejor fuera de Jesucristo. ¡Oh si viniese a nuestro corazón Jesucristo crucificado, cuán presto y cuán de verdad seríamos enseñados! El obediente solícito todo lo que le mandan acepta y lleva muy bien. El negligente y perezoso tiene tribulación sobre tribulación, y de cada parte está angustiado, porque carece de la consolación

interior, y no le dejan buscar la exterior.

El cristiano que está y vive descuidado, cerca está de caer gravemente. El que busca el vivir más ancho y descuidado, siempre estará en angustia; por que lo uno y lo otro le descontentará. Dime: ¿cómo viven tanta multitud de religiosos que están encerrados en la observancia? Salen pocas veces, viven apartados, comen pobremente, visten groseramente, trabajan mucho, hablan poco, velan largo tiempo, madrugan presto, tienen largas horas, leen continuo, y guárdanse en toda honestidad. Mira los de la Cartuja, los del Císter, y los monjes y monjas de todas las religiones, cómo se levantan cada noche a maitines. Por eso cosa torpe sería que tú emperezases en obra tan santa, donde tanta multitud de religiosos comienza a alabar a Dios.

¡Oh si nunca hubiésemos de hacer otra cosa sino alabar a Dios con todo el corazón y con la boca! ¡Oh si nunca comiésemos ni durmiésemos; mas siempre pudiésemos tener el ánima ocupada en Dios! Mucho más dulce sería que servir a las necesidades de la carne. Pluguiese a Dios que no tuviésemos todas estas necesidades, mas solamente las refecciones espirituales, las cuales gustamos muy tarde.

Cuando el hombre viene a tiempo que no busca su consolación en alguna criatura, entonces le comienza a saber bien Dios, y conténtase también de todo lo que sucede. Entonces ni se alegra en lo mucho, ni se entristece por lo poco; mas pónese entera y fielmente en Dios, el cual lo es todo en todas las cosas; al cual ninguna cosa perece ni muere; mas todas las cosas viven, y le sirven sin tardanza. Acuérdate siempre del fin, y que el tiempo perdido jamás torna.

Nunca alcanzarás la virtud sin cuidado y diligencia. Si comienzas a ser tibio, comenzará a irte mal; mas si te dieres a la devoción, hallarás gran paz, y sentirás el trabajo muy ligero por la gracia de Dios y por el amor a la virtud. El hombre que tiene fervor y diligencia a todo será aparejado. Mayor trabajo es

resistir a los vicios y pasiones, que andar en todos los trabajos corporales. El que no evita los pequeños defectos, poco a poco cae en los grandes. Gozarte has siempre en la noche, si gastares bien el día. Vela sobre tí, despierta a tí, amonéstate a tí; sea de los otros lo que fuere, no te olvides a tí: tanto aprovecharás cuanto más fuerza te hicieres.

Libro segundo

Contiene avisos para el trato interior

Capítulo I

De la conversación interior.

Dice el Señor: el reino de Dios dentro de vosotros está [18]. Conviértete a Dios de todo corazón, y deja este mísero mundo, y hallará tu ánima reposo. Aprende a menospreciar las cosas exteriores, y date a las interiores, y verás venir a tí el reino de Dios.

Ciertamente el reino de Dios es paz y gozo en el Espíritu Santo; lo cual no se da a los malos. Si aparejares digna morada, Jesucristo vendrá a tí, y te mostrará su consolación. Toda su gloria y hermosura es de dentro, y allí se agrada. Su continua visitación es con el hombre interior, y con él habla dulcemente, y tiene agradable consolación, mucha paz y admirable familiaridad.

Ea pues, ánima fiel, apareja tu corazón a este Esposo, para que quiera venir a tí, y morar contigo; que él dice así: si alguno me ama, guardará mi palabra, y vendremos a él y moraremos en él [19]. Pues así es, da lugar a Cristo, y a todo lo demás cierra la puerta. Si a Cristo tuvieres, estarás rico, y bástate. El será tu proveedor y fiel procurador en todo, de manera que no tengas necesidad de esperar en los hombres, porque se mudan muy presto, y desfallecen muy ligeramente; mas Jesucristo permanece para siempre, y está firmísimo hasta el fin.

No es de poner mucha confianza en el hombre quebradizo y mortal, aunque sea provechoso y amado; ni es de tomar mucha pena si alguna vez fuera contrario; porque los que hoy son contigo, mañana te puede contradecir; y al contrario también. Muchas veces se vuelven como el viento. Pon en Dios toda tu esperanza,

[18] Lc 7
[19] Jn 14

y sea en él tu temor y amor. Él responderá por tí, y lo hará bien, como mejor sea y convenga. No tienes aquí ciudad de morada: donde quiera que fueres, serás extraño y peregrino, y no tendrás jamás reposo hasta que seas unido a Cristo entrañablemente.

¿Qué miras aquí, no siendo este lugar de tu reposo? En el celestial ha de ser tu morada, y como de paso has de mirar todo lo terreno. Todas las cosas pasan, y tú con ellas, Guárdate no te juntes con ellas, porque no seas preso, y perezcas. En el Soberano sea tu pensamiento, y tu oración sea enderezada a Cristo sin cesar.

Si no saber especular las cosas profundas y celestiales, descansa en la pasión de Jesucristo, y mora muy de gana en sus santísimas llagas; porque si te llegas devotamente a las llagas de Jesucristo, gran consuelo sentirás en la tribulación, y no curarás mucho de los desprecios de los hombres, y fácilmente sufrirás las palabras de los maldicientes; pues que Jesucristo fue en el mundo despreciado y denostado por los hombres, y entre los denuestos fue de los amigos y conocidos desamparado en la mayor necesidad. Cristo quiso padecer y ser despreciado; ¿y tú osas quejarte? Cristo tuvo adversarios; ¿y tú quieres tener a todos por amigos? ¿De dónde se coronará tu paciencia, si ninguna adversidad se te ofrece?

Si no quieres sufrir algo por Cristo, ¿cómo serás amigo de Cristo? Sufre con Cristo y por Cristo, si quieres reinar con Cristo. Si una vez entrases perfectamente en lo secreto de Jesucristo nuestro Redentor, y gustases un poco de su encendido amor, no tendrías mucho cuidado de tu provecho o daño, antes te holgarías más de las injurias que te hiciesen; porque el amor de Dios hace al hombre despreciarse a sí mismo. El amador entrañal y verdadero de Jesucristo, y libre de las afecciones desordenadas, se puede convertir libremente a Dios, levantarse a sí sobre sí en el espíritu, y holgar en él con suavidad.

Aquel a quien saben todas las cosas a lo que son, no como se

dicen o estiman, es verderamente sabio y enseñado más de Dios que de los hombres. El que sabe andar dentro de sí, y tener en muy poco las cosas de fuera, no busca lugares, ni espera tiempos para darse a ejercicios devotos. El hombre interior presto se corrige, porque nunca se derrama del todo a las cosas exteriores. No le estorba el trabajo exterior, ni la ocupación tomada a tiempos de necesidad; mas como suceden las cosas, así se conforma con ellas el que está de dentro bien ordenado.

Tanto el hombre se estorba y distrae, cuanto atrae a sí las cosas. Si fueses bueno y limpio de corazón, todo te sucedería en bien y en provecho. Por eso muchas cosas te turban y descontentan, porque aún no estás muerto a tí prefectamente, ni apartado de lo terreno. No hay cosa que tanto ensucie ni embarace el corazón, cuanto el amor desordenado en las criaturas. Si desprecias las consolaciones de fuera, podrás contemplar las cosas celestiales, y muchas veces gozarte de dentro.

Capítulo II

Cómo debemos tener paciencia con humildad.

No tengas en mucho quien es por tí o contra tí; mas ten cuidado que sea Dios contigo en todo lo que haces. Ten buena conciencia, y Dios te defenderá. Al que Dios quiere ayudar no le podrá dañar la malicia de alguno.

Si tú sabes callar y sufrir, sin duda verás el favor de Dios. Él sabe bien el tiempo y la manera de librarte; y por esto te debes ofrecer a él en todo. A Dios pertenece ayudar y librar de toda confusión. Algunas veces conviene para nuestra humildad que otros sepan nuestros defectos, y los reprendan. Cuando el hombre se humilla por sus defectos, entonces fácilmente aplaca y mitiga los otros, y satisface a los que están airados con él.

Dios defiende y libra al humilde, y al humilde ama y consuela: al humilde se inclina, y al humilde da grande gracia, y después de su abatimiento lo levanta a la honra. Al humilde descubre sus secretos, y le trae dulcemente a sí, y le convida. El humilde, recibida la injuria y afrenta, está en mucha paz; porque está en Dios, y no en el mundo. No pienses haber aprovechado algo, si no te estimas por el más bajo de todos.

Capítulo III

Del hombre bueno y pacífico.

Ponte primero a tí en paz, y después podrás apaciguar a los otros. El hombre pacífico más aprovecha que el letrado. El hombre que tiene pasión, el bien convierte en mal, y muy de ligero cree lo malo. El buen hombre pacífico, todas las cosas echa a la mejor parte. El que está en buena paz, de ninguno tiene sospecha. El descontento y alterado, de diversas sospechas es atormentado: ni él huelga, ni deja reposar a los otros. Dice muchas veces lo que no debería; y deja de hacer lo que más le convenía. Piensa lo que otros deben hacer, y deja lo que él es obligado.

Ten pues primero amor contigo, y después podrás tener buen zelo con el prójimo. Tú sabes excusar y disimular muy bien tus faltas; y no quieres oir las disculpas de los otros. Más justo sería que te acusases a tí, y excusases a tu próximo. Sufre, si quieres que te sufran. Mira cuán lejos estás de la verdadera y humilde caridad, que no sabe desdeñar ni airarse sino contra sí. No es mucho conversar con los buenos y mansos, que esto a todos aplace naturalmente: cada uno de grado tiene paz, y ama los que concuerdan con él: mas vivir en paz con los duros, perversos y mal acondicionados, y con quien nos contradice, gran virtud y gracia varonil es y muy loable.

Algunos hay que tienen paz consigo y con otros también. Y algunos hay que ni tienen paz consigo, ni la dejan tener a otros: enojosos para otros, y más para sí. Hay otros, que ni tienen paz consigo, y estudian de poner paz a los otros. Mas toda nuestra paz en este miserable valle más se conserva en el sufrimiento humilde, que en no sentir contrariedades. El que sabe mejor padecer tendrá mayor paz. Y este tal es vencedor de sí mismo, y señor del mundo, amigo de Jesucristo, y heredero del cielo.

Capítulo IV

De la pura voluntad y sencilla intención.

Con dos alas se levanta el hombre de lo terreno, que son: simplicidad y puridad. La simplicidad ha de estar en la intención y la puridad de la afección. La simplicidad pone los ojos en Dios; la puridad le abraza y gusta. Ninguna buena obra te impedirá, si de dentro fueres libre de todo desordenado deseo. Si no piensas ni buscas sino el buen contentamiento de Dios y el provecho del próximo, gozarás de una interior libertad. Si fuese tu corazón recto, a la hora te sería toda criatura espejo de vida y libro de santa doctrina.

No hay criatura tan baja ni pequeña, que no represente la bondad de Dios, Si tú fueses bueno y puro de dentro, luego podrías ver y sentir bien todas las cosas sin impedimento. El corazón puro penetra el cielo y el infierno. Cual es cada uno de dentro, tal juzga lo de fuera. Si hay gozo en la tierra, el hombre de puro corazón lo posee. Y si en algún lugar hay congoja y tribulación, la mala conciencia lo siente.

Así como el hierro en el fuego pierde el orín, y se hace todo reluciente, así el hombre que se convierte a Dios enteramente es despojado de la torpeza, y mudado en nuevo hombre. Cuando el

hombre comienza a enfriarse, teme el pequeño trabajo, y toma muy de gana la consolación exterior. Mas cuando se comienza a vencer varonilmente y andar en la carrera de Dios, estima por ligeras las cosas que primero tenía por muy graves.

Capítulo V

De la propia consideración.

No debemos confiar de nosotros grandes cosas; porque muchas veces nos falta la gracia y la discreción. Poca lumbre hay en nosotros, y presto la perdemos por negligencia, y muchas veces no sentimos cuán ciegos estamos de dentro. Muchas veces hacemos mal, y lo excusamos peor. Y a veces nos mueve pasión, y pensamos que es zelo. Reprendemos en los otros las cosas pequeñas, y tragamos las graves nuestras. Muy presto sentimos y agravamos lo que de otros sufrimos; mas no miramos cuánto enojamos a los otros. El que bien y derechamente pondera sus obras, no tendrá que juzgar gravemente de otro.

El hombre recogido antepone el cuidado de su ánima a todos los cuidados. El que tiene verdadero cuidado de sí, poco habla de otro. Nunca serás recogido y espiritual, si no callares las cosas ajenas, y especialmente mirares a tí mismo. Si del todo te ocupares en Dios y en tí, poco te moverá lo que sientes de fuera. ¿Adónde estás cuando no estás contigo? Después de haber discurrido por todas las cosas, ¿qué has ganado si de tí te olvidastes? Si has de tener paz y unión verdadera, conviene que todo lo pospongas, y tengas a tí sólo ante tus ojos.

Por cierto mucho aprovecharás, si te guardas libre de todo cuidado temporal: y muy falto serás, si alguna cosa temporal estimares en mucho. No te sea cosa alguna alta ni grande, acepta ni agradable, sino Dios o cosa que sea puramente por Dios.

Estima por cosa vana cualquier consolación que te viniere de alguna criatura. El ánima que ama a Dios desprecia todas las cosas sin él. Sólo el eterno e inmenso, que todo lo hinche, es gozo del ánima y alegría del corazón.

Capítulo VI

De la alegría de la buena conciencia.

La gloria del bueno es el testimonio de la buena conciencia. Si tienes buena conciencia, siempre tendrás alegría. La buena conciencia muchas cosas puede sufrir; y muy alegre está en las adversidades. La mala conciencia siempre está temerosa e inquieta. Suavemente holgarás, si tu corazón no te reprehende. No te alegres sino cuando hicieres algún bien. Los malos nunca tienen alegría verdadera, ni paz interior: porque dice el Señor: no tienen paz los malos [20]. Y si dijeron: en paz estamos: no vendrá mal sobre nosotros; ¿quién osará enojarnos? no los creas; porque súbitamente se levantará la ira de Dios, y se tornarán en nada sus obras, y perecerán sus pensamientos.

Gloríarse en la tribulación no es dificultoso al que ama. Porque gloriarse de esta manera es gloriarse en la cruz de Jesucristo. Breve es la gloria que se da y recibe de los hombres. La gloria del mundo siempre va acompañada de tristeza. la alegría de los justos es Dios y por Dios, y en Dios; y su gozo es de verdad. El que desea la verdadera y eterna gloria no cuida de lo temporal; y el que busca la temporal, y no la desprecia de corazón, señal es que no ama del todo la celestial. Gran reposo de corazón tiene el que no se cura de las alabanzas ni de los denuestos.

La limpia conciencia fácilmente se sosiega. No eres más santo si te alabaren; ni más vil si te despreciaren. Lo que eres, eso

[20] Isa 48

eres, ni puedes ser dicho mayor de lo que Dios sabe que eres. Si miras lo que eres dentro de tí, no tendrás cuidado de lo que fuera hablan de tí. El hombre ve lo de fuera; Dios el corazón [21]. El hombre considera las obras, y Dios pesa las intenciones.

Hacer siempre bien, y tenerse en poco, señal es de humildad: no querer consolación de criatura alguna, señal es de gran puridad y de confianza cordial. El que no busca de los hombres prueba de su bondad, claro muestra que se encomienda del todo a Dios. Dice el glorioso apóstol [22] : no el que se loa a sí mismo es aprobado; mas el que Dios alaba. Andar de dentro con Dios, y no embarazarse de fuera en alguna afección, estado es de varón espiritual.

Capítulo VII

Del amor que debemos tener a Cristo sobre todas las cosas.

Bienaventurado el que conoce qué es amar a Jesucristo, y despreciar a sí mismo por Jesús. Conviene dejar un amor por otro; porque Jesús quiere ser amado sobre todas las cosas. El amor de la criatura es engañoso y mudable; el amor de Jesús es fiel y durable. El que se llega a la criatura caerá con lo caedizo, el que abraza a Jesús, afirmase ha en él. Aquél ama y ten por amigo, que aunque todos te desamparen, él no te desemparará, ni te dejará perecer en el fin. De los hombres has de ser desamparado alguna vez, que quieras o no. Tente fuertemente con Jesús, viviendo y muriendo, y encomiéndate a su fidelidad; que él sólo te puede ayudar cuando todos faltaren. Tu amado es de tal condición, que no quiere consigo admitir otra cosa: sólo él quiere tener tu corazón, y como Rey sentarse en su propia silla.

[21] 1 Re 16
[22] 1 Cor 10

Si te supieses bien desocupar de toda criatura, Jesús moraría de gana contigo. Cuanto pusieres en los hombres fuera de Jesús, tanto perderás [23]. No confíes ni estribes sobre la caña vacía; que toda carne es heno, y toda su gloria caerá como flor de heno. Si mirares solamente a la apariencia de fuera de los hombres, presto serás engañado. Si tú buscas descanso y ganancia en los hombres, muchas veces sentirás daño; mas si en todo buscas a Jesús, hallarás de verdad a Jesús. Y si te buscas a tí mismo, también te hallarás; mas será para tu mal. Por cierto más se daña el hombre a sí mismo si no busca a Jesús, que todo el mundo y sus enemigos le pueden dañar.

Capítulo VIII

De la familiar amistad de Jesús.

Cuando Jesús está presente todo es bueno, no hay cosa difícil: mas cuando está ausente, todo es duro. Cuando Jesús no habla dentro, muy vil es la consolación; mas sí Jesús habla una sola palabra, gran consolación se siente. ¿Por ventura la Magdalena no se levantó luego del lugar donde lloró, cuando la dijo Marta: el Maestro está aquí y te llama? ¡Oh bienaventurada hora cuando el Señor Jesús llama de las lágrimas al gozo espiritual! ¡Cuán seco y duro eres sin Jesús; y cuán necio y vano si codicias algo fuera de Jesús! Dime: ¿no es éste peor daño que si todo el mundo perdieses? ¿Qué puede dar el mundo sin Jesús? Estar sin Jesús es grave infierno. Estar con Jesús es dulce paraíso. Si Jesús estuviere contigo, ningún enemigo te podrá empecer. El que halla a Jesús halla un tesoro bueno, y de verdad bueno sobre todo bien. Y el que pierde a Jesús, pierde muy mucho, y más que todo el mundo. Paupérrimo es el que vive sin Jesús, y riquísimo el que

[23] Isa 49

está bien con Jesús. Muy gran arte es saber conversar con Jesús, y admirable prudencia saber tener a Jesús.

Sé humilde y pacífico, y será contigo Jesús. Sé devoto y sosegado, y permanecerá contigo Jesús. Presto puedes echar de tí a Jesús, y perder su gracia, si te abates a las cosas exteriores. Si destierras de tí a Jesús y lo pierdes, ¿adónde irás, a quién buscarás por amigo? Sin amigo no puedes vivir mucho: y si no fuere Jesús tu especialísimo amigo, estarás muy triste y desconsolado. Pues locamente lo haces, si en otro alguno confías y te alegras.

Menos mal es tener todo el mundo contrario, que ofendido a Jesús. Pues sobre todos tus amigos sea Jesús amado singularísimamente. Ama a todos por amor de Jesús, y a Jesús por sí mismo. Sólo Jesús se debe amar singularísimamente, porque él sólo se halla bueno y fidelísimo, más que todos los amigos. Por él y en él debes amar los amigos y los enemigos, y rogarle por todos para que le conozcan y le amen. Nunca codicies ser loado ni amado singularmente; porque eso a sólo Dios pertenece, que no tiene igual. Ni quieras que alguno se ocupe contigo de su corazón; ni tú te ocupes en amor de alguno, mas sea Jesús en tí y en todo hombre bueno. Sé libre y puro de dentro, sin ocupación de criatura alguna.

Conviene ser desnudo, y tener tu corazón puro a Jesús, si quieres reposar, y ver cuán suave es el Señor. Verdaderamente no llegarás a esto, si no fueres prevenido y traído de su gracia, para que dejadas y echadas fuera todas las cosas, seas unido con él sólo.

Ciertamente cuando viene la graciosa visitación de Dios al hombre, luego se hace poderoso para toda cosa; y cuando se va, queda pobre y enfermo, y casi dejado a que lo azoten. En estos tiempos no debes desmayar ni desesperar, mas estar constante a la voluntad de Dios, sufrir con igual ánimo todo lo que viniere a gloria de Jesucristo; porque después del invierno viene el verano, y después de la noche vuelve el día, y pasada la tempestad viene

gran serenidad.

Capítulo IX

Cómo conviene carecer de toda consolación.

No es grave cosa despreciar la humana consolación cuando tenemos la divina. Gran cosa es, y de verdad grande, ser privado y carecer de consuelo divino y humano, y querer sufrir destierro de corazón de gana por la honra de Cristo, y en ninguna cosa buscarse a sí mismo, ni mirar a su propio merecimiento. ¿Qué maravilla si estás alegre y devoto cuando viene la gracia de Dios? Esa honra todos la desean. Muy suavemente camina aquél a quien lleva la gracia de Dios: ¿y qué maravilla si no siente carga el que es llevado del Omnipotente y guiado por el soberano guiador?

Muy de gana tomamos algún pasatiempo, y con dificultad se desnuda el hombre de sí mismo. El mártir santo Laurencio venció el mundo con Sixto su sacerdote, porque despreció todo lo que en el mundo parecía deleitable, y sufrió por amor de Cristo con paciencia que le fuese quitado el sacerdote del sumo Dios, al cual él mucho amaba. Y así con el amor de Dios venció el amor del hombre, y trocó el placer humano por el buen contentamiento divino. Así tú, hermano, aprende a dejar algún pariente o amigo por amor de Dios, y no te parezca grave cuando te dejare tu amigo: sabe que es necesario que nos apartemos al fin unos de otros.

De continuo y mucho conviene que pelee el hombre consigo mismo, antes que se sepa vencer del todo, y poner en Dios cumplidamente su deseo. Cuando el hombre se está en sí mismo, de ligero se desliza en las consolaciones humanas. Mas el verdadero amador de Cristo, y estudioso imitador de sus virtudes, no se

arroja a las tales consolaciones ni busca dulzuras sensibles; mas antes procura fuertes ejercicios, y sufre por Cristo muy duros trabajos.

Así pues, cuando Dios te diere la consolación espiritual, recíbela con hacimiento de gracias, y entiende que es don de Dios, y no merecimiento tuyo. No te ensalces ni alegres demasiadamente, mas humíllate por el don recibido, y sé más avisado y temeroso en todas tus obras; porque pasarse ha aquella hora, y vendrá la tentación. Si te fuere quitada la consolación, no desesperes luego; mas espera con humildad y paciencia la visitación celestial: porque poderoso es Dios para tornarte muy mayor gracia y consolación. Esto no es cosa nueva ni ajena de los que han experimentado el camino de Dios; porque en los grandes santos y antiguos profetas acaeció muchas veces esta manera de mudanzas.

Por eso decía uno cuando tenía presente la gracia [24]: yo dije en mi abundancia: no seré movido ya para siempre. Y ausente la gracia, añade lo que experimentó en sí, diciendo: volviste de mí tu rostro, y soy hecho conturbado. Mas por cierto entre estas cosas no desespera, sino ruega a Dios con mayor instancia, y dice: a tí Señor, llamaré y a mi Dios rogaré, y al fin él alcanza el fruto de su oración, y confirma ser oído diciendo: oyóme el Señor, y hubo misericordia de mí: el Señor es hecho mi ayudador. Mas ¿en qué? Responde, y dice: volvísteme mi llanto en gozo, y cercásteme en alegría.

Y si así se hizo con los grandes santos, no debemos nosotros pobres y enfermos desesperar si algunas veces estamos fríos, y a veces en fervor de devoción; porque el espíritu se viene y se va, según la divina voluntad; por eso dice el bienaventurado Job [25]: visítaslo en la mañana, y súbitamente lo pruebas. Pues ¿sobre qué puedo esperar, o en quién debo confiar sino solamente en

[24] Sal 26
[25] Job 7

la gran misericordia de Dios, y en la esperanza de la gracia celestial?

Ciertamente aunque esté cercado de hombres buenos, y de religiosos devotos, y de amigos fieles, y aunque tenga libros santos, y tratados devotos, y cantos e himnos suaves, todo aprovecha poco, y tiene poco sabor cuando soy desamparado del favor de Dios, y dejado en la propia pobreza. Entonces no hay mejor remedio que la paciencia, y dejándome a mí mismo, ponerme en la voluntad de Dios.

Nunca hallé religioso que alguna vez no sintiese apartamiento de la consolación divina, y diminución del fervor: ningún santo fue tan altamente arrebatado y alumbrado, que antes o después no haya sido tentado. Por cierto no es digno de la alta contemplación de Dios el que no es ejercitado en alguna tribulación por ese mismo Dios. Cierto suele ser la tentación precedente señal que vendrá la consolación; porque a los probados en tentación es prometida la consolación celestial, como dice la escritura: al que venciere daré a comer del árbol de la vida [26].

Dase también la divina consolación, para que el hombre sea más fuerte para sufrir las adversidades. Y también se sigue la tentación, porque no se ensoberbezca del bien. El diablo no duerme, ni es aún la carne muerta; por eso no ceses de aparejarte a la batalla; a la diestra y a la siniestra están los enemigos, que nunca descansan.

Capítulo X

Del agradecimiento por la gracia de Dios.

¿Para qué buscas descanso, si naciste para trabajo? Ponte a paciencia más que a consolación, a llevar cruz más que a tener

[26] Ap 2

alegría. Cierto no hay hombre en el mundo que no tomase muy de gana la consolación y alegría espiritual, si siempre la pudiese tener; porque las consolaciones espirituales exceden a todos los placeres del mundo y a los deleites de la carne, los cuales son torpes y vanos; mas los espirituales sólos son alegres y honestos, engendrados de las virtudes, e infundidos de Dios en los corazones limpios. Mas no puede ninguno usar de continuo de estas consolaciones divinas, como quiere y a su voluntad; porque el tiempo de la tentación muy pocas veces cesa.

Mucho contraria es a la soberana visitación la falsa libertad del ánima, y la gran confianza de sí. Bien hace Dios dando la gracia de la consolación; mas el hombre hace mal no atribuyendo todo a Dios, haciéndole gracias. Y por eso no abundan en nosotros los dones de la gracia, porque somos ingratos al Hacedor, y no lo atribuimos todo a la fuente original. Siempre se debe gracia al que dignamente es agradecido; y es quitado al soberbio lo que se suele dar al humilde. No quiero consolación que me quite la compunción y conocimiento de mí mismo, ni deseo contemplación que me lleve en soberbia. Por cierto no es santo todo lo alto, ni todo deseo puro, ni todo lo dulce bueno, ni todo lo que amamos agradable a Dios. De grado acepto yo la gracia que me haga más humilde y temeroso, y me disponga más a renunciarme a mí.

El enseñado con el don de la gracia, y avisado con el azote de haberla perdido, no osará atribuirse a sí bien alguno, mas antes confesará ser pobre y desnudo. Da a Dios lo que es de Dios, atribuye a tí lo que es tuyo; esto es, da gracias a Dios por la gracia, y a tí sólo atribuye la culpa, y conoce serte debida por la culpa dignamente la pena. Ponte siempre en lo más bajo, y darte han lo alto, porque no está lo muy alto sin lo hondo. Los grandes santos cerca de Dios, son pequeños cerca de sí, y cuanto más gloriosos, tanto en sí más humildes. Son llenos de verdad y de gloria celestial, y no son codiciosos de gloria vana. Y los

que están fundados y confirmados en Dios en ninguna manera pueden ser soberbios. Y los que atribuyen a Dios todo cuanto bien reciben, no buscan ser loados unos de otros; mas buscan la gloria que de sólo Dios viene, y codician que sea Dios glorificado sobre todos en sí mismo y en todos los santos; y siempre tienen esto por fin.

Pues hermano, sé agradecido en lo poco, y serás digno de recibir mayores cosas. Ten en muy mucho lo poco, y lo más despreciado por singular don: porque si se mira a la dignidad del dador, ningún don parecerá pequeño. Por cierto no es poco lo que el soberano Dios da. Y aunque dé penas y azotes, se lo debemos agradecer, que siempre es para nuestra salud todo lo que permite que nos venga. El que desea guardar la gracia de Dios, agradézcale la gracia que le ha dado, y sufra con paciencia cuando le fuere quitada. Haga oración continua para que le sea tornada, y sea cauto, prudente y humilde, porque no la pierda.

Capítulo XI

Cuán pocos son los que aman la cruz de Cristo.

Jesucristo tiene ahora muchos amadores de su reino celestial, mas muy poquitos que lleven su cruz. Tiene muchos que desean su consolación, y muy pocos que quieran la tribulación: muchos compañeros para la mesa, y pocos para la abstinencia: todos quieren gozar con Cristo, mas pocos quieren sufrir algo por él. Muchos siguen a Jesús hasta el partir del pan; mas pocos a beber del cáliz de la pasión. Muchos honran sus milagros; mas pocos siguen el vituperio de la cruz. Muchos aman a Jesús cuando no hay adversidades; muchos le alaban y bendicen en el tiempo que reciben de él consolaciones, mas si Jesús se escondiese y les dejase un poco, luego se quejarían o desesperarían.

Mas los que aman a Jesús por el mismo Jesús, y no por su propia consolación, bendícenlo en la tribulación y angustia tan bien como en la consolación. Y si nunca les quisiese dar consolación, siempre lo alabarían y bendecirían, y le harían gracias. ¡Oh cuánto puede el amor verdadero de Jesús, sin mezcla de amor propio! Muy claro está que se pueden llamar mercenarios los que siempre buscan consolaciones. Ciertamente más se aman a sí mismos que a Cristo los que de continuo piensan en sus ganacias y provechos.

¿Dónde se hallará uno que sea tal, que quiera servir a Dios de valde? Pocas veces se halla alguno tan espiritual, que esté desnudo de todas las cosas. ¿Quién hallará el verdadero pobre de espíritu, desnudo de toda criatura? De muy lejos y muy preciado es su valor. Si el hombre diere su hacienda toda, aún no es nada. Si hiciere gran penitencia, aún es poco. Aunque tenga toda la ciencia, aún está lejos. Y si tuviere gran afección y muy ferviente devoción, aún le falta mucho; y es una cosa que ha mucho menester, que dejadas todas las cosas deje a sí mismo, y salga de sí del todo y muy del todo, que no le quede nada de amor propio. Y cuando conociere que ha hecho todo lo que debe hacer, piense haber hecho nada, y no tenga en mucho tener de qué le puedan estimar por grande: mas llámese en verdad siervo sin provecho, como dice la verdad [27]: cuándo hubiéredes hecho todo lo que os he mandado, aún decid, siervos somos sin provecho. Y así podrás ser pobre y desnudo de espíritu, y decir con el Profeta [28]: uno sólo y pobre soy. No hay alguno más rico, ni más libre, ni más poderoso que aquél que sabe dejarse a sí y a toda cosa, y ponerse en el más bajo lugar.

---

[27]Lc 17
[28]Sal 24

Capítulo XII
Del camino real de la santa cruz.

Esta palabra parece dura a muchos que dice [29]: niégate a tí mismo, y toma tu cruz, y sigue a Jesús. Mas muy más duro será oír aquella postrera palabra: apartaos de mí, malditos, al fuego eterno. Por cierto los que ahora oyen y siguen de buena voluntad la palabra de la cruz, no temerán entonces oír la palabra de la eterna damnación. La señal de la cruz estará en el cielo cuando nuestro Señor vendrá a juzgar. Entonces todos los siervos de la cruz, que se conformaron en la vida con Jesucristo crucificado, se llegarán a él con gran confianza. Pues si es así, ¿por qué temes tomar la cruz, por la cual van al reino?

En la cruz está la salud y la vida. En la cruz está la confusión de los enemigos. En la cruz está la infusión de la suavidad soberana. En la cruz está la fotaleza del corazón. En la cruz está el gozo del espíritu. En la cruz está la suma virtud. En la cruz está la perfección de la santidad. No está la salud del ánima, ni la esperanza de la vida eterna, sino en la cruz.

Toma pues la cruz, y sigue a Jesucristo, e irás a la vida eterna; él vino primero, y llevó su cruz, y murió en la cruz por tí, porque tú también la lleves, y desees morir en ella. Porque si murieres juntamente con él, vivirás con él, y si fueres compañero de la pena, serlo has de la gloria. Mira que todo está en la cruz, todo está en morir en ella. Y no hay otro camino para la vida y para la verdad y entrañable paz, sino el camino de la santa cruz y continua mortificación. Ve donde quisieres, que no hallarás más alto camino en lo alto, ni más seguro en lo bajo.

Dispón y ordena todas las cosas según tu parecer y querer, que no hallarás sino que has de padecer algo por fuerza o de

[29] Mt 16

grado; así siempre hallarás la cruz, o sentirás dolor en el cuerpo, o tribulación en el espíritu: a veces te dejará Dios, a veces te perseguirá el próximo; y lo que peor es, muchas veces te descontentarás de tí mismo, y no serás aliviado ni refrigerado con ningún remedio ni consuelo: mas conviene que sufras hasta cuando Dios quisiere. Porque quiere Dios que aprendas a sufrir la tribulación sin consuelo, que te sujetes del todo a él, y te hagas más humilde con la tribulación.

Ninguno siente así de corazón la pasión de Cristo, como aquél a quién acaece sufrir cosas semejantes. Así que la cruz siempre está aparejada, y te espera en cualquier lugar. No puedes huir donde quiera que fueres; porque por más que huyas llevas a tí contigo, y siempre hallarás a tí mismo. Vuélvete arriba, vuélvete abajo, de dentro y de fuera, que en todo hallarás cruz: y es muy necesario que en todo lugar tengas paciencia, si quieres tener paz interior, y merecer perpetua corona.

Si de buena voluntad llevas la cruz, ella te llevará y guiará al fin deseado, adonde será el fin del padecer, aunque aquí no lo sea. Si contra tu voluntad la llevas, cárgaste, y háceste más pesado, y todavía conviene que lo sufras. Si desechas una cruz, sin duda hallarás otra, y puede ser que más grave.

¿Piensas tú escapar de lo que ninguno de los mortales pudo? ¿Quién de los santos fue en este mundo sin cruz? Nuestro Señor Jesucristo por cierto en cuanto vivió no estuvo una hora sin dolor de pasión [30]. Porque convenía que Cristo padeciese, y resucitase de los muertos, y así entrase en su gloria. Pues ¿cómo buscas tú otro camino sino este camino real de la santa cruz? ¿Toda la vida de Cristo fue cruz y martirio y tú buscas para tí holganza y gozo?

Yerras, yerras, si buscas otra cosa sino sufrir tribulaciones; porque toda esta vida mortal está señalada de cruces; y cuanto más altamente alguno aprovechare en el espíritu, tanto más

[30] Lc 24

graves cruces hallará muchas veces; porque la pena de su destierro crece más por el amor. Mas este tal así afligido de tantas maneras no está sin el remedio de la consolación, porque siente el gran fruto que le crece por llevar su cruz. Porque cuanto más se sujeta a la cruz de su voluntad, tanto más la carga de la tribulación se convierte en confianza de la divina consolación; y cuanto más se quebranta la carne por la tribulación, tanto más se esfuerza el espíritu por la interior consolación.

Y algunas veces tanto es confortado del efecto de la tribulación y adversidad por el amor de la conformidad de la cruz de Cristo, que no quiere estar sin dolor y tribulación; porque se tiene por más acepto a Dios, cuanto más y más graves cosas pudiere sufrir por él. Esto no es virtud humana, sino gracia de Jesucristo, que tanto puede y hace en la carne flaca, que lo que naturalmente siempre aborrece y huye, lo acometa y ame con fervor de espíritu. No es según la humanidad llevar la cruz, amar la cruz, y castigar el cuerpo y ponerlo en la servidumbre, huir las honras, sufrir de grado las injurias, despreciarse a sí mismo, y desear ser despreciado, y sufrir toda cosa con daño, y no desear cosa de prosperidad en este mundo.

Y si miras a tí, no podrás por tí cosa alguna de estas; mas si confías en Dios, él te dará fortaleza del cielo, y hará que te obedezca el mundo y la carne; y no temerás al diablo si fuerees armado de fe, y señalado de la cruz de Jesucristo. Aparéjate pues como bueno y fiel siervo de Cristo a llevar con esfuerzo la cruz de tu Señor crucificado por tu amor. Aparéjate a sufrir muchas adversidades y diversos daños en esta miserable vida; y así será contigo jesús donde quiera que fueses, y de verdad que halles a Jesús donde quiera que te escondieres.

Así te conviene, y no hay otro remedio para escapar del dolor y la tribulación de los males, sino sufrir. Bebe con deseo el cáliz del Señor si quieres ser su amigo y haber parte con él. Encomienda a Dios las consolaciones, y haga su divina majestad lo

que más le agradare. Y tú dispón tu voluntad a sufrir las tribulaciones, y estimarlas por grandes consolaciones; porque no son condignas las pasiones de este tiempo para merecer la gloria venidera, que se revelará y descubrirá en nosotros, aunque tú solo pudieses sufrirlas todas.

Cuando llegares a esto, que la tribulación te sea dulce por amor de Jesucristo, piensa que te va bien, porque hallaste paraíso en la tierra. Cuando el padecer te parece grave, y procuras de huirlo, cree que te va mal; y donde quiera que fueres te seguirá el rastro de la tribulación.

Si te dispones a hacer lo que debes, conviene a saber, a sufrir y morir, a la hora te hallarás mejor, y tendrás paz. Y aunque fueses arrebatado y llevado hasta el tercero cielo con S. Pablo, no estarás ya por eso seguro de no sufrir alguna contradicción, que nuestro Señor dijo, hablando del mismo S. Pablo [31]: yo le mostraré cuántas cosas le convendrán padecer por mi nombre. Pues luego el padecer te queda, si quieres amar a Jesús y servirle para siempre.

Pluguiese a Dios que fueses digno de padecer algo por el nombre de Jesucristo: ¡cuán grande gloria te quedaría! ¡cuánta alegría darías a los santos de Dios! ¡cuánta edificación sería para el próximo! Ciertamente, muchos loan la paciencia, aunque pocos quieren padecer. Con razón deberías sufrir algo de grado por Cristo; pues hay muchos que sufren más graves cosas por el mundo. Sabe de cierto que conviene morir viviendo, y cuanto más muere cada uno a sí mismo, tanto más comienza a vivir a Dios. Ninguno es suficiente a comprehender cosas celestiales, si no se abaja a sufrir adversidades por Jesucristo.

No hay cosa a Dios más acepta, y no hay cosa para tí en este mundo más saludable, que padecer de muy buena voluntad por Jesucristo. Y si te diesen a escoger, más deberías desear padecer cosas adversas por jesucristo, que ser recreado de consolaciones;

[31] He 9

porque en esto parecerías más a Jesucristo, y serías más conforme a sus santos.

Que cierto no está nuestro merecimiento, ni la perfección de nuestro estado en muchas consolaciones y suavidades, mas en sufrir grandes pesadumbres y tribulaciones. Porque si alguna cosa fuera mejor y más útil para la salud de los hombres, que sufrir adversidades, por cierto Cristo lo hubiera enseñado por palabra y ejemplo; mas él manifiestamente amonesta a sus discípulos y a todos los que le desean seguir, que lleven la cruz, y dice [32]: si alguno quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Así que leídas y bien escudriñadas todas las cosas, sea esta la postrera conclusión, que por muchas tribulaciones [33] nos conviene entrar en el reino de Dios.

[32]Mt 16
[33]He 14

Libro tercero

Trata de la consolación interior

Capítulo I

De la habla interior de Cristo al ánima fiel.

Oiré lo que hable el Señor Dios en mí. Bienaventurada el ánima que oye al Señor, que habla en ella, y de su boca recibe palabra de consolación. Bienaventurados los oídos que perciben lo sutil de las inspiraciones divinas, y no cuidan de las murmuraciones mundanas. Bienaventurados los oídos que no escuchan la voz que oyen [34] de fuera, sino la verdad que habla y enseña adentro. Bienaventurados los ojos que están cerrados a las cosas exteriores, y muy atentos a las interiores. Bienaventurados los que penetran las cosas interiores, y estudian con ejercicios continuos de aparejarse cada día más y más a recibir los secretos celestiales. Bienaventurados los que se alegran de entregarse a Dios, y se desembarazan de todo impedimento del mundo. ¡Oh ánima mía, mira muy bien esto, y cierra las puertas de tu sensualidad porque puedas oír lo que el Señor Dios tuyo habla en tí. Tú amado dice [35]: yo soy tu salud, tu paz y tu vida: consérvate cerca de mí, y hallarás paz. Deja las cosas transitorias, y busca las eternas. ¿Qué es todo lo temporal sino engañoso? ¿Qué te ayudarán todas las criaturas, si fueres desamparado del Criador? Por eso dejadas todas las cosas, débeste dar a tu Criador apacible y fiel, porque puedas alcanzar la verdadera bienaventuranza.

[34] Estas primeras líneas faltan en la edición que estamos transcribiendo. En su lugar las hemos tomado de la edición del R. P. Eusebio Nieremberg

[35] Sal 34

Capítulo II

Cómo la verdad habla dentro del alma sin ruido de palabras.

Habla, Señor [36], que tu siervo oye. Yo soy tu siervo [37]: dame entendimiento para que sepa tus verdades. Inclina mi corazón a las palabras de tu boca. Corra tu habla así como rocío. Decían en el tiempo pasado los hijos de Israel a Moisés [38]: háblanos tú, y oírte hemos: no nos hable el Señor, porque quizás moriremos.

Yo, Señor, no te ruego así; mas con el profeta Samuel con humilde deseo te suplico [39]: habla, Señor, que tu siervo oye. No me hable Moisés ni ninguno de los profetas; mas háblame tú, Señor, lumbre de todos los profetas, que tú sólo sin ellos me puedes enseñar perfectamente; ellos sin tí ninguna cosa aprovechan: pueden pronunciar palabras, mas no dan espíritu. Muy hermosamente dicen, mas callado tú, no entienden el corazón. Enseñan letras; mas tú abres el sentido. Dicen misterios; mas tú declaras el entendimiento de los secretos. Pronuncian mandamientos; mas tú ayudas a cumplirlos. Muestran el camino; mas tú das esfuerzo para andarlo. De fuera obran solamente; mas tú instruyes y alumbras los corazones. De fuera riegan; mas tú das la fertilidad. Ellos llaman con palabras; mas tú das el entendimiento al oído.

Pues no me hable Moisés, mas tú, Señor Dios mío, eterna Sabiduría, porque no muera, y quede sin fruto. Señor, si fuere amonestado y solamente oyere de fuera, y no fuere encendido de dentro, plegue a tí que no me sea condenación la palabra oída, y no obrada; conocida, y no amada; creída, y no guardada. Habla pues tú, Señor, que tu siervo oye; pues que ciertamente

[36] 1 Re 3
[37] Sal 118
[38] Éx 20
[39] 1 Re 3

tienes palabras de vida eterna. Háblame de cualquier manera para consolación de mi ánima, y para enmienda de mi vida, y para perpetua gloria y honra tuya.

Capítulo III

Las palabras de Dios se deben oír con humildad; y cómo muchos no las estiman como deben.

Oye, hijo mío, mis palabras, palabras suavísimas, que exceden toda la ciencia de los filósofos y letrados. Mis palabras son espíritu y vida, y no se pueden pensar por humano seso. No se deben traer al sabor del paladar; mas débense oír con silencio, recibirse con humildad y con gran deseo, y decir [40]: bienaventurado es, Señor, el que tú enseñares, y mostrares tu ley, porque lo guardes de los días malos, y no sea desamparado en la tierra. Dice el Señor: yo enseñé a los profetas desde el principio, y no ceso de hablar a todos hasta ahora; mas muchos son muy duros y muy sordos a mi voz. Muchos de mejor grado oyen al mundo que a mí, y antes siguen al apetito de su carne que mi voluntad. El mundo promete cosas temporales y pequeñas, y sírvenle con gran deseo; yo prometo cosas grandes y eternas, y entorpécense los corazones de los mortales.

¿Quién me sirve a mí en todo con tanto cuidado como al mundo y a sus señores? Ten vergüenza, Sidón, dice el mar. Y si quieres saber la causa, oye. Porque por un pequeño beneficio van los hombres muy largo camino; y por la vida eterna con dificultad alzan el pie del suelo. Buscan los hombres viles ganancias, y por una blanca pleitean a las veces torpemente, y por cualquiera miseria no temen fatigarse de noche y de día. Mas ¡ay dolor! que emperezan de fatigarse un poquito por el bien que no se muda,

[40]Sal 93

por el galardón que no tiene estima, y por la soberana honra y gloria sin fin.

Ten pues vergüenza, siervo perezoso y lleno de quejas, que aquellos se hallen más aparejados para la perdición, que tú para la vida eterna. Y alégranse más para la vanidad, que tú para la verdad: y algunas veces les miente su esperanza; mas mi promesa a ninguno engaña, ni deja vacío al que confía en mí: yo daré lo que tengo pormetido: y cumpliré lo que he dicho si fuere alguno fiel, y perseveraré en mi amor hasta el fin. Yo soy galardonador de todos los buenos, y fuerte examinador de todos los devotos.

Escribe tú mis palabras en tu corazón, y trátalas con mucha diligencia, que en el tiempo de la tentación las habrás bien menester. Lo que no entiendes cuando lo lees, conocerlo has en el día de la visitación. En dos maneras suelo visitar mis escogidos, que son tentación y consolación; y dos lecciones les leo cada día: una reprehendiendo sus vicios, otra amonestándolos al crecimiento de las virtudes. El que entiende mis palabras, y las desprecia, tiene quien lo juzgue en el postrero día.

Capítulo IV

Oración para pedir la gracia de la devoción.

Señor mío, tú eres todo mi bien. ¿Quién soy yo para que te ose hablar? Yo soy un pobrísimo siervo tuyo, un gusanillo desechado, muy mas pobre y más digno de ser despreciado que sé, ni oso decir. Mas acuérdate, Señor, que soy nada, nada tengo, nada valgo. Tú solo eres bueno, justo y santo: tú lo puedes todo, tú lo das todo, tú lo cumples todo; sólo el pecado dejas vacío. Acuérdate, Señor, de tus misericordias, e hince mi corazón de tu gracia, pues no quieres que estén tus obras vacías. ¿Cómo me podré sufrir en esta mísera vida, si no me esfuerza tu gracia?

No me vuelvas el rostro, no dilates tu visitación, no desvíes tu consolación, porque no sea mi ánima como la tierra sin agua. Señor, enséñame a hacer tu voluntad: enséñame a conversar ante tí digna y humildemente; que tú eres mi sabiduría, que en verdad me conoces, y conociste antes que el mundo se hiciese, y yo en el mundo naciese.

Capítulo V

Debemos conversar delante de Dios con verdad y humildad.

Hijo, anda delante de mí en verdad, y búscame siempre con sencillo corazón. El que anda delante de mí en verdad, será defendido de malos encuentros y la verdad le librará de los engañadores y de las murmuraciones de los malos. Si la verdad te librare, serás verdaderamente libre, y no curarás de las palabras vanas de los hombres.

Señor, verdad es así como dices; y así te suplico que lo hagan conmigo. Tu verdad me enseñe, y ella me guarde, y me traiga hasta el fin saludable: la verdad me libre de toda mala afección y desordenado amor; y así andaré contigo en gran libertad de corazón.

Yo te diré, dice Dios, las cosas rectas y agradables a mi, piensa tus pecados con gran descontento y tristeza, y nunca te estimes ser algo por tus buenas obras, que en verdad pecador eres, y obligado a muchas pasiones. De tí siempre vas a la nada, y luego caes, y eres vencido; presto te turbas y deshaces; no tienes cosa de que te puedas alabar, y tienes muchas de que te puedas tener por vil, porque más flaco eres de lo que puedes pensar. Por eso no te parezca grande cosa alguna de cuantas haces, ni la tengas por preciosa ni maravillosa, ni la estimes por digna de reputación, ni por alta. No hay cosa verdaderamente de loar y desear, sino

lo que es eterno. Agrádete sobre toda cosa la eterna verdad, y desagrádete sobre todo la tu gran vileza. No temas ni huyas cosa alguna tanto como tus pecados, los cuales te deben más desplacer que todos los males del mundo.

Algunos no andan delante de mí llanamente; mas con una curiosa vanagloria quieren saber mis secretos y entender cosas altísimas, no curando de sí mismos ni de su salud. Estos tales muchas veces caen en grandes tentaciones y pecados por su soberbia y curiosidad con la mi voluntad.

Teme mis juicios, y espántate de la ira del Omnipotente, y no quieras disputar las obras del muy alto; mas esucdriña tus pecados y maldades, en cuantas cosas pecaste, y cuantas [41] buenas obras dejaste de hacer por tu negligencia. Algunos tienen su devoción solamente en sus libros, otros en señales y figuras exteriores. Otros me traen en la boca, mas muy pocos en el corazón. Hay otros que alumbrados en el entendimiento, y purgados en el afecto, suspiran siempre por las cosas eternas: oyen con pena las terrenas, y con dolor sirven a las necesidades de la naturaleza; y estos sienten lo que habla en ellos el espíritu de verdad. Porque los enseña a despreciar lo terrestre, y amar lo celestial; aborrecer el mundo y desear el cielo de día y de noche.

Capítulo VI

Del maravilloso efecto del divino amor.

Bendígote Padre celestial, Padre de mi Señor Jesucristo, que tuviste por bien acordarte de mí, pobre. ¡Oh Padre de misericordias, y Dios de toda consolación! Gracias te doy, que a mí indigno de todo consuelo, algunas veces recreas con ello. Bendígote siempre, y glorifícote con tu unigénito Hijo, y con el Espíritu Santo

[41] Desde este punto, al faltar algunas páginas, intercalamos unos párrafos de la versión del R. P. Eusebio Nieremberg

consolador, por los siglos de los siglos. ¡Oh Señor Dios mío, amador Santo mío! cuando tú vinieres a mi corazón, se alegrarán todas mis entrañas. Tú eres mi gloria y mi alegría: tú eres mi esperanza y el refugio mío en el día de mi tribulación.

Mas porque soy aún flaco en el amor, e imperfecto en la virtud, por esto tengo necesidad de ser fortalecido y consolado de tí. Por eso visítame, Señor, más veces, instrúyeme con santas doctrinas. Líbrame de mis malas pasiones, y sana mi corazón [42] de mis aficiones desordenadas y vicios: porque sano y bien purgado, sea hábil para amarte, y constante para sufrir, y firme para perserverar.

Gran cosa es el amor, gran bien para toda cosa. Él sólo hace ligero todo lo pesado, y lleva con igualdad todo lo desigual. Lleva la carga sin carga, hace dulce y sabrosa toda cosa amarga. El nobilísimo amor de Jesús nos compele a hacer grandes cosas y siempre mueve a desear cosas perfectas. El amor quiere estar arriba, y no quiere ser detenido de cosas bajas. El amor quiere ser libre y ajeno de toda afección mundana, porque no se impida su interior vista, ni se embarace en ocupaciones de provecho temporal, o caiga por algún daño o pérdida. No hay cosa más dulce que el amor, ni más fuerte, ni más ancha, ni más alegre, ni más cumplida, ni mejor en el cielo ni en la tierra.

Porque el amor nació de Dios, y no puede holgar sobre todo lo criado, sino en este mismo Dios. El que ama vuela, corre, alégrase, es libre, no es detenido, toda cosa da por el todo, y tiene todas las cosas en todas; porque huelga en un sumo bien sobre todas las cosas, del cual mana y procede todo bien. No mira a los dones, pero vuélvese al dador de ellos.

El amor nunca sabe modo; hierve sobre toda manera. El amor no siente carga, ni estima los trabajos: más desea que puede. No se queja lo manden lo imposible; porque cree que todo lo puede en Dios: en conclusión, para todo es bueno. Y muchas cosas

[42] Aquí reanudamos la transcripción de la traducción de Fray Luis de Granada

cumple y pone por obra, en las cuales el que no ama, desfallece y cae. El amor siempre vela, y durmiendo no se duerme; fatigado no se cansa; angustiado no se angustia; espantado no se espanta; mas como viva llama y ardiente hacha sube arriba, y pasa seguramente [43]. Si alguno ama, conoce lo que habla esta voz.

Gran clamor es en las orejas de Dios el encendido y abrasado afecto del ánima que dice: Dios mío, amor mío, tú todo mío, y yo todo tuyo. Ensánchame en el amor, porque aprenda a gustar con la boca del corazón tus secretos, y cuán suave es el amar, y derretirse y andar en el amor. Sea yo preso del amor, saliendo de mí por él con gran fervor y admiración. ¡Oh Señor, cante yo cantar de amor! Sígate yo, amado mío, a lo alto, y desfallezca mi ánima en tu loor alegrándome de tu amor. Ámete yo más que a mí, y no me ame a mí sino por tí, y ame a todos en tí, los que de verdad te aman, como manda la ley del amor que sale resplandeciente de tí.

El amor es presto y limpio, piadoso, alegre, delectable, sufrido, fiel, prudente, varonil; espera largo tiempo, y nunca se busca a sí mismo: porque en buscándose alguno a sí mismo, luego cae del amor. El amor es muy mirado, humilde, recto, y no liviano ni regalado, ni entiende en cosas vanas; medido, casto, firme, reposado y guardado en todos sus sentidos. El amor es sujeto y obediente a los prelados, y a sí mismo vil y despreciado, a Dios devoto y agradecido; confía siempre en él con viva esperanza, aún en el tiempo de la sequedad, cuando no gusta de Dios: porque no vive ninguno en amor sin dolor.

El que no está aparejado a sufrir toda cosa, y estar a la voluntad del amado, no es digno de ser llamado amador. Conviene al que ama abrazar de muy buena voluntad toda cosa dura y amarga por el amado, y no apartarse de él por cosa contraria que le acaezca.

[43] Aug. tr. 26 in Jn

Capítulo VII

De la prueba del verdadero amador.

Hijo, no eres aún fuerte y prudente amador. ¿Por qué, Señor? porque por una contradicción pequeña faltas en lo comenzado, y buscas la consolación con mucha ansia. El constante amador está fuerte en las tentaciones y tribulaciones, y no cree las astucias engañosas del enemigo. Como yo le agrado en las prosperidades, así no le descontento en las adversidades. El discreto enamorado no considera tanto el don, cuanto el amor del que lo da; más mira la voluntad que la merced. Todas las dádivas pone debajo del amado. El amador noble no huelga en el don, mas en mí sobre todo don. Pero si algunas veces no gustas tan bien de mí o de mis santos como deseas, no por eso es ya todo perdido.

Aquel buen afecto dulce que recibes algunas veces, obra es de la presente gracia, y un sorbito de licor de la patria celestial; sobre lo cual no debes mucho estribar, porque va y viene: mas pelear contra los malos movimientos del ánima, y desechar las persuasiones del enemigo, señal es de insigne virtud y de gran merecimiento. Pues luego que te conturben las imaginaciones diversas de cualquier materia que te vengan, guarda firme tu propósito con recta intención a Dios. No es engañoso cuando súbitamente eres arrebatado alguna vez a lo alto, y lugo te tornas a las vanidades acostumbradas del corazón; porque más lo sufres contra tu voluntad, que las haces de grado. Y cuanto más te desplacen y las contradices, tanto es mayor mérito, y no perdición.

Sábete que el enemigo antiguo del todo se esfuerza por impedir tu buen deseo y vaciarlo de todo devoto ejercicio, como es honrar a los santos, la piadosa memoria de mi pasión, la útil contrición de los pecados, la guarda del propio corazón, el firme propósito de aprovechar en la virtud, También te pone muchos

pensamientos malos por enojarte y espantarte, para desviarte de la oración y de la sagrada lección.

Desagrádale mucho la humilde confesión; y si pudiese él haría que no comulgases. No le creas, ni hagas caso de él aunque muchas veces te arme lazos.

Y cuando te trajere al pensamiento malas cosas y sucias, atribúyelo a él, y dile: vete de aquí, espíritu sucio; ten vergüenza, desventurado; muy sucio eres; tú me traes tales cosas a las orejas. Apártate de mí, malvado engañador, que no tendrás parte en mí. Jesús estará conmigo como fuerte Capitán; y tú serás confuso. Más quiero morir y sufrir cualquier pena, que consentir a tí. Calla, enmudece: no te oiré más, aunque más me importunes [44]. El Señor es mi lumbre y mi salud; ¿a quién temeré? El Señor es defensor de mi vida: ¿de quién habré miedo? Aunque se pongan contra mí huestes no temerá mi corazón. El Señor es mi ayuda y mi Redentor.

Pelea como buen caballero, y si alguna vez cayeres por flaqueza, cobra mayores fuerzas que las primeras, confiado de mayor favor mío. Y guárdate mucho del vano contentamiento de la soberbia. Por eso muchos son engañados, y caen algunas veces en ceguedad casi incurable. Séate aviso para perpetua humildad la caída de los soberbios que locamente presumen de sí.

Capítulo VIII

Cómo se ha de encubrir la gracia debajo de la humildad.

Hijo, más útil y más seguro te es esconder la gracia de la devoción que no ensalzarte con ella, ni estimarte ni hablar mucho de ella, mas despreciarte y tenerla como dada a persona indigna. No es bien arrimarse demasiadamente a esta afección, porque se

[44] Sal 26

puede mudar presto en contrario. Piensa cuando estás en devoción cuán miserable y cuán menguado sueles ser sin ella.

No está la perfección de la vida espiritual sólo en tener gracia de consolación, mas en sufrir con paciencia y humildad cuando te fuere quitada. En tal manera que nunca entonces tengas pereza en el estudio de la oración, ni dejes caer del todo las buenas obras que sueles hacer: mas como mejor pudieres haz de buena voluntad lo que es en tí; ni por la sequedad o angustia que sientes, del todo te descuides. Porque hay muchos que en el punto que las cosas no les suceden a su placer, luego se hacen impacientes o perezosos. Porque no está siempre en la mano del hombre su camino [45]; mas a Dios pertenece el dar y consolar cuando quiere, y cuanto quiere, y a quien quiere, como a él le agrada, y no más.

Algunos indiscretos se destruyeron por la gracia de la devoción, porque presumieron de hacer más de lo que pudieren, no mirando la medida de su pequeñez, siguiendo más el deseo de su corazón que el juicio de la razón: porque se atrevieron a mayores cosas que Dios quería, presto perdieron la gracia, y quedaron menguados y viles los que pusieron en el cielo su nido, porque humillados y empobrecidos aprendan a no volar en sus alas, mas esperar debajo de mis plumas.

Los que son nuevos, y sin experiencia en el camino del Señor, si no son regidos por consejos de discretos, fácilmente serán egañados y destruidos. Y si quieren seguir más su parcer que creer los ejercitados, serles ha la salida peligrosa, si no quieren retraerse de su propio parecer. Los que se tienen por sabios, tarde sufren con humildad ser corregidos de otros. Mejor es saber poco con humildad y poco entender, que grandes tesoros de ciencia con vano contentamiento. Mejor te es a tí tener poco, que mucho de donde te puedas ensoberbecer.

No hace discretamente el que se da todo a la alegría, olvi-

[45] Jer 10

dando su pasada pobreza y el casto temor mío; el cual siempre teme perder la gracia recibida. No lo hace como varón virtuoso el que anda desesperado en el tiempo de cualquiera adversidad o tribulación, y menos confiado piensa y siente de mí de lo que conviene. El que demasiadamente se asegura en el tiempo de la paz, muy caído y medroso se hallará en el tiempo del combate. Si pudieses ser siempre humilde y pequeño en tus ojos, y reglar y moderar bien tu espíritu, no caerías tan presto en los peligros y ofensas.

Buen consejo es que pienses cuando estás en devoción de espíritu, lo que puede venir apartándose aquella luz. Y cuando se te aparte, piensa que otra vez puede volver; la cual yo te quité de industria a tiempo para seguridad y gloria mía. Más aprovecha muchas veces la tal prueba, que si tuvieses a tu voluntad cosas prósperas.

Porque los merecimientos del hombre no se han de estimar por tener muchas visiones o consolaciones, o porque el hombre sea entendido en la escritura, o porque esté subido en dignidad; mas si fuere fundado en verdadera humildad, y lleno de caridad; y si pura y enteramente buscare siempre la honra de Dios; y si se reputare por nada, y verdaderamente se despreciase, y holgare de ser abatido más que honrado de otros.

Capítulo IX

De la vil estimación de sí mismo ante los ojos de Dios.

[46] ¿Hablaré yo a mi Señor, siendo como soy polvo y ceniza? Si más de esto me reputares, tu estás contra mí, y mis maldades hacen de esto verdadero testimonio, y no puedo contradecir. Mas si me envileciere, y me volviere nada, y dejare toda propia

[46] Las siguientes líneas están tomadas de la versión del R. P. Eusebio Nieremberg

estimación, y me tornare polvo (como lo soy) me será tu gracia favorable, y tu luz se acercará a mi corazón, y toda estimación se hundirá en el valle de mi poquedad. Allí me mostrarás qué soy, qué fui y de donde vine: porque soy nada, y no lo conocí. si soy dejado a mis fuerzas, todo soy nada, y todo flaqueza; pero si tú me mirares, luego seré fortificado, y estaré lleno de nuevo gozo. Y es cosa maravillosa por cierto, como tan de repente soy levantado sobre mí, y abrazado de tí con tanta benignidad, siendo así que yo, según mi propia pesadumbre, siempre voy a lo bajo.

Esto Señor hace tu amor, que sin méritos míos me previene, y me socorre en tanta multitud de necesidades, guardándome también de peligros, librándome (para decir verdad) de innumerables males. Porque yo me perdí amándome, pero buscándote a tí sólo y amándote puramente, hallé a mí, y a tí: y por el amor me reduje más profundamente a mi nada. Porque tú, oh dulcísimo señor, haces conmigo mucho más de lo que merezco, y más de lo que me atrevo a esperar o pedir.

Bendito seas, Dios mío, que aunque soy indigno [47] de todo bien, tu nobilísima e infinita bondad nunca cesa de hacer bien aún a los desagradecidos y muy desviados de tí. Conviértenos a tí para que seamos agradecidos, humildes y devotos; que tú eres nuestra salud, virtud y fortaleza.

Capítulo X

Todas las cosas se deben referir a Dios como último fin.

Hijo, yo debo ser tu supremo y último fin. Si deseas de verdad ser bienaventurado, con este propósito se purificará tu deseo; que se abate muchas veces a tí mismo y a las criaturas; porque si en

[47] Retornamos a nuestro texto

algo te buscas, luego faltas a tí, y te secas. Pues atribuye toda cosa principalmente a mí, que soy el que doy todas las cosas. Pues así considera cada cosa como venida del soberano bien: y por eso todas las cosas se deben reducir a mí, como a su propio principio.

De mí sacan agua, como de fuente viva, el pequeño y el grande, el pobre y el rico, y los que me sirven de buena voluntad recibirán gracia por gracia; y los que se quisieren glorificar fuera de mí, o deleitarse en algún bien particular, no serán confirmados en el verdadero gozo, ni se ensanchará su corazón, mas serán angustiados e impedidos de muchas maneras. Por eso no te apropies a tí alguna cosa de bien, ni atribuyas a algún hombre la virtud, mas refiérelo todo a mí, que sin mí no tiene el hombre cosa alguna. Yo lo dí todo, y quiero que se me vuelva todo: y con gran apremio requiero que me hagan gracias por ello. Esta es la verdad con que se destruye la vanagloria.

Y si la gracia celestial entrare y la verdadera caridad, no habrá envidia ni quebranto de corazón, ni te ocupará el propio amor. Ciertamente la divina caridad vence todas las cosas, y ensancha todas las fuerzas del ánima. Si tienes seso, en mí sólo te gozarás, de mí sólo tendrás esperanza; porque ninguno es bueno sino sólo Dios, el cual es de loar sobre todas las cosas, y debe ser bendito en todas.

Capítulo XI

En despreciando el mundo, es muy dulce cosa servir a Dios.

Otra vez ahora hablo yo, Señor, y no callaré: mas diré en las orejas de mi Dios y mi Señor y mi Rey, que está en el cielo [48]:

[48] Sal 30

¡Oh Señor, cuán grande es la multitud de tu dulzura, que escondiste para los que te temen! ¿Pues qué será a los que te aman? ¿qué será a los que te sirven de todo corazón? Verdaderamente muy inefable es la dulcedumbre de tu suavísima contemplación, la cual das a todos los que te aman. En esto has mostrado singularmente la dulzura de tu caridad, que como no fuese, me hiciste, y como anduviese errado lejos de tí, me tornaste a tí, para que te sirviere, y mandásteme que te amase. ¡Oh fuente de amor perpetua! ¿qué diré de tí? ¿cómo puedo olvidarme de tí, que tuviste por bien acordarte de mí? Aún después que yo me perdí y perecí, hiciste conmigo tu siervo misericordia allende de toda esperanza, y sobre todo merecimiento me diste tu gracia y tu amistas. ¿Qué te daré yo por esta gracia? ¿por qué no se da a todos, que dejadas todas las cosas, renuncien al mundo, y tomen vida recogida? ¡Oh Señor!, y ¿qué maravilla que yo te sirva, a quien toda criatura debe servir?

No me debería parecer mucho servirte yo; mas antes esto me debe parecer muy maravilloso, que tengas tú por bien de recibir por siervo un tan pobre e indigno, y juntarlo con tus amados siervos: Señor, todas las cosas que tengo, y con que te sirvo, tuyas son. Mas en verdad tú, Señor, me sirves más a mí que yo a tí. Claro está que el cielo y la tierra que criaste para el servicio del hombre están aparejados, y hacen cada día todo lo que les mandaste. Y esto poco es, pues aun los ángeles criaste y ordenaste en servicio del hombre. Mas a todas estas cosas excede, que tú, Señor, tuviste por bien de servirle, y le prometiste de darte a tí mismo.

¿Qué te daré yo, Señor, por tantos millares de bienes? ¡Oh si pudiese yo servirte todos los días de mi vida! ¡Oh si pudiese solamente siquiera un solo día hacerte algún digno servicio! Verdaderamente tú sólo eres digno de todo servicio, y de toda honra y alabanza eterna. Verdaderamente eres mi Señor, y yo pobre siervo tuyo, que soy obligado a servirte con todas mis fuerzas, y

nunca me debo cansar de loarte. Así lo quiero, así lo deseo; y lo que me falta, ruégote, Señor, lo cumplas.

Grande honra y gloria es servirte, y despreciar todas las cosas por tí. Por cierto grande gracia tendrán loque de voluntad se sujetaren a tu santo servicio, y hallarán suavísima consolación del Espíritu Santo los que por amor tuyo desecharen todo deleite carnal. Alcanzarán gran libertad de corazón los que toman estrecho camino por tu nombre, y por él desechan todo cuidado mundano. ¡Oh agradable y muy alegre la serivdumbre de dios, con la cual se tornaré el hombre verdaderamente libre y santo! ¡Oh sagrado estado el servicio del religioso, que hace al hombre igual a los ángeles, apacible a Dios, espantable a los demonios, y a todos los fieles católicos muy fructuoso y loable! ¡Oh servicio digno de ser abrazado y siempre deseado, con el cual se merece el sumo bien, y se adquiere el gozo que dura para siempre sin fin!

Capítulo XII

Los deseos del corazón se deben examinar y moderar

Hijo, aún te conviene aprender muchas cosas, que aún no has bien aprendido. Señor, ¿qué son esas cosas? Que pongas tu deseo del todo según mi voluntad, y no te enamores de tí mismo; mas sé afectuoso amador de mi voluntad, y seguidor de ella. Los deseos te mueven muchas veces, y te esfuerzan mucho; mas considera si te mueves más por mi honra o por tu provecho.

Si yo soy la causa, bien te contentarás de cualquier manera que yo lo ordenase; mas si algo tienes escondido de lo propio que tú buscas, mira que esto es lo que mucho impide y agrava. Guárdate pues no confíes mucho en el deseo que tuviste sin consultarlo conmigo; porque puede ser que te arrepientas, y te

descontente lo que primero te agradaba, y como cosa mejor lo encubrías. Por cierto no se debe seguir luego cualquier deseo que parece bueno, ni menos huir del golpe de toda afección, que a prima faz parece contraria. Conviene algunas veces usar de freno aun en los buenos ejercicios y deseos, porque no caigas por demasía en distraimiento del alma, porque no causes escándalo a otros con tu indiscrección, o por la contradicción de los otros te turbes, y caigas luego. También a veces conviene usar de fuerza y de contradecir animosamente al apetito sensitivo y no cuidar de lo que la carne quiere o no quiere; mas trabajar que esté sujeta al espíritu, aunque le pese. Y tanto debe ser castigada y enfrenada hasta que esté aparejada a todo, y sepa contentarse con lo poco, y holgarse con lo sencillo, y no murmurar contra cosa alguna desabrida.

Capítulo XIII

Declara qué cosa sea paciencia, y la lucha contra los apetitos sensuales

Señor Dios mío, según oigo, paréceme que la paciencia me es muy necesaria; porque muchas adversidades acaecen en esta vida. Porque en cualquier manera que ordenare mi paz, no puede estar mi vida sin guerra y dolor.

Así es, hijo, y no quiero yo que busques tal paz que carezca de tentaciones, y no sienta contrariedades; mas cuando fueres ejercitado y probado en diversas tribulaciones, piensa que has hallado el camino de la paz. Si dices que no puedes llevar tantos trabajos, ¿cómo podrás sufrir después el fuego del purgatorio?

De dos trabajos siempre se debe escoger el menor. Por eso porque puedas escapar de los tormentos eternos, estudia de sufrir por mí los males presentes. ¿Piensas tú que poco o nada

sufren los hombres del mundo? Aún en los muy delicados no cabe esto. Mas podrás decir, que tienen muchos deleites, y siguen sus apetitos, y con eso sienten poco sus tribulaciones. puesto que sea así que tengan cuanto quisieren; dime: ¿cuánto les durará? Mira que los muy abundantes en el siglo, como humo desfallecerán, y no habrá memoria de los gozos pasados, y aún en tanto que viven, no huelgan en ellos el temor, congoja y amargura, que de la misma cosa que se recibe el deleite, de allí las más veces reciben la pena del dolor. Juntamente se hace con ellos; porque así como desordenadamente buscan y siguen los deleites, así los cumplen con amarga confusión. ¡Oh cuán breves, o cuán falsos, o cuán desordenados y torpes son todos! Mas como beodos y ciegos no lo entienden los tales, sino como animales inmundos, por un poco de deleite corruptible se dejan caer en la muerte del ánima. Por eso mira tú no vayas tras tus desordenados deseos, mas apártate de tu voluntad. Deléitate en el Señor, y darte ha lo que pidieres en tu corazón.

Y si de verdad quieres haber placer, y ser consolado en mí abundantísimamente, tu bendición será en el desprecio de toda cosa, y en cortar de tí todo deleite de acá abajo; y así serte ha dada copiosa consolación; y cuanto más te desviares del consuelo, tanto hallarás en mí más suaves y mucho más poderosas consolaciones: mas mira que no las alcanzarás sin que tengas alguna tristeza y trabajo. La costumbre te hará contradicción; mas vencerla has con otra mejor. La carne murmurará; mas refrenarse ha con el fervor del espíritu. La serpiente antigua te instigará y desabrirá; mas con la oración huirá, y con el trabajo provechoso le cerrarás la puerta.

Capítulo XIV

De la obediencia del súbdito humilde a ejemplo de Cristo

Hijo, el que procura de quitarse de la obediencia, él mismo se quita la gracia. El que quiere tener cosas propias pierde las comunes. El que no se sujeta de grado al superior, señal es que su carne no le obedece a él perfectamente, mas que muchas veces echa coces y gruñe.

Aprende pues a sujetarte presto a tu prelado, si deseas tener tu carne sujeta. Muy presto se vence el enemigo de fuera, cuando el hombre interior está entero. No hay enemigo más enojoso ni peor, que tú mismo a tí, si no estás bien concorde con el espíritu. Muy necesario es que tú tengas el verdadero desprecio de tí mismo, si quieres vencer la carne y la sangre.

Mas porque aún te amas desordenadamente, temes sujetarte del todo a la voluntad de otros. Dime: ¿qué gran cosa es que tú, polvo y nada, te sujetes al hombre por mi amor, cuando yo Omnipotente y Altlísimo, que crié todas las cosas de nada, me sujeté al hombre por tí? Híceme el más humilde y más bajo de todos porque vencieses tu soberbia con mi humildad.

¡Oh polvo, aprende a obedecer! Aprende, tierra y lodo, a humillarte y encorvarte a los pies de todos. Aprende a quebrantar tus quereres, y ponerte a toda sujeción. Enciéndete contra tí mismo, y no sufras que viva en tí la hinchada soberbia. Ponte tan sujeto y pequeño, que todos te huellen como al lodo de las plazas. Oh hombre vacío ¿de qué tienes quejas? Oh pecador torpe, ¿qué puedes contradecir a quien te maltrata, que tantas veces a Dios ofendiste y tantas mereciste el infierno? Mas te perdoné, porque tu ánima fue preciosa en mi acatamiento: porque conocieses mi amor, y fueses siempre agradecido a mis beneficios, y te dieses continuo a la verdadera humildad y sujeción, y sufrieres

con paciencia tu propio menosprecio.

Capítulo XV

Cómo se han de considerar los secretos juicios de Dios, porque no nos elevemos en la prosperidad

Señor, tú manifiestas tus juicios contra mí, y hieres mis huesos con temor y temblor. Espántase mucho mi alma, estoy atónito, y considero que los cielos no son limpios en tu presencia. Si en los ángeles hallaste maldad, y no los perdonaste, ¿qué será de mí? Cayeron las estrellas del cielo; y yo polvo ¿qué presumo? Aquellos cuyas obras parecían muy loables cayeron a lo bajo, y los que comían pan de ángeles ví deleitarse con el manjar de los puercos.

¡Oh Señor!, que no hay santidad si tú apartas tu mano. No basta discreción si tú dejas de gobernar. No hay fortaleza que ayude si tú dejas de conservar. No hay castidad segura si tú no la defiendes. Ninguna propia guarda aprovecha si tú no velas sobre nosotros; porque en dejándonos, luego nos sumimos, y perecemos; mas visitados por tí, vivimos, y somos levantados. Mudables somos, mas por tí somos firmes: enfriámonos, mas por tí somos encendidos.

¡Oh cuán bajamente debo sentir de mí! ¡en cuán poco me debo tener, aunque parezca que tengo algún bien! ¡Oh Señor, y cuán profundamente me debo someter debajo de tus profundos juicios, donde no me hallo ser otra cosa sino nada, y menos que nada! ¡Oh carga inmensa! ¡Oh piélago, que no se puede nadar, donde no hallo cosa en mí sino ser nada en todo! Pues ¿dónde está el escondrijo de la gloria? ¿dónde está la confianza de la virtud concebida?

Absorbida está toda vanagloria en la profundidad de tus juicios [49]. ¿Qué es toda carne en tu presencia? ¿o quizá gloriarse ha el barro contra quien lo formó? ¿Cómo se puede engreír con vanos loores el corazón que está verdaderamente sujeto a Dios? No enloquecerá todo el mundo al que tiene la verdad sujeto; ni se moverá por mucho que lo loen el que tiene puesta toda su esperanza en Dios. Porque todos los que hablan son nada, y con el sonido de las palabras fallecerán [50]; mas la verdad del Señor permanecerá para siempre.

Capítulo XVI

Cómo debes decir en todas las cosas que deseares.

Hijo, dí así en cualquier cosa que quisieres: Señor, si te agradare, hágase esto así. Señor, si es honra tuya, hágase esto en tu nombre. Señor, si vieres que me conviene, otórgame esto, para que use de ello a honra tuya; y si conoces que no es provechoso a mi ánima, desvía de mí este deseo.

Que no todo deseo procede del Espíritu Santo, aunque parezca justo y bueno al hombre. Dificultoso es juzgar si te incita buen espíritu o malo, o si te mueve tu propia voluntad. Muchos son engañados al fin, que parecía en el principio ser movidos e inducidos por buen espíritu. Y por eso con verdadero temor y humildad del corazón debes desear y pedir cualquier cosa que al pensamiento ocurre para desearla, y especialmente con entera renunciación cometerlo todo a mí, y decir:

¡Oh Señor, tú sabes lo mejor: haz esto o aquello como más te agradare, y dadme lo que quisieres y cuanto quisieres, y cuando quisieres. Haz conmigo como sabes, para que sea mayor honra

[49] Isa 29
[50] Sal 111

tuya. Ponme donde quisieres; yo estoy en tu mano: vuélveme y revuélveme a la redonda: ves aquí tu siervo aparejado para todo. No deseo Señor, vivir para mí; mas plegue a tu misericordia que viva dignamente para tí.

Capítulo XVII

Oración para pedir el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Otórgame, benignísimo Jesús, tu gracia que esté conmigo, y persevere conmigo hasta el fin. Dame gracia con que desee y quiera siempre lo que es más agradable a tu Majestad: tu voluntad sea la mía, y mi voluntad siga siempre la tuya, y se conforme muy bien con ella. Séame, Señor, un querer y no querer contigo, y no pueda querer ni no querer, salvo lo que tú quieres o no quieres. Dame, Señor, que muera a todo lo que es en el mundo. Y dame, Señor, que ame por tí ser despreciado y olvidado en este mundo. Dame que sobre todo lo deseado huelgue en tí, y se pacifique mi corazón en tí. Tú eres la verdadera paz del corazón, tú sólo eres felicidad. Fuera de tí toda cosa es dura y sin sosiego [51]. En esta paz, que es en tí un sumo y eterno bien, dormiré y holgaré.

Capítulo XVIII

En sólo Dios se debe buscar el verdadero consuelo.

Cualquier cosa que puedo desear o pensar para mi placer, no la espero aquí, mas en la otra vida. Que aunque sólo tuviese los placeres del mundo, y pudiese usar de todos los deleites, cierto es

[51] Sal 4

que no podrían durar mucho: así que, ánima mía, tú no podrás ser consolada cumplidamente sino en Dios, que es consolador de los pobres, y recibe los humildes. Espera un poco, ánima mía, espera la promesa divina, y eterna abundancia de todo bien en el cielo.

Si codicias muy desordenadamente las cosas presentes, perderás las eternas. Las temorales sean para usar, y las celestiales para desear. No puedes ser harta de cosa temporal, porque no eres criada para ella. Aunque tengas todos los bienes criados no puedes ser bienaventurado; mas en Dios, que crió todas las cosas, consiste tu bienaventuranza y tu felicidad: no como la que se muestra y es loada de los locos amadores del mundo; mas como la esperan los buenos fieles de Cristo, y algunas veces la gustan los espirituales y limpios de corazón, cuya conversación es en el cielo.

Vano es y breve todo placer humano: el bienaventurado placer es el que se siente de dentro de la verdad. El hombre devoto en todo lugar lleva consigo a Jesús, consolador suyo, y dícele: ayúdame, Señor, en todo lugar y tiempo, y tenga yo, Señor, por consolación querer de grado carecer de todo humano consuelo, y si me faltare tu consolación, séame tu voluntad y tu justa prueba en lugar de muy grande consuelo: que no estarás siempre airado, ni me amenazarás para siempre.

Capítulo XIX

Todo nuestro cuidado se ha de poner en sólo Dios.

Hijo, déjame hacer contigo lo que quiero, que yo sé lo que te conviene. Tú piensas como hombre, sientes como el humano afecto te enseña.

Señor, verdad es lo que dices: mayor es el cuidado que tú tienes de mí, que cuanto yo puedo tener de mí. Muy a peligro vive el que no pone todo su cuidado en tí. Señor, esté mi voluntad firme y recta en tí, y haz de mí lo que quisieres; que no puede ser sino bueno lo que tú hicieres de mí. Si quieres que esté en tinieblas, bendito seas tú; y si quieres que esté en luz, también seas bendito. Si me quieres consolar, bendito sea tu nombre; y si me quieres atribular, también seas por todo bendito para siempre.

Hijo, así debes estar si quieres andar conmigo. Tan pronto debes estar para padecer como para gozar; y tan de gana debes querer ser pobre mendigo, como abundante y rico.

Señor, muy de gana padeceré por tí todo lo que quisieres que venga sobre mí. Sin diferencia quiero recibir de tu mano lo bueno y lo malo, lo dulce y lo amargo, lo alegre y lo triste; y darte gracias por todo lo que me acaeciere. Guárdame, Señor, de todo pecado, y no temeré la muerte ni el infierno. Con que no me apartes de tí para siempre, ni me quites del libro de la vida, no me dañará cualquier tribulación que venga sobre mí.

Capítulo XX

Debemos llevar con igualdad las miserias temporales a ejemplo de Cristo.

Hijo, yo bajé del cielo por tu salud, y tomé tus miserias, no por necesidad, mas por la caridad que me traía; porque tú aprendieses la paciencia, y sufrieses sin indignación las miserias temporales. Desde la hora de mi nacimiento hasta la muerte en la cruz no me faltaron dolores que sufrir, yo tuve muy gran falta de las cosas temporales; oí muchas veces grandes quejas de mí, sufrí mansamente denuestos y afrentas; por los beneficios recibií desagradecimientos, y por los milagros blasfemias, y por la

doctrina reprehensión.

Señor, si tú fuiste tan paciente en tu vida, principalmente cumpliendo la voluntad del Padre; justo es que yo, pobrecillo pecador, según tu voluntad sufra por mi salud la carga de mi corruptibilidad hasta cuando tú quisieres. Aunque la vida presente es cargada, ya por tu gracia es muy meritoria, y mas tolerable y clara para los flacos, por tu ejemplo y de tus santos, y aún mucho mas consolatoria que fue el tiempo pasado en la vieja ley, cuando estaba cerrada la puerta del cielo, y el camino era muy obscuro; cuando tan poquitos tenían cuidado de buscar el reino de los cielos; y aún los que eran justos, y se habían de salvar, entonces no podían entrar al reino celestial hasta que llegase tu pasión, y el pago de tu muerte sagrada. ¡Oh cuántas gracias debo dar a tu sacratísima Majestad, que has tenido por bien de mostrarme a mí y a todos los fieles la carrera recta y buena para tu eterno reino! Tu vida, dulce Jesús, es nuestra carrera, por la santa paciencia vamos a tí, que eres nuestra corona. Si tú no fueras delante enseñando, ¿quién procurára seguirte? ¡Ay, ay, cuántos quedarían atrás si no mirasen tus ilustrísimos ejemplos! Y si dando tantas maravillas de tus señales y doctrinas estamos aún tibios ¿qué haríamos si no tuviésemos tanta claridad para seguirte?

Capítulo XXI

De la tolerancia de las injurias, y cómo se prueba el verdadero paciente

Hijo, ¿qué es lo que dices? Cesa de quejarte, [52] considerando mi pasión y la de los Santos. Aún no has resistido hasta derramar sangre. Poco es lo que padeces, en comparación de los

[52]Volvemos a recurrir a la versión de R. P. Eusebio Nieremberg

que padecieron tanto, tan fuertemente tentados, tan gravemente atribulados, probados y ejercitados de tan diversos modos. Importa traer a tu memoria las cosas muy graves de otros, para que fácilmente sufras tus pequeños trabajos. Y si no te parecen pequeños, mira no lo cause tu impaciencia. Pero sean grandes o pequeños, procura llevarlos todos con paciencia y paz.

Cuanto más te dispones para padecer, tanto más cuerdamente haces, y más mereces: y lo llevarás también más ligeramente teniendo el ánimo prevenido y aparejado. Y no digas: no puedo sufrir esto de aquel hombre; ni es razón que yo sufra tales cosas: porque me injurió gravemente y me levanta cosas que nunca pensé, mas de otro sufriría de grado, todo lo que pareciere que debo sufrir. Indiscreto es tal pensamiento, que no considera la virtud de la paciencia, ni mira, quien la ha de galardonar, antes se ocupa en hacer caso de las personas y de las injurias que le hacen.

No es verdadero paciente el que sólo sufre lo que quiere, y de quien él quisiere. Pero el verdadero paciente no mira quién le persigue, si es prelado o igual suyo, o inferior, o si es hombre bueno y santo, o perverso e indigno. Mas sin diferencia de personas, cualquier daño, y todas cuantas veces sucede cualquier adversidad, todo lo recibe de buena gana, como de la mano de Dios, y lo estima por mucha ganancia: porque no hay cosa delante de Dios, por pequeña que sea, padecida por su amor, que pase sin galardón.

Pues [53] aparéjate a la batalla si quieres tener victoria; sin pelear no podrás venir a la corona de la paciencia. Si no quieres padecer, rehusa ser coronado; mas si deseas ser coronado, pelea varonilmente, y sufre con paciencia. Sin trabajo no se puede alcanzar la holganza; sin pelear no se puede haber la victoria. ¡Oh Señor, hazme posible por tu gracia lo que me parece imposible por naturaleza! Tú sabes cuán poco puedo yo padecer, y luego

[53]Retomamos la traducción de Fray Luis de Granada

soy derribado con pequeña contradicción. Séame, Señor, por tu nombre muy amable, y muy suave y deleitable cualquier tribulación, y deséela yo; porque el padecer y ser atormentado por tí es gran salud para mi ánima.

Capítulo XXII

De la confesión de nuestra flaqueza, y de las miserias de esta vida.

Confieso yo, Señor, contra mí mi injusticia, y confesarte he mi flaqueza. Pequeña cosa me derriba y entristece. Muchas veces propongo de pelear varonilmente; mas en viniendo una pequeña tentación siento grande angustia. Muy vil cosa es a las veces de donde me viene grave tentación; y cuando me pienso algún tanto seguro, cuando no me cato, me hallo algunas veces de un soplico casi vencido. Mira pues, Señor, mi bajeza manifiesta a tí por cada parte. Ten misericordia de mí, y líbrame del lodo, porque no sea atollado, y quede vencido del todo. Esto es lo que de continuo me rechaza y pone en confusión delante de tí, que tan flaco y deleznable soy para resistir las pasiones; y puesto que no me llevan del todo al consentimiento, enójame por cierto, y agrávame mucho su persecución, y estoy muy descontento de vivir cada día en esta contienda. Y de aquí conozco yo mi flaqueza, que las abominables tentaciones e imaginaciones que me persiguen, más fácilmente vienen sobre mí que van.

Pluguiese ya a tí, fortísimo Dios de Israel, zelador de las ánimas fieles, de mirar el trabajo y dolor de tu siervo, y estar con él en todo y por todo donde quiera que fuere. Esfuérzame con fortaleza celestial, de manera que ni el hombre viejo, ni la miserable carne, aún no bien sujeta al espíritu, pueda enseñorearme; contra la cual conviene pelear en tanto que vivimos.

¡Ay qué tal es esta vida, donde nunca faltan tribulaciones y miserias! todas las cosas están llenas de lazos y de enemigos; en partiéndose una tribulación, viene otra; y aún antes que se acabe el combate de una sobrevienen otras muchas no pensadas. ¿Cómo puede ser amada vida llena de tantas amarguras, sujeta a tantos casos y miserias? ¿Cómo se puede llamar vida la que engendra tantas muertes y pestilencias? Y con todo esto vemos que es amada, y muchos la quieren para gozarse en ella.

Muchas veces es reprehendido el mundo, que es engañoso y vano; mas no se deja de ligero, cuando los apetitos sensuales señorean; mas unas cosas nos inclinan y traen a amarlo, y otras a aborrecerlo. A amarlo inclínanos el deseo de la carne, el deseo de los ojos, y la soberbia y fausto de la vida. Mas las penas y miserias que se siguen de estas cosas causan odio y enojo con el mismo mundo.

Mas ay que vence la mala delectación al ánima que está dada al mundo, y tiene por deleite estar envuelta en espinas. Esto hace, porque aún no ha visto ni gustado la suavidad interior de Dios, ni el sabor de la virtud. Mas quien perfectamente desprecia al mundo, y estudia de servir a Dios en santa disciplina y recogimiento, sabe que está prometida la divinal dulzura a quien en verdad se renunciare, y ve cuán gravemente yerra el mundo.

Capítulo XXIII

Sólo se ha de descansar en Dios sobre todas las cosas

Ánima mía, sobre todas las cosas tú huelga siempre en Dios; que él es la eterna holganza de los santos. Otórgame tú, dulcísimo y amantísimo Jesús, holgarme en tí sobre todas las cosas criadas, y sobre toda salud y hermosura, sobre toda gloria y honra, sobre toda paciencia y dignidad, sobre toda ciencia y

sutileza, sobre todas las riquezas y artes, sobre toda alegría y gozo, sobre toda fama y loor, sobre toda suavidad y consolación, sobre toda esperanza y promesa, sobre todo merecimiento y deseo, sobre todos los dones que puedes dar y enviar, sobre el gozo y dulzura que el ánima puede recibir; y en fin sobre todos los ángeles y arcángeles, sobre la corte del cielo, y sobre todo lo visible e invisible, y sobre todo lo que tú, Dios mío, no eres.

Porque tú, Señor, eres bueno sobre todo, tú sólo altísimo, tú sólo potentísimo, tú sólo muy suficiente, y muy lleno y muy placentero, tú sólo hermosísimo, y muy amoroso, tú sólo nobilísimo y muy glorioso sobre todas las cosas, En tí está todo bien perfectamente; junto estuvo y estará. Por eso poco es, y no satisface cualquier cosa que me das o revelas, o prometes de tí mismo, no te viendo, ni poseyendo cumplidamente. Porque no puede mi corazón holgar y contentarse verdaderamente si no descansa en tí, trascendiendo todos los dones, y todo lo criado.

¡Oh Esposo mío, amantísimo Jesús, amador purísimo, Señor de todas las criaturas, quién me dará plumas de verdadera libertad para volar y holgar en tí! ¡Oh cuándo me será otorgado ocuparme en tí cumplidamente, y ver cuán suave eres, Señor Dios mío! ¡Cuándo me recogeré del todo en tí, que no sienta a mí por tu amor, mas a tí sólo sienta sobre toda manera y sentido, y en manera no manifiesta a todos!

Ahora muchas veces doy gemidos, y sufro mi miseria con dolor, porque me acaecen muchos males en este miserable valle, los cuales me turban a menudo, me entristecen y anublan, y muchas veces me impiden, distraen, halagan y embarazan, porque no tenga libre entrada a tí, y no goce de tus alegres brazos, los cuales gozan sin impedimento los espíritus bienaventurados.

Muévate, Señor, además de mi susiro, la gran destrucción que hay en la tierra. ¡Oh Jesús, resplandor de la eterna gloria, consolación del ánima que va peregrinando, ante tí está mi boca sin voz, y mi callar te habla. Hasta cuándo tarde de venir mi

Señor! Venga a este su siervo pobrecillo, y hágame alegre. Envíe su mano, y libre a mí miserable de tanta angustia. Ven, que sin tí ningún día ni hora tendré descanso; que tú eres mi alegría, y sin tí vacía está mi mesa.

Miserable soy, y casi encarcelado y preso en grillos hasta que tú, Señor, me recrees y pongas en libertad, y me muestres tu amigable rostro. Busquen otros lo que quisieren en lugar de tí; que a mí ninguna otra cosa me agrada, ni me agradará, sino tú, Dios mío, esperanza mía, salud eterna. No callaré, ni cesaré de rogarte hasta que a tu gracia vuelva, y tú hables de dentro y me digas: yo soy: vesme aquí, pues me llamaste: tus lágrimas y el deseo de tu ánima y tu humildad, y la contrición de tu corazón me han inclinado a traído a tí.

Y respondí: Señor, yo te llamé y deseé gozarte; aparejado estoy a dejar toda cosa por tí: mas tú primero me desertaste para que te buscase. Bendito seas, Señor, que hiciste con tu siervo esta bondad. Según la multitud de tu misericordia. Señor, ¿qué mejor cosa puede hacer tu siervo delante de tí, que humillarse muy de veras, acordándose de su ropia maldad y vileza? No hay cosa semejante a tí en todas las maravillas del cielo y de la tierra. Señor, tus obras son muy buenas, tus juicios rectos, tu providencia rige todas las cosas; y por eso honra y gloria sea a tí. Sapiencia del Padre, a tí te alabe y bendiga mi boca, mi ánima, y juntamente toda cosa criada.

Capítulo XXIV

De la memoria de los innumerables beneficios de Dios

Obre, Señor, mi corazón en tu ley, enséñame a andar en tus mandamientos, otórgame entender tu voluntad, y con gran reverencia y entera consideración acordarme he de tus beneficios

generales y especiales, porque pueda de aquí adelante humildemente hacerte gracias. Mas yo sé, y así lo confieso, que no puedo pagarte los debidos loores y gracias que debo por las mercedes que en el más pequeño punto me haces. Yo menos soy que todos los bienes que me has hecho, y cuando miro tu nobleza, desfallece mi espíritu por su grandeza.

Todo lo que tenemos en el alma y en el cuerpo, y cuantas cosas poseemos de fuera o de dentro, natural o sobrenatural, son beneficios tuyos, y alaban a tí, bienhechor piadoso y bueno, de quien recibimos todos los bienes. Puesto que uno reciba más que otro, todo es tuyo; y sin tí no se puede alcanzar cosa alguna. El que más recibe no puede gloriarse de su merecimiento, ni enloquecerse, ni desdeñar al menor.

Porque aquél de verdad es mayor y mejor, que menos se atribuye a sí, y es muy agradecido y humilde. Y el que se estima por más vil que todos, y se tiene por más indigno, está más aparejado a recibir mayores dones. Y el que recibió menos, no se debe entristecer, ni airarse, ni tener envidia del que más tiene; antes debe mirarte a tí, y loar en gran manera tu bondad, que tan copiosamente y tan de grado repartes tus dones, sin aceptar personas. Todas las cosas proceden de tí, y por eso en todo debes ser loado.

Tú sabes lo que conviene darse a cada uno; y por qué tiene uno menos, y otro más, no conviene a nosotros discernirlo, sino a tí que sabes determinadamente los merecimientos de cada uno. Por eso, Señor, por gran beneficio tengo no tener muchas cosas de las cuales se me siga (en lo de fuera) loor y honra ante los hombres.

Así que cualquiera que considerare la pobreza y vileza de su persona, no sólo no recibirá agravio ni tristeza, ni abatimiento, mas consolación y muy grande alegría, considerando, que tú. Dios mío, escogiste para familiares y servidores los pobres, bajos y despreciados del mundo. Testigos son de esto tus mismos

apóstoles, los cuales estableciste príncipes sobre toda la tierra. Mas conversaron en el mundo tan sin queja, y fueron tan humildes y sencillos, sin malicia ni engaño, que se gozaban en sufrir injurias por tu nombre, y abrazaban con grande afecto lo que el mundo aborrece.

Por eso ninguna cosa debe tanto alegrar al que ama y reconoce tus beneficios, como tu santa voluntad, y el buen contento de tu eterna disposición: lo cual le debe tanto consolar, que quiera tan de grado ser el menor de todos, como desearía otro ser el mayor. Y así tan pacífico, y tan contento debe estar en el más bajo lugar como en el más alto, y tan de grado ser despreciado, como si fuese el más honrado del mundo; porque tu voluntad y el amor de tu honra debe sobrepujar a todas las cosas. Y más se debe consolar y contentar con esto, que con todos los beneficios recibidos, o que puede recibir.

Capítulo XXV

Cuatro cosas que causan gran paz.

Hijo, ahora te enseñaré el camino de la paz y de la verdera libertad.

Señor, haz lo que dices, que huelgo de oírlo.

Hijo, trabaja de hacer antes la voluntad de otro que la tuya: escoge siemre tener menos que más: busca siempre el lugar más bajo, y estar sujeto a todos: desea de continuo que se cumpla en tí enteramente la voluntad de Dios. Este tal entra en los términos de la paz y reposo.

Señor, este tu breve sermón mucha perfección contiene en sí: pequeño es en la plática; mas lleno de sentencia y abundante en fruto. Que si pudiese por mí ser fielmente guardado, no debería hacer en mí tan presto la turbación; porque cuantas veces me

siento desasosegado y pesado, hallo haberme apartado de esta doctrina. Mas tú, Señor, que puedes todas las cosas, y siempre deseas el provecho del ánima, acrecienta en mí mayor gracia, para que pueda cumplir la palabra, y hacer lo que cumple a mi salud.

Capítulo XXVI

Oración para los malos pensamientos.

Señor, no te alejes de mí: Dios mio, mira en mi favor, que se han levantado contra mí vanos pensamientos y grandes temores, que afligen mi ánima. ¿Cómo pasaré sin lesión? ¿Cómo los destruiré?

Yo iré (dice Dios) delante de tí, y humillaré los soberbios de la tierra, abriré la puerta de la cárcel, y revelarte he los secretos de las cosas escondidas.

Hazlo así, Señor, como lo dices, y huyan de tu presencia todos los malos pensamientos. Esta es mi esperanza y singular consolación confiar de tí, y llamarte de todas mis entrañas, y esperar en paciencia tu consolación.

Capítulo XXVII

Oración para alumbrar el entendimiento.

Alúmbrame, buen Jesús, con claridad de tu eterna lumbre, y saca de mi corazón toda tiniebla. Refrena las muchas vagueaciones, y quebrante las tentaciones que me hacen fuerza. Pelea fuertemente por mí, y vence las malas bestias, que son los deseos halagüeños, para que se haga paz en tu virtud, la abundancia

de tu loor suene en tu santo palacio (que es la limpia conciencia). Manda a los vientos y a la tempestad, y dí al mar que se sosiegue, y al cierzo que no sople, y será gran bonanza.

Envía tu luz y tu verdad, que juzgue sobre mí; porque soy tierra vana, vacía, hasta que tú me alumbres. Derrama de arriba tu gracia, y riega mi corazón; minístrame aguas de devoción para regar la haz de la tierra, porque produzca fruto bueno y perfecto. Levanta el ánima cargada del peso de los pecados, y ocupa todo mi deseo en cosas celestiales; porque gustada la suavidad de la felicidad eterna, me descontente todo lo terreno.

Arrebátame y líbrame de toda pasadera consolación de las criaturas; porque ninguna cosa criada basta para consolar y sosegar cumplidamente mi apetito. Júntame a tí con un nudo de puro amor inseparable, porque tú sólo bastas al que te ama, y sin tí todas las cosas son desgraciadas.

Capítulo XXVIII

Cómo se debe evitar la curiosidad de saber vidas ajenas.

Hijo, no quieras ser curioso, ni tener vanos cuidados. ¿Qué te va a tí de esto u de lo otro? Sígueme tú a mí. ¿Qué te va a tí que aquél sea así o así? ¿o que el otro hable o viva a su placer? No conviene a tí responder por otros: por tí sólo has de dar razón; pues ¿por qué te entremetes? Mira que yo conozco a todos, y veo cuanto se hace, y de qué manera está cada uno, y qué piensa, qué quiere, y a qué fin va su intención. Por eso a mí se deben encomendar todas las cosas, y tú consérvate en buena paz.

Deja al bullicio moverse cuanto quisiere, que sobre él vendrá lo que dijere o hiciere; que no me puede engañar. No tengas cuidado de la sombra de gran nombre, ni de ser conocido, ni de

la familiaridad de muchos, ni del amor particular de los hombres; porque esto causa grandes distracciones y tinieblas en el corazón. Muy de grado te hablaría mi palabra, y te revelaría mis secretos, si tú aguardases con diligencia mi venida, y me abrieses la puerta de tu corazón. Mira que estés sobre aviso, y vela en oración, y humillarte en todas las cosas.

Capítulo XXIX

En qué consiste la paz firme del corazón, y el verdadero aprovechamiento.

Hijo mío, yo dije [54]: la paz os dejo, mi paz os doy, y no os la doy como el mundo la da. Todos desean la paz, mas no tienen todos cuidado de las cosas que pertenecen a la verdadera paz. Mi paz con los humildes y mansos de corazón está. Tu paz será en mucha paciencia: si me oyeres y siguieres, podrás usar de mucha paz.

Pues, Señor, ¿qué haré?

Mira en todas las cosas lo que haces, y que dices, y endereza tu intención a agradarme a mí sólo, y no codicies ni busques cosa fuera de mí. De los hechos o dichos ajenos no juzgues presentuosamente, ni te entremetas en lo que no te han encomendado: y de esta manera podrá ser que poco o tarde te turbes.

Nunca sentir alguna tribulación, ni sufrir alguna fatiga de corazón o de cuerpo, no es de esta tierra, sino el estado de la eterna holganza. Por eso no estimes haber hallado verdaderamente paz, si no sintieres alguna pesadumbre. Ni ya todo es bueno, si no tienes algún adversario; ni está la perfección en que todo te suceda según tu querer. Ni te estimes por muy singular y muy amado, si tuvieres gran consolación y gran dulzura: porque

[54] Jn 14

en estas cosas no se conoce el verdadero amador de la virtud: que no está en todo esto la perfección del hombre.

Pues, ¿en qué Señor?

En ofrecerte de todo tu corazón a la divina voluntad, no buscando tu interés en lo poco ni en lo mucho, en lo temporal ni en lo eterno. De manera que en cualquier cosa con rostro igual des gracias a la suma bondad, pesándolo todo con un mismo peso.

Si fueres tan fuerte y sufrido en la esperanza, que quitada la consolación interior, aparejes tu corazón para sufrir mayores cosas, y no te justificares diciendo que no deberías pasar tales ni tantas cosas, mas si me tuvieres por justo y santo en todo lo que yo ordenare; entonces cree que andas en el camino de la verdadera paz, y tendrás esperanza muy cierta que verás mi rostro otra vez con mucha alegría. Y si llegares a menospreciarte del todo, sabe que te gozarás con abundancia de paz, según la posibilidad de esta peregrinación.

Capítulo XXX

De la excelencia del ánima libre; y como la humilde oración es de mayor mérito que la lección.

Señor, esta obra es de varón perfecto, nunca aflojar la intención de las cosas celestiales, y entre muchos cuidados pasar casi sin cuidado: no a manera de torpe, mas con una excelencia de libre voluntad, sin llegarse con desordenada afección a criatura alguna.

Ruégote, piísimo Dios mío, que me guardes de los cuidados de esta vida; porque no me envuelvas demasiadamente en las necesidades del cuerpo; y con deleite no sea detenido, y mi ánima ocupada, o con el trabajo quebrantada. No digo tan solamente de las cosas que la vanidad mundana con tanta afección desea; mas

también de aquestas miserias que penosamente agravan el ánima de tu siervo con la común maldición de la muerte, y detienen para que no pueda entrar en libertad el espíritu cuantas veces quisiere.

¡Oh Dios mío, dulzura inefable!, tórname en amargura toda consolación sensual que me aparta del amor de la eternidad, y me trae a sí malamente con sola muestra de un bien resente delectable. ¡Oh Dios mío!, no me venza la carne y la sange, no me engañe el mundo y su brevísima gloria, no me derribe el diablo con su astucia. Dame fortaleza para resistir, paciencia para sufrir, y constancia para perseverar. Dame por todas las consolaciones del mundo la suavísima unción de tu Espíritu; y por el amor sensual infunde en mi ánima el amor de tu santo nombre. ¡Oh cuán grave y pesado es al espíritu que ama, el comer, el beber, el vestir y todo lo demás que pertenece a la sustentación del cuerpo!

Otórgame, Señor, usar de todo lo necesario muy templadamente: no me ocupe en ello con sobrado deseo. No es cosa lícita dejarlo todo (porque se ha de sustentar la humana naturaleza); mas buscar lo supérfluo y lo que más me deleita, la ley santa lo defiende [55] : porque de otra manera la carne se levantaría contra el esíritu. ruégote, Señor, que me rija y enseñe tu mano a tener el medio entre estas cosas.

Capítulo XXXI

El amor propio nos estorba mucho el bien eterno.

Hijo, conviénete darlo todo por el todo, y no ser nada tuyo. Mira que el amor propio más te daña que todo el mundo; cuanto

[55]Un evidente error: el original latino dice *"Requirere autem suerflua et quae magis delectant lex sancta prohibet"*

él es amor y afección, tanto se apegan las cosas más o menos. Si tu amor fuese puro, sencillo y bien ordenado, estará libre de toda cosa. No codicies lo que no te conviene tener, ni quieras tener cosa que te pueda impedir y quitar la libertad interior. Maravilla es que no te encomienda a mí de lo profundo de tu corazón, con todo lo que puedes tener o desear. ¿Por qué te consumes con vana tristeza? ¿Por qué fatigas con supérfluos cuidados?

Está a mi placer y voluntad, y no sentirás daño alguno. Si andas a escoger a tu apetito, nunca tendrás reposo, ni serás libre de cuidado: porque en toda cosa hay falta, y en cada lugar habrá quien te enoje. Y así no cualquier cosa alcanzada o multiplicada de fuera, aprovecha; mas la que es despreciada y cortada del corazón de raíz. No entiendas esto solamente de la renta y de las riquezas; mas también del deseo de la honra y vanagloria: todo lo cual pasa con el mundo. Poco hace el lugar, si falta el espíritu del fervor; ni durará mucho la paz buscada por afuera, si falta del verdadero fundamento la virtud del corazón. Quiero decir, que si no estuvieres en mí, bien te puedes mudar, mas no mejorar: porque venida la ocasión, hallarás lo que hayas, y más adelante.

Capítulo XXXII

Oración para pedir la limpieza de corazón, la sabiduría celestial y la prudencia.

Confírmame, Señor Dios, por la gracia del Espíritu Santo: dame esfuerzo para que sea fortalecido en el hombre interior; y desocupa mi corazón de toda inútil solicitud, porque no sea traído de variables deseos por cualquier cosa vil o preciosa, mas que mire todas las cosas como transitorias, y a mí mismo que paso con ellas: que no hay cosa que permanezca debajo del sol;

antes todo es vanidad y aflicción de espíritu. ¡Oh cuán sabio es el que así lo piensa!

Señor, otórgame la sabiduría celestial, para que aprenda a buscarte y hallarte sobre todas las cosas, gustarte y amarte sobre todo, y entender todo lo que criaste como es, según la orden de tu sabiduría. Otórgame, Señor, prudencia para desviarme del lisonjero, y sufrir con paciencia al adversario: porque muy gran sabiduría es no moverse con cada viento de palabras, ni dar la oreja a la sirena, que malamente halaga: que así se anda seguramente el camino comenzado.

Capítulo XXXIII

Contra las lenguas de los maldicientes.

Hijo, no te enojes si algunos tuvieren mala opinión y crédito de tí, y te dijeren lo que no querrías oír. Tú debes pensar de tí pequeñas cosas, y tenerte por el más flaco de todos. Si andas dentro de tí, no pesarás mucho las palabras que vuelan. Gran discreción es callar en tal tiempo, y convertirse a mí el corazón, y no turbarse por el juicio humano. No sea tu paz en la boca de los hombres; que si echaren las cosas a bien o a mal, no serás por eso otro del que eres.

¿Adónde está la verdadera paz y verdadera gloria? En mí sólo, por cierto: y el que no codicia contentar a los hombres, ni teme desagradarlos, gozará de mucha paz. Del desordenado amor y vano temor nace todo desasosiego de corazón y toda turbación de sentidos.

Capítulo XXXIV

Oración para rogar a Dios y bendecirle en el tiempo de la tribulación.

Señor, sea tu nombre para siempre bendito, que quisiste que viniese sobre mí esta tentación y tribulación: yo no puedo huirla; mas tengo necesidad de recurrir a tí, para que me favorezcas, y me la conviertas en bien. Señor, ahora estoy atribulado, y no le va bien a mi corazón; mas soy muy atormentado de la presente tentación. Oh Padre muy amado ¿qué diré? Preso estoy de grandes angustias: sálvame en esta hora. Mas yo soy venido en este trance para que seas tú glorificado cuando yo fuere muy humillado y librado por tí.

Plégate. Señor, de librarme, que yo pobre, ¿qué puedo hacer? ¿Adónde iré sin tí? Dame paciencia, Señor, también esta vez, y ayúdame, Dios mío, y no temeré por más atribulado que sea. Y ahora entre tantas angustias ¿qué diré, salvo, Señor, que sea hecha tu voluntad? Yo bien he merecido ser atribulado y angustiado: conviéneme sufrirlo, y ojalá con paciencia, hasta que pase la tempestad, y haya bonanza. Poderosa es tu mano, potentísima para quitar de mí esta tentación, y amansar su furor, porque del todo no caiga, así como otras muchas veces lo has hecho conmigo, Dios mío, misericordia mía; y cuanto a mí es más dificultoso, tanto es a tí más fácil; que esta mudanza de la diestra del muy alto es.

Capítulo XXXV

Cómo se ha de pedir el favor divino; y de la gran confianza de cobrar la gracia.

Hijo, yo soy el Señor, que esfuerzo en el día de la tribulación: vente a mí cuando no te hallares bien. Lo que más impide la consolación celestial, es que muy tarde te vuelves a la oración, y que antes que me ruegues con atención buscas muchas recreaciones y consolaciones en lo exterior. Y de aquí viene que todo aprovecha poco, hasta que conozcas que yo soy el que libro a los que esperan en mí; y fuera de mí no hay consejo que valga ni aproveche, ni remedio durable.

Mas cobrado ya aliento después de la tempestad, esfuérzate con la luz de las misericordias mías: que cerca estoy para reparar toda cosa perdida, no sólo cumplida, mas abundante y colmadamente. ¿Por ventura hay cosa difícil para mí? ¿O seré como el que dice y no hace? ¿Adónde está mi fe? Está firme, y perservera; sé constante y esforzado, que el consuelo en su tiempo te vendrá. Espérame, espera que yo vendré y te curaré.

La tentación te atormenta, y vano temor te espanta. ¿Qué aprovecha tener cuidado de lo que está por venir, que pueda acaecer o no, sino para tener tristeza sobre tristeza [56]? Bástale al día su trabajo. Vana cosa es y sin provecho entristecerte o alegrarte de lo que quizá nunca acaecerá. Mas cosa humana es ser burlado con tales imaginaciones; y también es señal de poco ánimo dejarse burlar tan ligeramente del enemigo. Mira que él no cuida que sea verdadero o falso aquello con que burla o engaña; o si derribará con amor de lo presente, o con temor de lo por venir.

Pues no se turbe tu corazón, ni tema. Cree en mí, y ten mucha confianza en mi misericordia; que cuando tú piensas estar

[56] Mt 6

más lejos de mí estoy yo muchas veces más cerca de tí. Y cuando tú piensas que es todo perdido, entonces muchas veces está cercana la ganancia del mercader. No es todo perdido cuando alguna cosa te acaece en contrario. No debes juzgar como sientes al presente, ni embarazarte, ni congojarte con cualquiera contrariedad que te venga, como que no hubiese esperanza de remedio.

No te tengas por desamparado del todo, aunque te envíe a tiempos alguna tribulación; que de esta manera se pasa al reino del cielo. Y sin duda más convenible es así a tí y a todos mis siervos, que os ejercitéis en adversidades, que si todo sucediese a vuestro favor. Yo conozco los pensamiento escondidos, y mucho conviene para tu salud que algunas veces te deje desabrido, porque podría ser que alguna vez te ensoberbecieses en lo que bien te sucediese, y pensases complacerte a tí mismo en lo que no eres. Lo que yo te dí te lo puedo quitar, y tornártelo cuando quisiere. Cuando te lo diere, mío es; y cuando te lo quitare, no tomo lo tuyo; que mía es cualquiera dádiva buena, y todo perfecto don.

Si te enviare alguna tribulación o angustia, no te indignes, ni se caiga tu corazón; que luego te puedo enviar favor, y mudar cualquiera angustia en gozo. En verdad justo soy, y mucho de loar en hacerlo así contigo. Si algo sabes, y miras de verdad nunca te debes entristecer tan de caída por las adversidades; mas gozarte más y agradecerlo, y tener por principal alegría, que afligiéndote con dolores, no te dejo pasar sin castigo [57]. Así como me amó el Padre, yo os amo, dije a mis amados discípulos; los cuales ciertamente no envié a gozos temporales, mas a grandes peleas: no a honras, sino a desprecios: no a holgar, sino a trabajar, y hacer gran fruto en paciencia. Hijo mío, acuérdate de estas palabras.

[57] Jn 15

Capítulo XXXVI

Se debe despreciar toda criatura para hallar al Criador.

Señor Dios mío, menester he aún mayor gracia, si tengo de llegar adonde ninguna criatura me pueda impedir; porque en tanto que alguna cosa me detiene, no puedo volar libremente a tí. Aquel por cierto deseaba volar, que decia [58]: ¿quién me dará plumas como de paloma, y volaré y holgaré? ¿Qué cosa hay más sosegada que el ojo simple? ¿Y qué cosa hay en el mundo más libre que el que no desea nada? Por eso conviene trascender todo lo criado, y desamparar del todo a sí mismo, y estar en lo más alto del entendimiento para ver a tí, Criador de todo, que no tienes semejanza alguna con las criaturas. Y el que no se desocupare de lo criado, no lo podrá libremente entender en lo divino.

Y por eso se hallan pocos contemplativios, porque poquitos saben desasirse del todo de las criaturas. Para esto es menester singularísima gracia que levante el ánima, y la suba sí misma; y si no fuere el hombre levantado en espíritu, y libre de todo lo criado, y todo unido a Dios, poco es cuanto sabe, y de poca estima es cuanto tiene. Mucho tiempo será pequeño, y terreno el que estima alguna cosa por grande, sino sólo el único, inmenso y eterno bien. Y lo que Dios no es, nada es, y por nada se debe contar.

Por cierto gran diferencia hay entre la sabiduría del hombre devoto espiritual y la ciencia del estudioso letrado. Muy más noble es la doctrina que mana de arriba de la influencia divina, que la que se alcanza con trabajo por ingenio humano. Muchos se hallan que desean la contemplación; mas no etudian de ejercitar las cosas que para ella se requieren.

Hay también otro grandísimo impedimento; y es estar los hombres muy puestos en las señales y en cosas sensibles, y tener

[58] Sal 54

muy poco cuidado de la mortificación de sí mismos. No sé qué es, ni qué espíritu nos lleva, ni qué esperamos los que somos llamados espirituales, que tanto trabajo y cuidado ponemos por las cosas transitorias y viles, y con dificultad, y muy tarde nos recogemos a pensar nuestras cosas interiores. ¡Ay dolor! que al momento que nos habemos un poquito recogido, nos salimos fuera, y no pensamos nuestras obras con estrecha examinación: no miramos adónde se hunden nuestras afecciones, ni lloramos cuán sucias son nuestras cosas [59]. Toda carne habia corrompido su carrera, por eso se siguió el gran diluvio. Porque como nuestro afecto interior esté corrupto, necesario es que la obra exterior, que es señal de la privación de la virtud interior, también se corrompa.

Del puro corazón procede el fruto de la buena vida. Miramos cuánto hace cada uno, mas no pensamos curiosamente de cuánta virtud procede. Con gran diligencia se pesquisa si alguno es valiente, rico, hermoso, dispuesto, o buen escribano, o buen cantor, o buen oficial: mas cuán pobre sea de espíritu, cuán paciente y manso, cuán devoto y recogido, poco se platica. La naturaliza mira las cosas exteriores del hombre; mas el que tiene la gracia, conviértese a lo interior. La naturaleza muchas veces se engaña; la gracia pone su esperanza en Dios para que no sea engañada.

Capítulo XXXVII

Cómo debe el hombre negarse a sí mismo, y desviarse de toda codicia.

Hijo, no puedes poseer libertad perfecta, si no te niegas a tí mismo del todo. Todos los que son amadores de sí mismos están en prisiones, son codiciosos, ociosos y vagabundos, buscan

[59] Gen 6

continuo las cosas delicadas y no las que son de nuestro Señor Jesucristo. Componen e inventan lo que no ha de permanecer; porque todo lo que no procede de Dios perecerá.

Toma esta breve y perfectísima palabra. Déjalo todo y hallarlo has todo. Deja la codicia y hallarás el reposo. Trata esto en tu pensamiento, y cuando lo cumplieres, entenderás toda cosa.

Señor, no es esto obra de un día, ni juego de niños: paréceme que en esta suma se encierra toda la perfección cristiana.

Hijo, no debes volver atrás, ni caerte luego en oyendo la carrera de la perfección; antes debes provocarte y animarte a seguirla, o a lo menos a suspirar por ella con vivo deseo.

¡Oh si hubieses llegado a tanto que no fueses amador de tí mismo, y estuvieses puramente a mi voluntad! Entonces me agradarías mucho, y pasarías tu vida en gozo y paz. Aún tienes muchas cosillas que debes dejar, que si no las renuncias enteramente, no alcanzarás lo que pides. Yo te aconsejo que compres de mi oro acendrado para que seas rico: que es la sabiduría celestial, que huella todo lo bajo. Desprecia la sabiduría terrena, y el humano contentamiento, y el tuyo propio.

Yo te dije que se deben comprar las cosas más viles con las preciosas y altas. Al parecer humano ¡cuán vil, pequeña y casi olvidada parecerá la verdadera sabiduría, que no sabe grandezas de sí, ni quiere ser engrandecida en la tierra! la cual está en la boca de muchos, mas en la vida andan muy apartados de ella; y ella es por cierto una perla preciosísima escondida a muchos.

Capítulo XXXVIII

De la mudanza del corazón, y en qué debemos tener toda la intención.

Hijo, no quieras creer a tu deseo, que lo que ahora deseas presto se te mudará. Y en tanto que vivieres, sujeto estás a mudanzas aunque no quieras, y ahora te hallarás alegre, ahora triste, ahora sosegado, ahora turbado, ahora devoto, ahora indevoto, ya estudioso, ya perezoso, ahora pesado, ahora ligero: mas sobre estas mudanzas está el sabio bien enseñado en el espíritu, y no mira lo que siente, ni de qué parte sople el viento de la mudanza; mas toda su intención pone en la perfección del debido y perfecto fin. Porque así podrá él mismo quedar sin lesión en tantos varios casos, enderezando a mí sin cesar el ojo de su sencilla intención. Y cuanto más puro fuere el ojo de la intención, tanto irá más constante entre la diversidad de las tempestades.

Mas en muchas cosas se obscurece el ojo de la intención, mirando de presto lo deleitable que se ofrece, y tarde se halla alguno tan libre, que en todo busque a Dios puramente. Así vinieron los de Jerusalén a Betania a María y a Marta, no sólo por Jesús, mas por ver a Lázaro. Débese limpiar el ojo de la intención para que sea sencillo y recto, y enderezarlo a mi fin sin avieso.

Capítulo XXXIX

Que al que ama, es Dios muy sabroso en todo y sobre todo.

Oh mi Dios y todas las cosas, ¿y qué cosa hay que más deba querer? ? ‘y qué mayor bienaventuranza puedo yo desear? ¡Oh sabrosa y dulcísima palabra para el que ama a Dios, y no al mundo, ni a lo que en él está! Al que entiende basta lo dicho; y

repetirlo muchas veces es cosa de grande alegría a el que ama. Ciertamente estando tú, Señor, presente, todo es alegría y placer; y ausente todo flojo. Tú haces el corazón reposado, y das paz y alegría de fiesta. Tú haces sentir bien de toda cosa, y loarte sobre todas las cosas, y en todas las cosas. No puede cosa alguna deleitar mucho tiempo sin tí. Y si ha de agradar, conviene que tu gracia sea presente, sea guisada con tu sabiduría. ¿A quien tú sabes bien, qué (no) le sabrá bien? ¿Y a quien tú no eres sabroso, que cosa le podrá agradar?

Mas ay, que los sabios del mundo faltan en tu sabiduría, y los carnales también. Porque en lo uno hay vanidad, y en lo otro muerte. Mas los que te siguen con desprecio del mundo, mortificando su carne, estos son verdaderos sabios; porque pasan de la vanidad a la verdad, y de la carne al espíritu. A estos tales eres tú sabroso y dulce, y cuanto hallan en las criaturas todo lo refieren a loor de su Criador.

Más es de mirar que es diferente en gran manera el sabor del Criador y el de la criatura, el de la eternidad, y del tiempo, el de la luz increada, y de la luz criada. ¡Oh luz perpetua, que trasciendes toda luz criada, envía de tu altura resplandor que penetre todo lo secreto de mi corazón! Limpia, alegra, clarifica y vivifica mi espíritu con todas sus potencias, para que se junte a tí con alegres arrebatamientos. ¡Oh cuándo vendrá esta bendita y deseada hora, para que tú me hartes con tu presencia, y me seas todas las cosas en todas las cosas! En tanto que esto no se me diere, no hay cumplido gozo.

Mas ¡ay dolor! que vive aún el viejo hombre en mi: no es del todo crucificado, no es del todo muerto; aún codicia contra el espíritu, y mueve guerras interiores; no consiente estar en reposo del reino del ánima. Mas tú que señoreas el poderío del mar, amansas el movimiento de sus ondas, levántate, y ayúdame; destruye las gentes que buscan guerras, quebrántalas con tu virtud. Ruégote, Señor, que muestres tus maravillas; sea glorificada tu

diestra, porque no tenga otra esperanza ni otro refugio sino en tí, Dios mío.

Capítulo XL

En esta vida no hay seguridad de carecer de tentaciones.

Hijo, no hay seguridad en esta vida: en tanto que vivieres tienes necesidad de armas espirituales. Entre enemigos andas, por todas partes te combaten: por eso si no traes bien el escudo de la paciencia, no estarás mucho tiempo sin herida. Demás de esto, si no pones tu corazón fijo en mí, con pura voluntad de sufrir por mí todo cuanto viniere, no podrás pasar esta recia batalla, ni llegar a la victoria de los bienaventurados. Conviene pues romper varonilmente toda cosa, y pelear con mucho esfuerzo contra todo lo que viniere, porque al vencedor se da el maná, y al perezoso mucha miseria.

Si buscas holganza en esta vida, ¿cómo hallarás la eterna? No procures mucho descanso; mas ten mucha paciencia. Busca la verdadera paz, no en los hombres, ni en las otras criaturas, mas en mí sólo. Por amor de Dios debes aceptar de grado todas las cosas adversas, como son trabajos y dolores, tentaciones, vejaciones, congojas, necesidades, dolencias, injurias, murmuraciones, confusiones, reprehensiones, humillaciones, correcciones y menosprecios. Estas cosas aprovechan para la virtud, y prueban el nuevo caballero de Cristo, y fabrican la corona en el cielo. Yo daré eterno galardón por breve trabajo, e infinita gloria por la confusión que presto se pasa.

¿Piensas tú tener siempre consolaciones espirituales a contentamiento y a sabor de tu paladar? Mis santos no las tuvieron; mas tuvieron diversas tentaciones y molestias, y graves desconsuelos; mas sufriéronse en todas con paciencia, y confiaron más

en mí que en sí, porque sabían que son equivalentes todas las penas de este tiempo para merecer la gloria venidera. ¿Quieres tú hallar luego lo que muchos después de muchas lágrimas y trabajos con dificultad alcanzaron? Espera en el Señor, y trabaja varonilmente: esfuérzate, y no desconfíes, ni huyas. Mas pon tu cuerpo y tu ánima por mi gloria constantemente; que yo seré contigo en toda tribulación, y te lo pagaré muy cumplidamente.

Capítulo XLI

Contra los varios juicios de los hombres.

Hijo, pon tu corazón firmemente en Dios, y no temas el juicio humano cuando la conciencia no te acusa. Bueno y rebueno es padecer en tal manera; y no es grave al corazón humilde, que confía más en Dios, que en sí mismo. Los más hablan demasiadamente, y por eso se les debe dar poco crédito; y también satisfacer a todos no es posible. Aunque S. Pablo trabajó de contentar a todos en el Señor, y se hizo todo conforme a todos; mas también no tuvo en nada ser juzgado del mundo. Harto hizo por la salud y edificación de los otros.

Cuanto pudo, y en él era, hizo; mas no se pudo escapar que no le juzgasen y despreciasen. Por eso todo lo encomendó a Dios, que sabe todas las cosas; y con la paciencia y humildad se defendió de las malas lenguaas, y de los que piensan maldades y mentiras, y las dicen como les vienen a la boca. Mas también respondió alugnas veces, porque no se escandalizasen algunos flaquitos de verlo callar.

¿Quién eres tú para que temas al hombre mortal, que hoy es, y mañana no parece? Teme a Dios, y no te espantarás de los hombres. ¿Qué te puede hacer el hombre con palabras o injurias?

A sí se daña, más que a tí, y cualquiera que sea no podrá huir el juicio de Dios. Tú pon a Dios ante tus ojos, y no contiendas con palabras quejosas. Y si te parece que al presente sufres confusión o vergüenza sin merecerlo, no te enojes por eso, ni disminuyas la corona por impaciencia, mas mírame a mí en el cielo, que puedo librar de toda vergüenza y confusión, y dar a cada uno según sus obras.

Capítulo XLII

De la total renunciación de sí mismo para alcanzar la libertad de corazón.

Hijo, déjate a tí, y hallarme has a mí. No quieras escoger, ni tener propia cosa alguna, y siempre ganarás, porque negándote de verdad, sin tornarte a tí, te será acrecentada mayor gracia. Señor, ¿cuántas veces me negaré? ¿y en qué cosas me dejaré?

Siempre, y en cada hora, y así en lo poco como en lo mucho ninguna cosa saco. De todo te quiero hallar desnudo: porque de otra manera ¿cómo podrás ser mío y yo tuyo, si no te despojas de toda voluntad de dentro y de fuera? Cuanto más presto hicieres esto, tanto mejor te irá; y cuanto más pura y cumplidamente, tanto más me agradarás, y mucho más ganarás.

Algunos se renuncian; mas con alguna condición, que no confían en mí del todo, y por eso trabajan en proveerse. También algunos al principio lo ofrecen todo; mas después combatidos de alguna tentación, tórnanse a sus propiedades, y por eso no aprovechan en la virtud. Estos nunca llegarán a a la verdadera libertad, ni a la gracia de mi dulce familiaridad, si no se renuncian del todo, haciendo sacrificios de sí mismos muy continuamente; sin el cual ni están, ni estarán en la unión con que se goza de mí. Muchas veces te dije, y ahora te lo torno a decir: déjate a tí,

renúnciate y gozarás de una grande paz interior. Dalo todo por el todo. No busques nada. Está y sosiega puramente, y sin dudar en mí, y poseerme has, y serás libre en el corazón, y no te hallarán las tinieblas. Esfuérzate, para esto, agoniza por esto, trabaja en desear esto, que te puedas despojar de todo propio amor, y desnudo seguir al desnudo Jesús, morir a tí mismo, vivir a mí eternamente y así huirán todas las falsas e inicuas imaginaciones, y los supérfluos cuidados y también se apartará el temor demasiado, y el amor desordenado morirá.

Capítulo XLIII

Del buen recogimiento de las cosas exteriores, y del recurso a Dios en los peligros.

Hijo, con diligencia debes mirar que en cualquiera lugar y en toda ocupación exterior estés muy dentro de tí, libre y señor de tí mismo, y que tengas todas las cosas debajo de tí, y no seas tú sujeto a ninguna cosa, porque seas señor de tus obras y regidor, no siervo ni comprado, mas que verdaderamente pases en la suerte y libertad de los hijos de Dios, los cuales tienen debajo de sí las cosas presentes, y contemplan las eternas; que miran lo transitorio con el ojo izquierdo, y con el derecho lo celestial, a los cuales no atraen las cosas temporales para que estén asidos a ellas, mas sírvense de ellas como yo lo ordené por mi sabiduría, que no puse cosa en lo criado sin orden.

Si en cualquier cosa que te acaeciere estás firme, y no juzgas de ella según la apariencia exterior, ni miras con el ojo sensual lo que oyes y ves, mas luego en cualquier cosa entras a lo interior como Moisés en el tabernáculo, a pedir consejo al Señor, oirás algunas veces la respuesta divina, y vendrás instruido de muchas cosas presentes y por venir. Siempre tuvo Moisés recurso al

tabernáculo para determinar lo que no sabía, y tomó el remedio de la oración, por librar de los peligros y maldades a los hombres. Así debes tú huir y entrarte en el secreto de tu corazón, y allí pedir con atención el socorro divino en todo tiempo y para toda cosa. Por eso se lee que Josué [60] y los hijos de Israel fueron engañados de los gabaonitas, porque no consultaron primeramente con el Señor, mas creyeron de presto a las blandas palabras, y fueron con falsa piedad engañados.

Capítulo XLIV

No sea el hombre importuno en los negocios.

Hijo, encomiéndame siempre tus negocios, y yo los dispondré bien en su tiempo. espera mi ordenación, y sentirás gran provecho.

Señor, muy de grado te ofrezco todas las cosas [61] , porque poco puede aprovechar mi cuidado. Pluguiese a tí que no me ocupase de los sucesos que me pueden venir, mas me ofreciese sin tardanza a tu voluntad.

Hijo, muchas veces negocia el hombre lo que desea: mas cuando ya lo alcanza, tiene otro parecer: porque las aficiones no duran mucho cerca de una misma cosa, mas de una nos llevan a otra. Pues no es poco dejarse también a sí en lo poco.

El verdadero aprovechar, es negarse a sí mismo: y el hombre, negado a sí, es muy libre y está seguro. Mas el enemigo antiguo, y adversario de todos los buenos, no cesa de tentar: mas de día y de noche pone iguales asechanzas para prender, si pudiere, con lazos de engaño a algún descuidado. Por eso velad y orad, dice el Señor, porque no caigáis en tentación.

[60] Jos 9

[61] Falta una página, que interpolamos del texto del R. P. Eusebio Nieremberg

Capítulo XLV

No tiene el hombre ningún bien de sí, ni tiene de qué se alabar.

Señor, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él? ¿o el hijo del hombre para que le visites? ¿Qué ha merecido el hombre para que le dieses tu gracia? Señor, ¿de qué me puedo quejar si me desamparas? ¿o cómo justamente podré contender contigo, si no hicieres lo que pido? Por cierto, una cosa puedo yo pensar y decir con verdad: nada soy, Señor, no puedo nada, ninguna cosa tengo buena de mí, mas en todo estoy falto, y voy siempre a nada. Y si no soy ayudado de tí, e informado interiormente, todo me hago torpe y disoluto [62] .

Más tú, Señor, eres uno mismo, y permaneces para siempre. Siempre eres bueno, justo y santo. Todas las cosas haces muy bien y justamente, y las ordenas con tu sabiduría. Mas yo, que soy más inclinado a caer que a aprovechar, no soy durable siempre en un estado, porque siete tiempos se mudan sobre mí; pero luego me va mejor, cuando te plugiere y extendieres tu mano ayudadora; porque tú sólo, sin humano favor me puedes ayudar y confirmarme tanto, que no se mude más mi rostro en cosas diversas, mas en tí sólo se convierta y descanse mi corazón.

Que si yo supiese desechar toda consolación humana, ahora sea por alcanzar devoción, o por la necesidad que tengo de buscarte (porque no hay hombre que me consuele), con razón podría yo esperar en tu gracia, y gozarme del don de la nueva consolación. Muchas gracias sean a tí, Señor, de quien viene todo todas las veces que me sucede bien. Yo vanidad soy, y nada tengo delante de tí; hombre mudable y enfermo. ¿De dónde pues me puedo gloriar? ¿o por qué codicio ser estimado? Por ventura de la nada; y esto es vanísimo.

[62] Fin de la interpolación

Por cierto la vangloria es una mala pestilencia y grandísima vanidad; porque nos aparta de la verdadera gloria, y nos despoja de la gracia; porque en contentarse el hombre a sí, descontenta a tí; y cuando desea los humanos loores, es privado de las virtudes.

Verdadera gloria y santa alegría es gloriarse el hombre en tí, y no en sí: y gozarse en tu nombre, y no en su propia virtud, ni deleitarse en criatura alguna sino por tí. Sea alabado tu nombre, y no el mío. Magnificada sea tu obra, y no la mía. Alabado sea tu santo nombre, y no me sea a mí atribuida cosa alguna de los loores de los hombres. Tú eres mi gloria, y alegría de mi corazón. En tí me glorificaré y ensalzaré todos los días: de mi parte no hay de qué, sino en mis flaquezas. Busquen los hombres (como dijo Cristo [63]) la honra de entre sí mismos, y toda la alteza del mundo; yo buscaré la gloria que es de sólo Dios: que toda la gloria humana, y toda la honra temporal, comparada a tu eterna gloria, es vanidad y locura. ¡Oh verdad mía misericordia mía, Dios mío, Trinidad bienaventurada, a tí sólo sea alabanza, virtud, honra y gloria para siempre jamás! Amén.

Capítulo XLVI

Del desprecio de toda honra temporal.

Hijo, no te pese si vieres honrar y ensalzar a otros, y tú ser despreciado y abatido. Levanta tu corazón a mí en el cielo, y no te entristecerá el desprecio humano. Señor, en ceguedad estamos, y la vanidad muy presto nos engaña. Si bien me miro, nunca me ha sido hecha injuria por criatura alguna; por eso no tengo de qué me quejar justamente de tí. Mas porque yo muchas veces pequé gravemente contra tí, con razón se arman contra mí todas las criaturas. Justamente me viene la confusión y el

[63] Jn 8

desprecio: y a tí, Señor, la alabanza, la honra y la gloria. Y si no me aparejo a tanto, que huelgue muy de gana ser despreciado y desamparado, y tenido por nada, no puedo ser pacífico y confirmado en lo interior; ni alumbrado espiritualmente, ni unido a tí perfectamente.

Capítulo XLVII

No se debe poner la paz en los hombres.

Hijo, si pones tu paz con alguno por tu parecer, y por conversar con él, movible estarás y sin sosiego. Mas si corres a la verdad, que siempre vive y permanece, no te entristecerás por el amigo, si se fuere o se muriere. En mí ha de estar el amor del amigo, y por mí se debe amar cualquiera que en esta vida te parece bueno, y mucho más.

Sin mi no vale nada, ni durará la amistad, ni es verdadero el amor que yo no junto. Tan muerto debes ser a las afecciones de los amigos, que deseases (por lo que a tí toca) estar solo del todo. Tanto se acerca el hombre a Dios, cuanto se desvía de todo placer humano. Y tanto más alto sube a Dios, cuanto más bajo desciende en sí, y se tiene por más vil.

El que se atribuye a sí algo de bien, impide la venida de la gracia de Dios en sí; porque la gracia del Espíritu Santo siempre busca el corazón humilde. Si te supieses perfectamente apocar y vaciar de todo amor criado, yo entonces manaría en tí abundantes gracias. Mas cuando tú miras a las criaturas se aparta de tí la vista del Criador. Aprende a vencer todo por el Criador, y entonces podrás llegar al conocimiento divino. Cualquier cosa, por pequeña que sea, si se ama o se mira desordenadamente, daña, y estorba de gozar el sumo bien.

Capítulo XLVIII

Contra las ciencias vanas.

Hijo, no te muevan los hermosos y sutiles dichos de los hombres, porque no está el reino de Dios [64] en palabras sino en virtud. Mira mis palabras, que encienden los corazones y alumbran las ánimas, provocan a contrición, y traen muchas consolaciones. Nunca leas cosa para mostrarte más letrado, mas estudia en mortificar los vicios; porque más te aprovechará que saber muchas cuestiones dificultosas. cuando hubieres acabado de leer y saber muchas cosas, a un principio te conviene venir.

Yo soy el que enseño al hombre la ciencia, y doy más claro entendimiento a los pequeños que ningún hombre puede enseñar. Al que yo hablo, luego es sabio, y aprovecha en el espíritu. ¡Ay de aquellos que quieren aprender de los hombres curiosidades y muy poco curan del camino de servir a Dios! Tiempo vendrá, cuando parecerá al Maestro de los maestros, Cristo, Señor de todos los ángeles, a oír las lecciones de todos, que será examinar las conciencias todas, y escudriñar a Jerusalén con candelas [65], y serán descubiertos los secretos de las tinieblas, y callarán los argumentos de las lenguas.

Yo soy el que levanto en un punto el humilde entendimiento, para que entienda más razones de la verdad eterna que si hubiese estudiado quince años. Yo enseño sin ruido de palabras, sin confusión de pareceres, sin fausto de honra, sin combate de argumentos. Yo soy el que enseño a despreciar lo terreno, y aborrecer lo presente, y buscar y saber lo eterno, y poner toda esperanza en mí, huir las honras, sufrir los estorbos, y fuera de mí no codiciar nada, y amarme a mí sobre todas las cosas con fervor.

[64] 1 Cor 10

[65] Sof 1

Porque uno amándome entrañablemente, aprendió cosas divinas, y hablaba maravillas, Y más aprovechó con dejar todas las cosas que con estudiar sutilezas.

A unos hablo cosas comunes, a otros especiales. A unos me muestro dulcemente con señales y figuras; a algunos revelo misterios con mucha lumbre. Una cosa dicen los libros, mas no enseñan igualmente a todos. Porque yo soy interior doctor de la verdad, escudriñador de corazones, conocedor de pensamientos, y movedor de las obras. Reparto a cada uno según juzgo ser digno.

Capítulo XLIX

No se deben buscar las cosas exteriores.

Hijo, en muchas cosas te conviene ser ignorante, y estimarte como muerto sobre la tierra, a quien todo el mundo es crucificado. A muchas cosas te conviene hacer sordo, y pensar lo que cumple para tu paz. Más útil es apartar los ojos de lo que no te agrada, y dejar a cada uno su parecer, que entender en porfías. Si estás bien con Dios, y miras su juicio, ligeramente te darás por vencido. ¡Oh Señor, a qué somos venidos, que lloramos el daño temporal y por una pequeña ganacia trabajamos y corremos; y el daño espiritual pasa en olvido y tarde, o con dificultad vuelve a la memoria! Lo que poco o nada vale, es muy mirado, y lo que es muy necesario se pasa con descuido. Porque todo hombre se va a lo exterior; y si presto no vuelve en sí, de grado se está envuelto en ello.

Capítulo L

No se debe creer a todos, y como fácilmente se resbala en las palabras.

Señor, [66] ayúdame en la tribulación, porque vana es la salud del hombre. ¿Cuántas veces no hallé fidelidad donde pensé que la había? ¿Cuántas veces también la hallé donde menos lo pensé? Por eso vana es la esperanza de los hombres: mas la salud de los justos está en Dios. Bendito seas, Señor Dios, en todas las cosas que nos acaecen. Flacos somos y mudables; presto somos engañados y mudados. ¿Qué hombre hay que se guarde tan segura y discretamente en todo, que alguna vez no caiga en alguna duda o engaño? Mas el que confía en tí, Señor, y te busca de corazón sencillo, no resbala así tan de presto. Y si cayere en alguna tribulación de cualquier manera que fuere en ella enlazado, presto será librado por tí, o consolado, porque no desamparas tú, Señor, hasta la fin al que en tí espera.

Raro es el fiel amigo que persevera en todos los trabajos de su amigo. Tú, Señor, tú sólo eres fidelísimo en todo, y fuera de tí no hay otro tal. ¡Oh cuán bien supo el ánima santa que dijo: mi ánima está firmada y fundada en Cristo! Y si yo estuviese así, no me congojaría tan presto el temor humano, ni me moverían las palabras injuriosas. ¿Quién puede proveer en todo? ¿Quién basta para guardarse de los males venideros? Si lo muy mirado con tiempo lastima muchas veces, ¿qué hará lo no proveído, sino herir gravemente? ¿Pues por qué, miserable de mí, no miré y me proveí? ¿Por qué creí de ligero a hombres? En fin, hombres somos, y hombres flacos y quebradizos, aunque por muchos seamos estimados, y llamados ángeles.

Señor, ¿a quién creeré sino a tí? Verdad eres, que no puedes

[66] Sal 107

engañar, ni ser engañado; mas el hombre todo es mentiroso de sí, y enfermo y mudable, caedizo, especialmente en palabras: en tanto que con muy grandísima dificultad se debe creer ni tener por verdad lo que parece verdadero según lo exterior.

Con cuánta prudencia nos avisaste [67] que nos guardásemos de los hombres, y que son enemigos del hombre los propios de su casa. Ni es de creer luego si alguno dijere, ves aquí, ves allí. Mi daño me hizo avisado: quiera Dios que sea para más guardarme, y no me quede necio todavía. Díceme uno: mira que seas avisado, cata que te aviso, guárdame secreto en esto que te digo. Y mientras yo callo, y creo que está secreto, el mismo que me lo encomendó no pudo callar, mas descubriose a sí y a mí, y fuese.

Defiéndeme, Señor, de aquellas ficciones y de hombres tan indiscretos, que nunca caiga en sus manos, ni yo cometa tales cosas. Pon en mi boca palabra verdadera y firme; y desvía lejos de mí la lengua cautelosa. De lo que no quiero sufrir me debo mucho guardar. ¡Oh cuán buena cosa, y cuán pacífica es callar de otros, y no creer ligeramente todas las cosas, ni hablarlas de ligero después: descubrirse a pocos, y buscar siempre a tí, Señor, que miras el corazón: y no moverse por cada viento de palabras, mas desear que todas las cosas interiores y exteriores se acaben y perfeccionen según el buen contentamiento de tu voluntad! ¡Oh cuán seguro es para conservar la gracia huir la vana apariencia, no codiciar las cosas de fuera, que causan admiración; mas seguir con toda diligencia las cosas que causan enmienda y fervor de vida! ¡A cuántos ha dañado la virtud mostrada antes de tiempo; y cuán sana fue la gracia, guardada con el callar en esta vida quebradiza [68], que toda se dice tentación y malicia!

Capítulo LI

[67] Mt 10
[68] Job 7

De la confianza que se debe tener en Dios cuando nos dicen injurias.

Hijo, está firme y espera en mí. ¿Qué cosa son palabras sino palabras? Por el aire vuelan, no hieren al que está firme. Si eres culpado, determina de enmendarte de buena gana. Si no hallas en tí culpa, ten por bien de sufrirlas por Dios. Y muy poco es que sufras siquiera palabras algunas veces; pues aún no puedes sufrir graves azotes.

¿Y por qué tan peuqñas cosas te pasan el corazón, sino porque aún eres carnal, y miras mucho más a los hombres de lo que conviene? Que porque temes ser despreciado, por eso no quieres ser reprendido de tus faltas, y buscas sombrecillas de excusaciones. Mas mira mejor, y conocerás que aún vive en tí el amor del mundo, y el vano amor de agradar a los hombres. Porque en huir de ser avergonzado y apocado por tus defectos, se muestra muy claro que no eres verdadero humilde, ni eres del todo muerto al mundo, ni el mundo a tí.

Mas oye mis palabras, y no cuidarás de cuantas dijeren los hombres. Dí: si se dijese contra tí todo cuanto maliciosamente se puede fingir ¿qu te dañaría? Si del todo lo dejases pasar, y no lo estimares en una paja, ¿podríate por ventura arrancar un cabello?

El que no está dentro en su corazón, ni me tiene a mí ante sus ojos, presto se mueve por una palabra áspera. Mas el que confía en mí, y no en su propio parecer, vivirá sin temer a los hombres. Yo soy el Juez, y conozco los secretos todos: yo sé cómo se pasan las cosas, y conozco muy bien al que hace la injuria, y también al que la sufre. De mí salió esta palabra, permitiéndolo yo acaeció esto; porque se descubran los pensamientos e imaginaciones de muchos corazones. Yo juzgo al culpado e inocente: mas quise probar primero al uno y al otro con juicio secreto.

El testimonio de los hombres muchas veces engaña; mas mi

juicio es verdadero, siempre está firme. Aunque muchas veces está escondido, y de pocos conocido, pero nunca yerra ni puede errar, aunque a los ojos de los necios no parezca recto. A mí pues has de recurrir en cualquier juicio, y no estribes en el propio saber. Por cierto el justo no será conturbado por cosa que el Señor Dios ordene sobre él.

Y si algún juicio fuere dicho contra él injustamente, no cuidará mucho de ello; ni se ensalzará vanamente si otros tornaren por él con razón: porque piensa que yo soy escudriñador de los corazones, y que no juzgo según la haz y parecer humano. Que muchas veces se halla en mis ojos culpable el que por juicio humano parece de loar.

Señor Dios, justo Juez, constante y paciente, que conoces la flaqueza y poquedad de los hombres, sé tú mi fortaleza y mi firmeza y confianza; que no me basta mi conciencia. Tú sabes lo que yo no sé, y por eso me debo humillar en cualquier reprehensión, y llevarla con mansedumbre. Perdóname, Señor piadoso, todas las veces que no lo hice así; y dame gracia de mayor sufrimiento para otra vez. Mejor es a mí tu misericordia copiosa para alcanzar perdón, que mi pensada justicia para defender lo secreto de mi conciencia. Por eso ya no me puedo tener por justo [69]: porque quitada tu misericordia, no será justificado en tu acatamiento todo hombre que vive.

Capítulo LII

Todas las cosas graves deben sufrir por la vida eterna.

Hijo, no te quebranten los trabajos que has tomado por mí, no te derriben del todo las tribulaciones; mas mi promesa te esfuerce y consuele en todo lo que viniere. Yo basto para galardonarte

[69] Sal 142

sobre toda medida. No trabajarás aquí mucho tiempo, ni serás agravado siempre de dolores. Espera un poquito, y verás cuán presto se pasan los males. Vendrá una hora cuando cesará todo trabajo y ruido. Poco y breve es lo que pasa con el tiempo. Esfuérzate pues, como haces, y trabaja fielmente en mi viña; que yo seré tu galardón. Escribe, lee, canta, suspira, calla, ora, sufre con buen corazón lo adverso; que la vida eterna digna es de esta y de otras mayores peleas. Vendrá la paz en el día que el Señor sabe.

Por cierto no será día o noche como las de este tiempo; mas luz perpetua, claridad infinita, paz firme, holganza segura, y para siempre duradera. No dirás entonces: ¿quién me librará del cuerpo de este muerte [70]? Ni dirás: ¡ay de mí, que se ha dilatado mi destierro [71] ! Porque la muerte será destruida, y la salud vendrá sin defecto; no habrá congoja, vendrá la bendita alegría, y la compañía dulce y hermosa.

¡Oh si tuvieses las perdurables coronas de los santos en el cielo, y de cuánta gloria gozan ahora los que eran en este mundo despreciados y tenidos por indignos de vivir!: por cierto luego te humillarías y te bajarías hasta la tierra, y hasta los abismos de ella, y desearías ser sujeto a todos, antes que no mandar a uno. Y no codiciarías los alegres días de aquesta triste y tan amarga vida; mas te gozarías de ser atribulado por mí, y te holgarías de ser tenido por nada entre los hombres.

¡Oh si gustases aquestas cosas y las rumiases profundamente en tu corazón!: no osarías quejarte ni por pensamiento. ¿No te parece que son de sufrir todas las cosas por la vida eterna? No es de pequeña estima ganar o perder el reino de Dios: levanta pues tu rostro en el cielo, mira que yo y todos mis santos, los cuales tuvieron grandes y continuos combates en este siglo, ahora se gozan y son consolados y seguros, y huelgan en paz, y

[70] Rom 7; *¿Quién me librará de este cuerpo mortal?*
[71] Sal 119

permanecerán conmigo sin fin en el reino de mi Padre.

Capítulo LIII

Del día de la eternidad, y de las angustias de esta vida.

¡Oh bienaventurada morada de la ciudad soberana! ¡Oh día ilustrísimo de la eternidad, que no lo obscurece noche, mas siempre reluce la suma verdad! ¡Oh día alegre, y para siempre seguro, sin mudanza en contrario! ¡Oh si ya amaneciese este día, y se acabasen los tiempos! Luce por cierto a los santos una perpetua claridad; mas a los que en esta peregrinación están, no así, sino de lejos como en espejo.

Los ciudadanos del cielo saben cuán alegre sea aquel día; mas los hijos de Eva, desterrados gimen de ver cuán amargo y enojoso sea este de acá. Los días de este tiempo, pocos y malos, llenos de dolores y trabajos, donde se ensucia el hombre con muchos pecados y se enreda con muchas pasiones, y es angustiado de muchos temores, y distraído con muchos cuidados, confundido con errores, envuelto en vanidades, quebrantado con muchos trabajos, agravado de tentaciones, enflaquecido con muchos deleites, y atormentado de pobreza.

Oh, ¿cuándo se acabarán estos trabajos? ¿Cuándo seré librado de la miserable servidumbre de los vicios? ¿Cuándo me acordaré, Señor, de tí sólo? ¿Cuándo me alegraré cumplidamente en tí? ¿Cuándo estaré sin impedimento en la verdadera libertad, sin ninguna pesadumbre del alma y cuerpo? ¿Cuándo tendré firme paz de dentro y de fuera, guardada de toda parte? ¿Cuándo será paz firme y paz sin turbación? Oh buen Jesús, ¿cuándo estaré para verte, cuándo contemplaré tu gloria? ¿Cuándo me serás todo en todas las cosas? ¿Cuándo estaré contigo en tu reino, el cual has aparejado eternalmente a tus escogidos?

Dejádome has pobre y desterrado en la tierra de los enemigos, donde hay continua guerra y graves desastres. Consuela, Señor, mi destierro, y mitiga mi dolor; porque a tí suspira todo mi deseo: todo el placer del mundo me parece pesada carga. Deseo gozarte íntimamente; mas no puedo comprehenderte. Deseo afijarme a las cosas celestiales; mas agrávanme las temporales, y las pasiones no mortificadas. Con el pensamiento me quiero levantar sobre todas las cosas; mas soy forzado de sujetarme a la carne contra mi voluntad. Así yo, miserable, peleo conmigo, y a mí mismo me soy enojoso, cuando el espíritu busca lo de arriba, y la carne lo de abajo.

¡Oh Señor, y qué padezco, cuando pensando en la oración cosas celestiales, se me ofrece un tropel de cosas carnales! Dios mío, no te alejes de mí, ni te desvíes con ira de tu siervo. Alúmbrame y resplandezca tu relámpago, y destrúyelas. Envía tus saetas, y contúrbense todas las fantasías del enemigo. Recoge todos mis sentidos a tí. Hazme olvidar todas las cosas del mundo, y otórgame desechar y menospreciar de presto las imaginaciones de los vicios. Socórreme, verdad eterna, que no me mueva vanidad alguna. Venga tu santidad, y huya de tu presencia toda torpeza.

Perdóname por tu santísima misericordia todas cuantas veces pienso alguna otra cosa fuera de tí. Verdaderamente confiese mi mísera costumbre, que muchas veces estoy en la oración fuera de lo que debo. Porque muchas veces no estoy allí donde tengo el cuerpo, mas adonde mis pensamientos me llevan. Donde está mi pensamiento, allí estoy; y donde va mi pensamiento a menudo, es señal que allí está todo mi amor. Lo que naturalmente deleita, o por costumbre me aplace, eso me ofrece luego. Por lo cual tú, que eres verdad, dijiste [72]: donde está tu tesoro, allí está tu corazón.

Si amo el cielo de grado, pienso en sus cosas. Y si amo el mundo, alégrome con sus prosperidades, y entristézcome de sus

[72]Lc 21

adversidades. Si amo la carne, muy muchas veces imagino sus cosas. Y si amo el espíritu, huelgo en pensar en cosas espirituales. Y de todas las cosas que amo, hablo de grado, y oigo hablar, y las imaginaciones traigo conmigo a mi casa.

Bienaventurado aquel que por tu amor da licencia a todo lo criado que se aparte de su memoria, y hace fuerza a su natural, y crucifica los apetitos carnales con el fervor del espíritu, porque esclarecida su conciencia, te ofrezca oración pura y limpia, y sea digno de estar entre los coros angélicos, echadas dentro y fuera de sí todas las cosas terrenas.

Capítulo LIV

Del deseo de la vida eterna; y cuántos bienes están prometidos a los que pelean bien.

Hijo, cuando sientes en tí un deseo vivo de la eterna beatitud, y deseas salir de la cárcel del cuerpo, para poder contemplar mi claridad sin sombra de mudanzas, ensancha tu corazón, y recibe con todo amor esta santa inspiración. Da muchas gracias a la soberana bondad, que lo hace tan bien contigo, visitándote con clemencia, moviéndote con ardor, levantándote con poderosa mano, para que no caigas en tierra por tu propia pesadumbre.

Porque esto no lo recibes por tu diligencia y esfuerzo; mas por sólo el querer de la soberana gracia y del respeto divino, para que aproveches en virtudes y en mayor humildad, y te aperejes a los combates que te han de venir, y trabajes de llegarte a mí con todo corazón, y servirme con abrasada voluntad.

Hijo, muchas veces arde el fuego, mas no sube la llama sin humo; así los deseos de algunos se encienden a las cosas celestiales; mas no son libres del amor de la propia afección; y por eso no hacen tan puramente por la honra de Dios lo que con

muy gran deseo me piden. Tal suele ser algunas veces tu deseo, el cual mostraste con tanta importunidad: por cierto no es puro ni perfecto lo que va inficionado y manchado del propio interés.

Pide no lo que es para tí delectable y provechoso, mas lo que es para mí aceptable y honroso. Que si derechamente juzgas, debes anteponer mi ordenación a tu deseo y a cualquier cosa deseada, y seguir mi ordenación, y no tu querer. Yo conozco tu deseo, y bien he oído tus largos gemidos; ya querrías tú estar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios: ya te deleita la casa eterna, y la casa celestial llena de gozo. Mas aún no es venida esta hora, aún es tiempo de guerra, tiempo de trabajo y de examinación. Deseas ser lleno del sumo bien; mas no puede ser ahora. Yo soy: espérame hasta que venga el reino de Dios.

Primero has de ser probado en la tierra y ejercitado en muchas cosas. Algunas veces serás consolado; mas no te será dada cumplida hartura. Por eso esfuérzate mucho, así en hacer, como padecer las adversidades contra la naturaleza. Conviénete que te vistas del hombre nuevo, y ser mudado en otro hombre. Conviénete hacer muchas veces lo que no quieres, y dejar lo que quieres. Lo que agrada a los otros, irá delante; lo que a tí te contenta, no se hará. Lo que dicen los otros será oído; lo que dices tú será contado por nada. Pedirán los otros, y recibirán; tú pedirás, y no alcanzarás. Otros serán muy grandes en la boca de los hombres; de tí no se hará cuenta. A los otros se encargarán los negocios, tú serás tenido por inútil. Por eso se entristecerá la naturaleza; mas será gran cosa si lo sufrieres callando.

De esta manera en estas cosas, y otras semejantes, es probado el fiel siervo del Señor, para ver cómo sabe negarse y quebrantarse en todo. Apenas se hallará cosa en que más te convenga morir a tí mismo, como es en ver y en sufrir lo contrario a tu voluntad, principalmente cuando parece sin razón y de poco provecho lo que te mandan hacer. Y porque tú siendo mandado, no osas resistir a la voluntad de tu superior, por eso te parece cosa

dura andar a la voluntad de otro, y dejar tu propio parecer. Mas piensa, hijo, el fruto de estos trabajos, el fin cercano, y el muy grande galardón, y no te serán graves, mas una fuerte consolación de tu paciencia. Porque por esta poca voluntad que ahora dejas de grado, poseerás para siempre tu voluntad en el cielo.

Allí hallarás todo lo que quisieres, y cuanto pudieres desear. Allí tendrás en tu poder todo el bien, sin miedo de perderlo. Allí será tu voluntad una con la mía para siempre, y no codiciarás cosa extraña ni particular. Allí ninguno te resistirá, ninguno se quejará de tí, ninguno te impedirá ni contradirá; mas toda cosa deseada tendrás presente juntamente, y hartarás todo tu afecto, y colmarlo has hasta encima. Allí te daré yo gloria por la injuria que sufriste, y palio de loor por la tristeza, y por el más bajo lugar la silla del reino perpetuo. Allí parecerá el fruto de la obediencia, alegrarse ha el trabajo de la penitencia, y la humilde sujeción será gloriosamente coronada.

Ahora pues, inclínate humildemente debajo la mano de todos, y no cuides de mirar quién lo dijo, o quién lo mandó: mas ten grandísimo cuidado, ahora sea prelado, o igual o menor el que algo te pidiere o mandare, que todo tengas por bueno, y estudies de cumplirlo con pura voluntad. Busque cada uno lo que quisiere, y gloríese éste en esto, y aquel en lo otro, y sea alabado mil millares de veces; mas tú, ni en esto ni en aquello, sino gózate de tí mismo, y en la voluntad y honra de Dios. Una cosa debes desear, que por vida o por muerte sea Dios siempre glorificado en tí.

Capítulo LV

Cómo se debe ofrecer en las manos de Dios el hombre desconsolado.

Señor Dios, Padre santísimo, ahora y para siempre seas bendito. Que así como tú quieres ha sido hecho, y lo que haces es bueno. Alégrese tu siervo en tí, y no en sí, ni en otro alguno; porque tú sólo eres alegría verdadera, esperanza mía y corona mía. Tú, Señor, eres mi gozo y mi honra. ¿Qué tiene tu siervo sino lo que ha recibido de tí sin merecerlo? Tuyo es todo lo que me has dado, y hecho por mí. Pobre soy y lleno de trabajos desde mi mocedad [73], mi ánima se entristece algunas veces hasta llorar, y otras veces se turba consigo, por las pasiones que se levantan.

Deseo el gozo de la paz, pido la paz de tus hijos, que son apacentados por tí en la lumbre de la consolación. Si me das paz, y derramas en mí tu santo gozo, será el ánima de tu siervo en cumplida alegría, y muy devota en loarte. Mas si te apartares, como muchas veces lo haces, no podrá correr la carrera de tus mandamientos, mas antes hincará las rodillas para herir sus pechos, porque no le va como los días pasados, cuando resplandecía tu candela sobre su cabeza, y era defendido de las tentaciones que venían debajo la sombra de tus alas.

Padre justísimo, digno de ser loado para siempre, venida es la hora en que tu siervo sea probado. Padre, digno de ser amado, justo es que tu siervo padezca algo por tí en esta hora. Padre, digno de ser siempre honrado, venida es la hora que tú sabías eternalmente que había de venir, en la cual tu siervo esté un poco abatido en lo de fuera, mas viva siempre interiormente delante de ti; sea despreciado y humillado un poco, y desechado ante los hombres; sea quebrantado con pasiones y enfermedades, porque resucite contigo en la alba de nueva luz, y sea clarificado en los cielos.

Padre santo, así lo ordenaste y quisiste, y lo que mandaste se ha hecho. Por cierto gran merced es esta que haces a tu amigo, en que padezca algo y sea atribulado en este mundo por tu amor. Cuantas veces permites que se haga, y de cualquier manera que

[73]Sal 87

se hiciere, no se hace cosa en la tierra sin tu consejo y providencia, ni sin causa [74]. Señor, bueno es para mí, que me has abatido, porque aprenda tus justificaciones, y destierre de mi corazón toda soberbia y presunción. Provechoso es para mí, que la confusión ha cubierto mi rostro, porque así busqué a tí para consolarme, y no a los hombres.

También aprendí en esto a temblar de tu espantoso juicio, que afliges al justo con el malo, mas no sin igualdad y justicia. Gracias te hago, Señor, que no dejaste sin castigo mis males, mas afligísteme con azotes de amor, hiriéndome con dolores y angustias de dentro y de fuera. No hay quien me consuele debajo del cielo sino tú, Dios mío, Médico celestial de las ánimas [75], que hieres y sanas, y pones en graves tormentos, y sacas y libras de ellos. Sea tu corrección sobre mí, y tu castigo me enseñará. Padre mío muy amado, vesme aquí en tus manos, yo me inclino a la vara de tu corrección. Hiere mis espaldas y mi cuello, para que enderece mi torcido querer a tu voluntad.

Hazme piadoso y humilde discípulo, como lo sueles hacer, para que ande a todo tu querer. Todas mis cosas, y a mí te encomiendo, para que las rijas: mejor es aquí ser corregido, que no en lo por venir. Tú sabes todas las cosas, y no se te esconde nada en la humana conciencia. Antes que se haga, sabes lo venidero, y no hay necesidad que alguno te avise en las cosas que se hacen en la tierra. Tú, Señor, sabes lo que me conviene, y cuánto aprovecha la tribulación para limpiar el orín de los vicios.

Haz conmigo tu deseado contentamiento, y no deseches mi vida pecadora, a ninguno mejor, ni más claramente conocida que a tí. Señor, otórgame saber lo que debo saber, y amar lo que se debe amar, y loar lo que a tí sólo es agradable, y estimar lo que te parece precioso, y aborrecer lo que a tus ojos es feo. No me dejes juzgar según la vista de los ojos, ni sentenciar según

[74] Sal 118
[75] Tob 13; Sal 17

el oído de los ignorantes: mas dame gracia que pueda discernir entre lo visible y lo espiritual con verdadero juicio; y sobre todo buscar siempre la volunad de tu buen contentamiento.

Muchas veces se engañan los sentidos en juzgar, y los mundanos en amar solamente lo visible. ¿Qué mejoría tiene el hombre porque otro lo alabe? El falso engaña al falso; el vano al vano, el ciego al ciego, y el enfermo al enfermo, cuando lo ensalza. Y más verdaderamente lo echa en vergüenza cuando vanamente lo alaba. Porque cuanto cada uno es en los ojos de Dios, tanto es, y no más, como dice el humilde San Francisco.

Capítulo LVI

Debemos ocuparnos en cosas bajas cuando cesan las altas.

Hijo, no puedes estar continuo en el ferviente deseo de las virtudes, ni en el más alto grado de la contemplación. Necesario es, por la corrupción del pecado original, que desciendas algunas veces a cosas bajas, y también a llevar la carga de esta vida, aunque te pese. En tanto que traes el cuerpo mortal, enojo sentirás, y pesadumbre de corazón. Por eso conviene gemir muchas veces estando en la carne, por el peso de la carne. Porque no puedes ocuparte perfectamente de los estudios espirituales y en la divina contemplación. Cuando así te hallares pesado, conviene que tomes obras exteriores, y que te recrees en buenos actos, esperando mi venida con firme confianza. Y sufre con paciencia el destierro y la sequedad del espíritu, hasta que otra vez yo te visite, y seas librado de toda congoja.

Yo te haré olvidar los enojos, y haré que goces de gran reposo interior. Yo extenderé ante tí los prados de las escrituras, para que ensanchando tu corazón, corras la carrera de mis manda-

mientos, y digas [76]: no son iguales las pasiones de este tiempo, en comparación de la gloria que nos está manifestada.

Capítulo LVII

No se estime el hombre por digno de consuelo; pues lo es de tormentos.

Señor, no soy digno de tu consolación, ni de alguna visitación espiritual, y por eso justamente lo haces cuando me dejas pobre y desconsolado. Que puesto que yo pudiese derramar tantas lágrimas como el mar, no sería aún digno de tu consolación. Por eso no soy digno sino de ser azotado y castigado, porque yo te ofendí gravemente muchas veces, y pequé mucho, y en muchas maneras. Así que bien mirado, no soy digno de bien alguno, por pequeño que sea.

Mas tú, piadoso y misericordioso Dios, que no quieres que tus obras perezcan, por mostrar las riquezas de tu bondad en los vasos de tu misericordia, aún sobre todo merecimiento, tienes por bien de consolar tu siervo sobre toda manera humana. Por cierto, Señor, tus consolaciones no son como las humanas.

Oh Señor, ¿qué he hecho para que tú me dieses alguna consolación? Yo no me acuerdo haber hecho algún bien; mas haber sido siempre inclinado a vicios, y muy perezoso a enmendarme. Esto es verdad, no lo puedo negar yo: si dijese otra cosa, tú estarías contra mí, y ni habría quien me defendiese. Señor, ¿qué he yo merecido por mis pecados, sino el infierno? Yo conozco en verdad, que soy digno de todo escarnio, y que no merezco morar entre tus devotos. Y aunque yo oiga esto con tristeza, reprenderé mis pecados contra mí por la verdad, porque fácilmente merezca alcanzar tu gran misericordia.

[76] Rom 8

¿Qué diré yo, pecador, lleno de toda confusión? No tengo boca para hablar sino sola esta palabra: pequé, Señor, pequé, tened misericordia de mí [77]. Déjame un poquito llorar mi dolor antes que vaya a la tierra tenebrosa, cubierta de obscuridad de muerte. ¿Qué es lo que pides principalmente al culpado y miserable pecador, sino que se convierta y se humille por sus pecados? De la verdadera contrición y humildad de corazón nace la esperanza del perdón, y se reconcilia la conciencia turbada, y se repara la gracia perdida, y se defiende el hombre de la ira venidera, y se juntan en santa paz Dios y el ánima que a él se convierte.

Señor, el humilde arrepentimiento de los pecados es a tí sacrificio muy acepto, que huele más suave en tu presencia que el incienso. Este es el ungüento agradable, que tú, Señor, quisiste que se derramase sobre tus sagrados pies; porque nunca desechaste el corazón humillado. Allí está el lugar del refugio para el que huye de la cara del enemigo: allí se enmienda y se limpia lo que en otro lugar ha sido contrahecho y ensuciado.

Capítulo LVIII

La gracia no se mezcla con los que saben las cosas terrenas.

Hijo, preciosa es mi gracia, no sufre mezcla de cosas extrañas ni de consolaciones terrenas. Mucho conviene desviar todos los impedimentos de la gracia, si deseas recibir en tu ánima su influencia. Busca lugar secreto, huélgate de morar contigo, deja las pláticas, y ora devotamente a Dios, para que te dé compunción de corazón y pureza de conciencia; estima todo el mundo en nada.

El vacar a Dios antepone a todas las cosas exteriores; porque no podrás vacar ni gustar de mí, y juntamente deleitarte en lo

[77] Job 20

transitorio. Por eso conviene desviarte de conocidos y de amigos, y tener el ánima privada de todo placer temporal. Así lo ruega el apóstol S. Pedro [78], que todos los fieles cristianos se abstengan en este mundo como peregrinos.

¡Oh cuánta confianza tendrá el que está a la muerte, si siente que no le traba cosa alguna de este mundo! Mas el ánima flaca no entiende aún qué cosa sea tener el corazón apartado de toda cosa, ni el hombre animal conoce la libertad del hombre interior. Mas si quiere ser verdadero espiritual, conviene que renuncie los de lejos y los de cerca, y se guarde de todos, y más de sí mismo. Si te vences a tí perfectamente, todo lo demás sojuzgarás fácilmente.

La perfecta victoria es vencerse a sí mismo. El que tiene obediente la sensualidad a la razón, y la razón a mí en todas las cosas, aquél es verdadero vencedor de sí mismo y señor del mundo. Si deseas subir a esta cumbre, conviene comenzar varonilmente, y poner la segur a la raíz; porque arranques y destruyas la secreta y desordenada inclinación que tienes a tí mismo y a todo bien propio y corporal.

De este amor desordenado que se tiene el hombre a sí mismo depende casi todo lo que se ha de vencer; el cual vencido y señoreado, luego hay gran paz y sosiego. Mas porque pocos trabajan de morir perfectamente a sí mismos, y porque no salen del propio amor, por eso están envueltos en sí, y no se pueden levantar sobre sí en espíritu. Mas el que desea andar conmigo libre, conviene que mortifique todas sus desordenadas afecciones, y que no se pegue a criatura alguna con amor de concupiscencia.

[78] 1 Pe 2

Capítulo LIX

De los movimientos de la naturaleza y de la gracia.

Hijo, mira con vigilancia los movimientos de la naturaleza y de la gracia, que muy contraria y sutilmente se mueven: en tanto que con dificultad se conocen sino por varones espirituales. Todos desean el bien, y en dichos y hechos buscan algún bien; y por eso muchos se engañan socolor del bien.

La naturaleza es astuta, y trae a muchos enlazados y engañados, y siempre se pone a sí por principal fin; mas la gracia conversa y anda sin doblez, desvíase de todo color de mal, no busca engaños; mas hace todas las cosas puramente por Dios, en el cual descansa como en su fin. La naturaleza no quiere morir de gana, ni quiere ser apremiada ni vencida, ni sojuzgada, la gracia estudia en la propia mortificacion, y resiste a la sensualidad, quiere ser sujeta, desea ser vencida, no quiere usar de su propia libertad, huelga de estar debajo de corrección y disciplina, no codicia señorear a alguno, mas servir y estar debajo de la mano de Dios, y por Dios está aparejada a obedecer con toda humildad a cualquiera humana criatura.

La naturaleza trabaja de continuo por su interés, y tiene el ojo a la ganancia que le puede venir; y la gracia considera el provecho de muchos, y no el suyo. La naturaleza muy de gana recibe la honra y la reverencia; la gracia fidelísimamente atribuye a sólo Dios la honra y gloria. La naturaleza teme la confusión y el desprecio; mas la gracia alégrase en sufrir injurias por el nombre de Jesús. La naturaleza ama el ocio y la holganza corporal; mas la gracia no puede estar ociosa: antes abraza de buena voluntad el trabajo.

La naturaleza quiere tener cosas curiosas y hermosas, y aborrece las viles y groseras; mas la gracia deleitase con cosas llanas

y bajas, no desecha las ásperas, ni rehusa de vestir ropas viejas. La naturaleza mira lo temporal, y gózase de las ganancias terrenas, y entristécese del daño, y aírase de cualquier palabra injuriosa; mas la gracia mira las cosas eternas, y no está arrimada a lo temporal, ni se turba cuando lo pierde, ni se aceda con duras palabras; porque puso su tesoro y gozo en el cielo, donde ninguna cosa perece.

La naturaleza es codiciosa, y de mejor gana toma que da, y ama las cosas particulares, mas la gracia es piadosa y común para todos, evita la singularidad, y conténtase con lo poco [79], y tiene por mayor felicidad dar que recibir. La naturaleza inclínanos a las criaturas, a la propia carne, a la vanidad y a distraimientos; mas la gracia llévanos a Dios y a las virtudes, renuncia las criaturas, huye el mundo, y aborrece los deseos de la carne, y refrena los pasos vanos, y avergüénzase de parecer en público.

La naturaleza de gana toma cualquier placer exterior en que deleita sus sentidos; mas la gracia en sólo Dios se quiere consolar, y deleitarse en un sumo bien sobre todo lo visible. La naturaleza cuanto hace es por su propio interés y ganacia, y no puede hacer cosa de valde, mas espera alcanzar otro tanto, o más, o mejor, o loor, o favor, y codicia que sean sus cosas y sus dádivas muy estimadas; mas la gracia ninguna cosa temporal busca, ni quiere otro premio sino a sólo Dios, y de lo temporal no quiere más que cuanto basta para conseguir lo eterno.

La naturaleza se alegra de muchos amigos y parientes, gloríase del noble lugar y del gran linaje, sigue el apetito de los poderosos, lisonjea los ricos, regocija a sus iguales; la gracia aún a los enemigos ama, y no se ensalza por los muchos amigos, ni estima el lugar ni el linaje de donde viene, si no hay en ello mayor virtud; más favorece al pobre que al rico; tiene mayor compasión del inocente que del poderoso; alégrase con el verdadero, y no con el mentiroso; amonesta siempre a los buenos, que sean

[79] He 20

mejores, y que por las virtudes imiten al Hijo de Dios.

La naturaleza luego se queja del trabajo y de la mengua; mas la gracia sufre con buen rostro la pobreza. La naturaleza todas las cosas retorno a sí, y por sí pelea y porfía; la gracia todo lo refiere a Dios, de donde orginalmente mana, ningún bien atribuye a sí, ni presume vanamente; no contiende, ni prefiere su razón a las otras, mas en todo sentido y entendimiento se sujeta a la sabiduría eterna y al divino exámen.

La naturaleza desea saber y oír nuevos secretos, y quiere mostrarse de fuera, y experimentar muchas cosas con los sentidos; desea ser conocida, y hacer cosas de donde proceda loor y fama; mas la gracia no cuida de entender cosas nuevas y delgadas; porque esto todo nace de la vieja corrupción, como no haya cosa nueva ni durable sobre la tierra. Así que enseña a recoger los sentidos, y evitar la vana pompa y contentamiento, y esconder humildemente las cosas maravillosas y dignas de loor; y busca cómo saque de toda cosa y de toda ciencia provechoso fruto, y el loor y honra de Dios. No quiere que él ni sus cosas sean pregonadas; mas desea que Dios sea glorificado en sus dones, que los da a todos de purísimo amor.

Aquesta gracia es una lumbre sobrenatural, y un singularísimo don de nuestro Señor Dios, y propiamente una señal de los escogidos, y una prenda de la salud eterna, que levanta los hombres de lo terreno a amar lo celestial; y de carnales los hace espirituales. Así que cuanto más la naturaleza es apremiada y vencida, tanto es de mayor gracia infundida, y cada día es reformado el hombre interior según la imagen de Dios, con nuevas visitaciones.

Capítulo LX

De la corrupción de la naturaleza, y de la eficacia de la gracia divina.

Señor Dios mío, que me criásteis a tu imagen y semejanza, otórgame esta gracia, la cual me mostraste ser tan preciosa y muy necesaria a la salud, porque yo pueda vencer mi dañada naturaleza, que me lleva a los pecados y a la perdición. Yo siento en mi carne la ley del pecado, que contradice a la ley de mi alma, y me lleva cautivo a consentir en muchas cosas a la sensualidad; y no puedo resistir a sus pasiones, si no está presente en mi corazón tu santísima gracia, derramada con amor ardentísimo. Menester es tu gracia, y muy grande gracia para vencer la naturaleza, inclinada siempre a lo malo desde su mocedad; porque despues de la caída de Adán quedó corrupta por el pecado; y así desciende en todos los hombres la pena de esta mancilla.

De esta manera que la misma naturaleza, que fue criada por tí buena y derecha, ya se cuenta por vicio y enfermedad de la naturaleza corrupta; porque el mismo movimiento suyo, que le quedó, la trae a lo malo y a las cosas exteriores. Y una poquita fuerza que le ha quedado es como una centellita escondida en la ceniza. Esta es la razón natural, cercada de grande obscuridad, que tiene todavía un juicio libre del bien y del mal, y conoce la diferencia de lo verdadero y de lo falso, aunque no tiene fuerza para cumplir todo lo que le parece bueno, ni usa de la cumplida luz de la verdad, ni tiene sanas sus afecciones.

De aquí viene, Dios mío, que yo según el hombre interior [80] me deleito en tu ley, sabiendo que tu mandamiento es bueno, justo y santo, y juzgo que todo mal y pecado se debe huir; mas con la carne sirvo a la ley del pecado, pues obedezco mas a

[80] Rom 7

la sensualidad que a la razón. De aquí es que tengo un buen querer, mas no hallo poder para le cumplir. De aqui procede que propongo muchas veces hacer muchos bienes, mas como falta la gracia para ayudar a mi flaqueza, con poca contradicción torno atrás y desfallezco. De aquí también viene que conozco la senda de la perfección, y veo claramente cómo la deba seguir; mas agravado del peso de mi propia corrupción, no me levanto a cosas más perfectas.

¡Oh Señor, y cuán necesaria me es tu gracia para comenzar el bien, y para crecer en él y para perfeccionarlo! Porque sin ella ninguna cosa puedo hacer; mas en tí todo lo puedo, confortado con ella [81].

¡Oh gracia verdaderamente celestial! Sin tí ningunos son los merecimientos propios, no valen nada los dones naturales, ni las artes, ni las riquezas, ni la hermosura, ni el esfuerzo, ni el ingenio, ni la elocuencia; ni hay cosa en los hombres que valga algo ante tí, Señor mío, sin tu gracia. Porque los dones espirituales comunes son a buenos y malos; mas la gracia y amor es propio don de los escogidos, con la cual señalados, son dignos de la vida eterna.

Tanto es altísima esta gracia, que ni el don de la profecía, ni la operacion de milagros, ni ningún saber, por sutil que sea, es estimado en algo sin ella. Aún más digo; que ni la fe, ni la esperanza, ni las otras virtudes son a tí aceptas sin caridad y gracia. ¡Oh beatísima gracia, que haces al pobre de espíritu rico en virtudes, y al rico en lo temporal tornas humilde de corazón!

Ven, y desciende a mí, e híncheme de tu consolacion, porque no desmaye mi ánima de cansancio y sequedad de corazón. Suplícote, Señor, que halle gracia en tus ojos: que de verdad me basta tu gracia, aunque me falte todo lo que la naturaleza desea. Si fuere tentado y atormnetado de tribulaciones, no temeré los males estando tu gracia conmigo. Ella es mi fortaleza, ella es mi consejo y mi favor: mucho más poderosa es que todos los

[81]Flp 4

enemigos, muy más sabia que cuantos saben; maestra es de la verdad, y enseña la disciplina, alumbra el corazón, consuela en los trabajos, y destierra la tristeza; quita el temor, y aumenta la devoción y produce dulces lágrimas. Qué soy yo sin ella, sino un madero seco y un tronco sin provecho. Oh Señor, prevéngame tu gracia siempre, y acompáñeme, hágame continuamente muy diligente en buenas obras, por Jesucristo tu Hijo. Amén.

Capítulo LXI

Que debemos negarnos, y seguir a Cristo por la cruz.

Hijo, cuanto puedes salir de tí, tanto puedes pasarte a mí. Así como perdiendo la codicia de lo exterior, se gana la paz interior; así la negación y desprecio interior causa la unión y amistad de Dios. Yo quiero que aprendas la perfecta negación de tí mismo en mi voluntad sin queja ni contradicción.

Sígueme [82]: yo soy carrera, verdad y vida. Sin camino no hay por donde andar, sin verdad no hay por donde acertar, y sin vida no hay quien pueda vivir. Yo soy la carrera que debes seguir, la verdad a quien debes creer, y la vida que debes esperar. Yo soy carrera que no puede ser cegada, y verdad que no puede ser engañada, y vida que no puede ser acabada. Yo soy camino muy derecho, verdad suma, vida verdadera, vida bienaventurada, vida increada.

Si permanecieres en mi carrera conocerás la verdad, y la verdad te librará, y alcanzarás la bienaventuranza [83]. Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes [84]: si quieres ser mi discípulo niégate a tí mismo, si quieres poseer la vida eterna desprecia

[82] Jn 6
[83] Mt 6
[84] Ibid.

ésta presente, si quieres ser ensalzado en el cielo humíllate en el mundo.

Y si quieres reinar conmigo lleva la cruz conmigo; que sólo los siervos de la cruz hallan la carrera de la bienaventuranza y de la verdadera luz.

Señor mío Jesucristo, porque tu carrera es estrecha y despreciada en el mundo, otórgame que desprecie yo el mundo contigo; que no es mejor el siervo que el Señor [85], ni el discípulo que el Maestro. Ejercítese tu siervo en imitar tu vida; que en ella está mi salud y la santidad verdadera. Cualquiera cosa que fuera de ella oigo o leo no me harta ni recrea del todo.

Hijo, pues sabes esto, y has leído tanto, si lo hicieres serás bienaventurado. El que tiene mis mandamientos [86], y los guarda, ese me ama, y yo le amaré y me manifestaré a él, y le haré asentar conmigo en el reino de mi Padre. Pues, Señor, así como lo dijiste y prometiste, así me da tu gracia para que yo lo merezca. De tu mano recibí la cruz, y yo la llevaré hasta la muerte, así como tú me la pusiste.

La vida del buen cristiano cruz es, mas es guía para la gloria; pues ya es comenzada, no conviene tornar atrás. Ea, hermanos míos, vamos juntos, que Jesús será con todos nosotros: por él tomamos la cruz, por él perseveremos en ella. Jesús, que es nuestro Capitán y Adalid, será nuestro ayudador. Mirad que nuestro rey va delante de nosotros, y que peleará por nosotros: sigámosle con esfuerzo, y no nos espantemos: estemos aparejados a morir con ánimo en la batalla. No demos tal afrenta a nuestra honra, que huyamos de la cruz.

[85] Jn 13
[86] Jn 14

Capítulo LXII

No debe acobardarse el que cae en algunas flaquezas.

Hijo, más me agrada la paciencia y humildad en lo adverso, que la mucha consolación y devoción en lo próspero. ¿Por qué te entristece una pequeña cosa hecha o dicha contra tí; que aunque más fuera no debías enojarte? Déjalo ahora pasar; porque no es lo primero, ni nuevo, ni será lo postrero, si mucho vivieres. Harto esforzado te muestras cuando ninguna cosa contraria te viene, y aconsejas muy bien, y consuelas y esfuerzas a otros; mas cuando viene a tu puerta alguna súbita tribulación, luego te falta consejo y esfuerzo.

Mira tu flaqueza, pues la ves por experiencia aún en muy livianos acaecimientos; mas sábete que se hace por tu salud cuando éstas u otras cosas semejantes acaecen. Ponme a mí en tu corazón como mejor supieres; y si te tocare la tribulación, a lo menos no te derribe ni embarace mucho tiempo. Súfrela a lo menos con paciencia, si no puedes con alegría. Y si oyes algo contra razón, y sientes alguna indignación, refrénate, y no dejes salir de tu boca alguna palabra desordenada que escandalice a algún flaco; presto se amansará el ímpetu que en tu corazón se levantó, y el dolor interior se volverá en dulzor, tornando la gracia. Vivo yo, dice el Señor, aparejado para ayudarte y para consolarte mucho más de lo acostumbrado, si confías en mí, y me llamas con devoción.

Sosiega tu ánima, y percíbete para trances mayores. Y aunque te veas muchas veces atribulado, o gravemente tentado, no es ya por eso todo perdido. Hombre eres, y no Dios; carne, y no ángel; ¿cómo puedes tú estar siempre en un mismo estado de virtud, pues le faltó al ángel en el cielo, y al primer hombre en el paraíso? Yo soy el que levanto con entera salud a los llorosos, y traigo a

mi divinidad los que conocen su enfermedad.

Señor, bendita sea tu palabra, dulcísima para mi boca más que la miel y el panal. ¿Qué haría yo en todas mis angustias, si tú no me consolares con tus santas palabras? llegando yo al puerto de la salvación, ¿qué se me da ver por dónde pasé o qué padecí? Dadme, Señor, buen fin y dulce partida de este mundo. Dios mío, acuérdate de mí, y guíame por recto camino a tu reino.

Capítulo LXIII

No se deben escudriñar las cosas altas y los juicios ocultos de Dios.

Hijo, guárdate de disputar de altas cosas y de los secretos juicios de Dios: ¿por qué uno es tan desamparado y otro tiene tanta gracia; por qué está uno afligido y otro tan altamente ensalzado? Estas cosas exceden toda humana capacidad, que no basta razón alguna para investigar el juicio divino. Por eso cuando el enemigo te trajere esto tal al pensamiento, o algunos hombres curiosos te preguntaren, responde aquello del profeta [87]: justo eres, Señor, y justo tu juicio. Y aquello que dice [88]: los juicios del Señor verdaderos son y justificados en sí mismos. Mis juicios temidos han de ser, no examinados, dice Dios, porque no se comprehenden con humano entendimiento.

Tampoco te pongas a disputar de los merecimientos de los santos, cuál sea más santo o mayor en mi reino. Estas cosas siempre causan contiendas y disensiones, sin provecho, y crían soberbia y vanagloria, de donde nacen envidias y discordias, en tanto que quiere uno preferir locamente un santo a otro, y otro

[87] Sal 118
[88] Sal 18

quiere aventajar a otro. Ciertamente querer saber e inquirir tales cosas, ningún fruto trae, antes desagradan mucho a los santos. Que yo no soy Dios de discordia, sino de paz, la cual más consiste en verdadera humildad que en la propia estima.

Algunos con zelo de amor dánse a unos santos más que a otros, y esto más va por afecto humano que divino. Yo soy el que hice a todos los santos; yo les dí la gracia, y les he dado la gloria, y yo sé los méritos de cada uno: yo les previne con bendiciones de mi dulzura; yo conocí mis amados antes de los siglos. Yo los escogí del mundo, y no ellos a mí: yo los llamé por gracia, y traje por misericordia: yo los llevé por diversas tentaciones; yo les envié consolaciones magníficas: yo soy el que les dí mi perseverancia; yo coroné su paciencia; yo conozco el primero y el último; yo los abrazo a todos con amor inestimable. Yo soy de loar en todos mis santos; yo soy de bendecir sobre todas las cosas, y debo ser loado por cada uno de cuantos he magnificado y predestinado, sin preceder algún merecimiento suyo.

Por eso quien despreciare a uno de mis pequeñuelos, no honra al grande; porque yo hice al chico y al grande [89]: y el que quisiere apocar a alguno de los santos, a mí apoca y a todos los otros de mi reino. Todos son una cosa por el ñudo de la caridad, todos de un voto, todos de un querer, y todos se aman en uno: y lo que más es, que más me aman a mí que a sí, ni que a todos sus merecimientos; porque levantados sobre sí, sacados de su propio amor, pasan del todo en mi amor, y en él huelgan con mucho gozo. No hay cosa que los pueda apartar ni bajar; porque llenos de la eterna verdad arden en fuego de caridad, que no se puede apagar.

Callen pues los hombres carnales, no disputen del estado de los santos, pues no saben amar sino sus particulares bienes. Quitan y ponen a su parecer, no como agrada a la eterna verdad. Muchos hay llenos de ignorancia, mayormente los que saben po-

[89] Sab 6

co de espíritu, que tarde saben amar a alguno con perfecto amor espiritual. También hay muchos que los lleva el afecto natural y la amistad humana, e inclínanse más a unos santos que a otros; y así como sienten de las cosas bajas, así imaginan las celestiales. Mas hay grandísima diferencia entre lo que piensan los hombres imperfectos, y lo que saben los varones espirituales, por lo que les enseña Dios.

Pues guárdate, hijo, de tratar curiosamente de las cosas que exceden tu saber; mas trabaja que puedas ser siquiera el menor en mi reino. Ya que uno supiese cuál es más santo que otro en el reino del cielo, ¿qué le aprovecharía si no se humillase ante mí por este conocimiento, y se levantase a loar más puramente mi nombre?

Mucho más agradable es a Dios el que piensa la gravedad de sus propios pecados, y la poquedad de sus virtudes, y cuán lejos está de la perfección de los santos, que el que disputa cuál es el menor o mayor santo. Mejor es rogar a los santos con devotas oraciones, y con humildes lágrimas invocar su favor, que con una vana pesquisa escudriñar sus secretos. Ellos están bien y muy contentos, si los hombres se quisiesen sosegar y refrenar sus vanas lenguas. No se glorían de sus propios merecimientos; pues que ninguna cosa buena se atribuyen a sí mismos, sino todo a mí. Porque yo les dí todo cuanto tienen por mi infinita caridad; y tan llenos están de amor divino y de abundancia de gozo, que ninguna parte de gloria les falta; ni les puede faltar cosa alguna de bienaventuranza.

Todos los santos, cuanto más altos están en la gloria, tanto más humildes son en sí mismos, y más cercanos a mí, y muy más amados de mí. Por lo cual se dice que dejaban sus coronas ante Dios, y se postraron de rostro ante el Cordero, y adoraron al que vive sin fin. Muchos preguntan quién es el menor en el reino de los cielos, que no saben si serán dignos de ser contados con los menores. Gran cosa es ser en el cielo siquiera el menor, donde

todos son grandes; porque todos se llamarán hijos de Dios, y lo serán. El menor será grande entre mil; y el pequeñito en gente muy poderoso.

En el evangelio [90] se dice, que preguntando los discípulos quién fuese el mayor en el reino de los cielos, oyeron estas palabras: si no os convirtiéredes, y os tornáredes pequeñitos como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por eso cualquiera que se humillare como un pequeñito, aquel es el mayor en el reino del cielo.

Ay de aquellos que desdeñan de humillarse de su voluntad con los pequeñitos; porque la puerta baja del reino celestial no les dejará entrar. Ay de los ricos, que tienen aquí sus consolaciones [91]; que cuando entraren los pobres en el reino, quedarán ellos fuera llorando. Gozáos, humildes, y alegráos, pobres, que vuestro es el reino de Dios si andáis ciertamente en verdad.

Capítulo LXIV

Toda la esperanza y confianza se debe poner en sólo Dios.

Señor, ¿qué confianza tengo yo en esta vida; o cuál es mi mayor placer de cuantos hay debajo del cielo, sino tú, Dios y Señor mío, cuya misericordia no tiene cuento? ¿Adónde me fue bien sin tí? ¿o cuándo me puede ir mal, estando tú presente? Más quiero ser pobre por tí, que rico sin tí. Por mejor tengo peregrinar contigo en la tierra, que poseer sin tí el cielo. Donde tú, Señor, estás, allí es el cielo; y donde no, es muerte e infierno. A tí deseo, y por eso es necesario dar gemidos y voces en pos de tí con viva oración. Por cierto yo no puedo confiar en alguno que me ayude en las necesidades que se me ofrecen, sino en tí sólo, Dios mío.

[90] Mt 18
[91] Lc 6

Tú eres mi esperanza, tú mi confianza; tú mi consolador, y muy fiel en todas las cosas. Todos los de acá buscan sus intereses; tú Señor, sólo mi salud y mi aprovechamiento, y todas las cosas me conviertes en bien.

Aunque algunas veces me dejes en diverss tentaciones y adversidades, mas todo lo ordenas para mi provecho: que sueles en mil maneras probar tus escogidos. Y tanto debes ser loado y amado cuando me pruebas, como si me colmases de consolaciones celestiales. En tí pues, Señor y Dios mío, pongo yo toda mi esperanza y refugio, y en tí, Señor, pongo toda mi tribulación y angustia, porque todo lo que miro fuera de tí, lo veo flaco y movible.

Porque no me aprovecharán ciertamente los muchos amigos, ni podrán ayudar los defensores valientes, ni los consejeros discretos me darán respuesta provechosa, ni los libros de los letrados me podrán consolar, ni alguna cosa preciosa librar, ni algún secreto lugar defender, si tú mismo no estás presente y me ayudas, y esfuerzas y consuelas, y desengañas y guardas. Porque todo lo que parece algo para ganar la paz y bienaventuranza, es nada si tú estás ausente; ni da en verdad bienaventuranza alguna: y así tú eres fin de todos los bienes, alteza de la vida, abismo de palabras; y esperar en tí sobre todo, es grandísima consolación para tus siervos.

A tí Señor, levanto mis ojos; en tí confío, Dios mío, Padre de misericordias. Bendice, Señor, y santifica mi ánima con bendición celestial, para que sea morada santa tuya, y silla de tu eterna gloria, y no haya cosa en este templo de tu dignidad, que ofenda los ojos de tu Majestad. Mírame, Señor, según la grandeza de tu bondad, y según la multitud de tus misericordias, y oye la oración de este pobre siervo tuyo, desterrado tan lejos en la región de la sombra de la muerte. Defiende y conserva el ánima de este pequeñuelo siervo entre tantos peligros de esta miserable vida; y acompañándola tu gracia, guíala por la carrera de la paz

a la patria de la perpetua claridad. Amén.

Libro cuarto

Del Santísimo Sacramento del altar

Amonestación devota a la sagrada Comunión

LA VOZ DE CRISTO.

Venid a mí todos los que trabajáis [92] *y estáis cargados, y yo os recrearé*, dice el Señor. *El pan que yo os daré es mi carne* [93] *por la vida del mundo. Tomad y comed* [94]*: ese es mi cuerpo, que será entregado por vosotros* [95]. *Haced esto en memoria de mí. El que come mi carne, y bebe mi sangre, en mí está, y yo en él. Las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son.*

Capítulo I

Con cuánta reverencia se ha de recibir a Jesucristo.

Cristo, verdad eterna, éstas son tus palabras, aunque no fueron pronunciadas en un tiempo, ni escritas en un mismo lugar. Y pues son palabras tuyas, fielmente y muy de grado las debo yo todas recibir. Tuyas son, tú las dijiste; y mías son también, pues las dijiste por mi salud. Muy de grado las recibo de tu boca, para que sean más estrechamente engeridas en mi corazón. Despiértanme palabras de tanta piedad, llenas de dulzura y de amor; mas por otra parte mis pecados me espantan, y mi mala conciencia me retrae de recibir tan altos misterios. La dulzura de tus palabras me convida; mas la multitud de mis vicios me desvía.

[92] Mt 11
[93] Jn 6
[94] 1 Cor 11
[95] Jn 7

Mándasme que me llegue a tí con buena confianza, si quisiere tener parte contigo; y que reciba el manjar de la inmortalidad, si deseo alcanzar vida y gloria. Tú, Señor, dices: venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os recrearé. ¡Oh dulce y amigable palabra en la oreja del pecador, que tú, Señor Dios mío, convidas al pobre y al mendigo a la comunión de tu sacratísimo cuerpo!

¿Mas quién soy yo, Señor que presuma llegar a tí? Veo, Señor, que en los cielos de los cielos no cabes; y tú dices: venid a mí todos. ¿Qué quiere decir esta tan piadosa misericordia y este tan amigable convite? ¿Cómo osaré ir, que no conozco en mí cosa buena? ¿De qué puedo presumir? ¿Cómo te introduciré en mi casa, viendo que tantas veces ofendí tu benignísima cara? Los ángeles y arcángeles tiemblan. Los santos y justos temen; y tú dices: venid a mí todos. Si tú, Señor, no dijeses esto, ¿quién osaría creerlo? Y si tú no lo mandases, quién osaría llegarse a tí.

Veo que Noé, varón justo, trabajó cien años en fabricar un arca para guarecerse con pocos: ¿pues cómo podré yo en una hora aparejarme para recibir con reverencia al que fabricó el mundo? Moisés, tu gran siervo y tu amigo especial, hizo el arca de madera incorruptible, y la guarneció de oro muy puro, para poner en ella las tablas de la ley; y yo criatura podrida, ¿osaré recibir tan familiarmente a tí, hacedor de la ley y dador de la vida? Salomón, que fue el más sabio de los reyes de Israel, en siete años edificó en loor de tu nombre un magnífico templo, y celebró ocho días la fiesta de su dedicación, y ofreció mil sacrificios pacíficos, y asentó con mucha solemnidad el arca del testamento con trompas y regocijos en el lugar que estaba aparejado; y yo miserable, el más pobre de los hombres, ¿cómo te meteré en mi casa, que dificultosamente gasto con devoción una hora? Y aún pluguiese a tí, mi dios, que alguna vez fuese media.

¡Oh Dios mío, y cuánto estudiaron aquellos por agradecerte! Y ¡ay de mí! ¡cuán poquito es lo que yo hago, cuán poco tiempo

gasto en aparejarme para la comunión! Pocas veces estoy del todo recogido, y muy menos de toda distracción limpio. Por cierto en la presencia saludable de tu deidad no me debería ocurrir pensamiento alguno supérfluo, ni me había de ocupar criatura alguna; porque no voy a recibir en mi aposento a algún ángel, mas al Señor de los ángeles.

Y aún más, que hay grandísima diferencia entre la arca del testamento con sus reliquias, y todo su preciosísimo y purísimo cuerpo con sus inefables virtudes; y entre los sacrificios de la vieja ley, que figuraban los venideros, y el verdadero sacrificio de tu cuerpo, que es el cumplimiento de todos los sacrificios.

Y pues así es, ¿por qué yo no me enciendo más en tu venerable presencia? ¿Por qué no me aparejo con más fervor para te recibir en el Sacramento, pues los antiguos santos patriarcas y profetas, y los reyes y los príncipes con todo el pueblo mostraron tanta devoción al culto divino? El devotísimo rey David bailó con todas sus fuerzas ante la arca de Dios; y acordándose de los beneficios otorgados a los padres en el tiempo pasado, hizo órganos de diversas maneras, y compuso salmos, y ordenó que se cantasen, y aún él mismo con alegría los cantó muchas veces en su arpa inspirado de la gracia del Espíritu Santo, y enseñó al pueblo de Israel a loar a Dios de todo corazón y bendecirle, y predicarle cada día en consonancia y variedad de voces.

Pues si tanta era entonces la devoción y tanta la memoria del divino loor delante del arca del testamento, ¿cuánta reverencia y devoción debo yo tener y todo el pueblo cristiano en presencia del Sacramento de la comunión del excelentísimo cuerpo de Jesucristo? Muchos corren a diversos lugares por visitar reliquias y santos, y maravíllanse de oir sus milagros; miran los grandes edificios de los templos, besan los sagrados huesos guardados en oro y seda; ¿y estás tú aquí presente delante de mí en el altar, Dios mío, Santo de los santos, Criador de todas las cosas, Señor de los ángeles, y aún no te miro con devoción?

Muchas veces la curiosidad de los hombres, la novedad de las cosas que van a ver, es ocasión de ir a visitar cosas semejantes; y de ello traen muy poco fruto de enmienda, mayormente cuando con liviandad andan de acá para allá sin contrición verdadera. Mas aquí en el Sacramento del altar, enteramente estás tú presente, Señor mío, Dios Hombre Jesucristo, en el cual Sacramento se recibe copioso fruto de eterna salud todas las veces que te recibiéremos digna y devotamente. Y a esto no nos trae alguna liviandad u otra curiosidad, ni sensualidad; mas la firme fe, esperanza devota, y pura caridad.

¡Oh Dios invisible, Criador del mundo, cuán maravillosamente lo haces con nosotros! ¡cuán suave y graciosamente lo ordenas con tus escogidos, a los cuales te ofreces en este Sacramento para que te reciban! Esto en verdad excede todo entendimiento. Esto especialmente atrae los corazones devotos, y enciende los afectos. Y los mismos verdaderos fieles tuyos, que toda su vida ordenan para se enmendar, de este Sacramento dignísimo reciben continuamente grandísima gracia, devoción y amor de virtud.

¡Oh admirable gracia, escondida en este Sacramento, la cual conocen solamente los fieles cristianos; y los infieles y los que en pecado están no la pueden gustar! En este Sacramento se da gracia especial, y se repara en el ánima la virtud perdida, y se torna la hermosura afeada por el pecado. Y tanta es algunas veces esta gracia, que del cumplimiento de la devoción, no sólo el ánima, mas aún el cuerpo flaco siente haber recibido fuerzas mayores.

Por eso es muy mucho de llorar nuestra tibieza y negligencia, que no vamos con vivo fervor a recibir a Cristo, en el cual consiste toda la esperanza y el mérito de los que se han de salvar. Porque él es nuestra santificación y redención: él es la consolación de los que caminan, y eterno gozo de los santos. Así que mucho es de llorar el descuido que muchos tienen en este tan salutífero

Sacramento, que alegra el cielo, y conserva el universo mundo.

¡Oh ceguedad y dureza del corazón humano, que tan poco mira a tan inefable don: antes de la mucha frecuentación ha venido a mirar menos en él! Por cierto si este Santísimo Sacramento se celebrase en un sólo lugar, y se consagrase por un sólo sacerdote en el mundo, maravilla sería con cuánta afición irían los hombres a aquel lugar a ver aquel sacerdote de Dios para oírle celebrar los divinos misterios. Mas ahora hay muchos sacerdotes, y ofrécese Cristo en muchos lugares, para que tanto se muestre mayor la gracia y amor de Dios al hombre, cuanto la sagrada comunión es más libremente extendida por el mundo.

Gracias te hagan a tí, oh buen Jesús, Pastor eterno, que tuviste por bien de recrear a nosotros pobres y desterrados con tu precioso cuerpo y sangre, y también convidarnos con palabras de tu propia boca a recibir tus divinos misterios, diciendo: venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os recrearé.

Capítulo II

Cómo se da al hombre en el Sacramento la gran bondad y caridad de Dios.

Señor, confiado en tu bondad y en tu gran misericordia, vengo enfermo al Salvador, hambriento y sediento a la fuente de la vida, pobre al Rey del cielo, siervo al Señor, criatura al Criador, desconsolado a mi piadoso consolador. Mas ¿de dónde a mí tanto bien, que tú vengas a mí? ¿Quién soy yo para que te me des a tí mismo? ¿Cómo osa el pecador parecer ante tí? ¿y cómo tú tienes por bien de venir al pecador? Tú conoces a tu siervo, y sabes que ningún bien hay en él porque merezca que tú le hagas tan grandísima merced. Yo confieso, Señor, mi vileza, y reconozco

tu bondad, loo tu piedad, gracias te hago por tu excelentísima caridad.

Por cierto por tí mismo haces todo esto, no por mis merecimientos, mas porque tu bondad me sea más manifiesta, y me sea comunicada mayor caridad, y la humildad sea loada más cumplidamente. Y pues así te place, Señor, y así lo mandaste hacer, también me agrada a mí que tú lo hayas tenido por bien. Plégate, Señor, que no lo impida mi maldad. ¡Oh dulcísimo y benignísimo Jesús, cuánta reverencia y gracias con perpetua alabanza te son debidas por la comunión de tu sacratísimo cuerpo, cuya dignidad ninguno se halla que la pueda explicar!

Mas querría saber ¿qué pensaré en esta comunión, cuando me quiero llegar a tí, Señor, pues no te puedo honrar debidamente, y deseo recibirte con devoción? ¿Qué cosa mejor y más saludable pensaré sino humillarme del todo ante tí, y ensalzar tu infinita bondad sobre mí? Alábote, Dios mío, y para siempre te ensalzaré. Despréciome y sujétome a tí en el abismo de mi vileza. Tú eres el Santo de los santos, y yo el más vil de los pecadores; ¿y te inclinas a mí, que no soy digno de alzar los ojos a tí?

Veo, Señor, que tú vienes a mí, y quieres estar conmigo; tú me convidas a tu mesa, y me quieres dar a comer el manjar celestial, el pan de los ángeles, que no es otra cosa por cierto sino tú mismo, pan vivo, que desciende del cielo, y das vida al mundo. He aquí, Señor, de dónde procede este amor, y se declara que lo tienes por bien. Esta bondad tuya, Señor, es la causa porque tal amor nos tienes, y porque tan gran benignidad nos muestras.

¡Cuán grandes gracias y loores se te deben por tales mercedes! ¡Oh cuán saludable fue tu consejo cuando ordenaste este altísimo Sacramento! ¡Cuán suave y cuán alegre convite, cuando a tí mismo te diste en manjar! !' Oh cuán admirable es tu obra, Señor! !'cuán grande tu virtud! ¡cuán inefable tu verdad! Por cierto tú dijiste, y fue hecho todo el mundo, y así esto es hecho,

porque tú mismo lo mandaste.

Maravillosa cosa, y digna de creer, y que vence todo humano entendimiento es, que tú, Señor Dios mío, verdadero Dios y Hombre, eres contenido enteramente debajo de aquella pequeña especie de pan y vino, y sin detrimento eres comido por el que te recibe. Tú, Señor de todos, que no tienes necesidad de alguno, quisiste morar entre nosotros.

Por este tu sacramento conserva mi corazón sin mácula, porque pueda muchas veces con limpia y alegre conciencia celebrar tus misterios, y recibirlos para mi perpetua salud; los cuales ordenaste y estableciste, Señor, principalmente para honra tuya, y memoria continua de tu pasión. Alégrate, ánima mía, y da gracias a Dios por tan noble don y tan singular refrigerio como te fue dejado en este valle de lágrimas.

Porque cuantas veces te acuerdas de este misterio, y recibes el cuerpo de Cristo, tantas representas la obra de tu redención, y te haces particionero de todos los merecimientos de Jesucristo, porque la caridad de Cristo nunca se apoca, y la grandeza de su misericordia nunca se gasta. Por eso te debes disponer siempre a esto con nueva devoción de ánima, y pensar con atenta consideración este gran misterio de salud, y así te debe parecer tan grande, tan nuevo y alegre cuando celebras u oyes misa, como si fuese el mismo día en que Cristo descendió, y se hizo hombre en el vientre de la Virgen, o aquel que puesto en la cruz padeció y murió por la salud de los hombres.

Capítulo III

Que es cosa provechosa comulgar muchas veces.

Vesme aquí, Señor, vengo a tí, porque me vaya bien en este don tuyo, y sea alegre en tu santo convite, que tú, Dios mío,

aparejaste con dulzura para el pobre. En tí está todo lo que puedo y debo desear: tú eres mi salud y redenciín, mi esperanza y fortaleza, mi honra y mi gloria [96]. Pues alegra, Señor, hoy el ánima de tu siervo; que a tí, Señor Jesús, he yo levantado mi ánima.

Ahora te deseo yo recibir con devoción y reverencia, deseo, Señor, meterte en mi casa, de manera que merezca yo como Zaqueo ser bendito de tí y contado entre los hijos de Abraham. Mi ánima desea recibir tu sagrado cuerpo, y mi corazón desea ser unido contigo. Date, Señor, a mí, y basta; porque sin tí ninguna consolación satisface, sin tí no puedo ser, y sin tu visitación no puedo vivir; por eso me conviene llegarme muchas veces a tí, y recibirte para remedio de mi salud, porque no desmaye en el camino, si fuese privado de este celestial manjar.

Porque tú, benignísimo Jesús, predicando en los pueblos y curando diversas enfermedades, dijiste [97]: no quiero consentir que se vayan ayunos, porque no desmayen en el camino. Haz pues ahora conmigo de esta manera, pues te quedaste en el Sacramento para consolación de los fieles. Tú eres suave hartura del ánima; y quien te comiere dignamente participante y heredero será de la eterna gloria.

Necesario es a mí por cierto, que tanto trabajo, y tantas veces peco, y tan presto me hago torpe, y desmayo, que por muchas oraciones y confesiones, y por la sacratísima comunión, me renueve, me limpie y encienda; porque absteniéndome de comulgar mucho tiempo, podría ser que cayese de él mi santo propósito [98]. Los sentidos del hombre inclinados son al mal desde su mocedad; y si no socorre la medicina divina, luego al punto cae el hombre en lo peor.

Así que la santa comunión retrae del mal y conforta en lo

[96] Mt 15
[97] Mt 15
[98] Gen 8

bueno. Y si comulgando y celebrando soy tan negligente y tibio; ¿qué haría si no tomase tal medicina, y si no buscase remedio tan grande? Y aunque no estoy aparejado para celebrar cada día, yo trabajaré de recibir los misterios divinos en los tiempos convenibles, y hacerme he participante de tanta gracia, porque es una principalísima consolación del ánima fiel en el tiempo de esta peregrinación, que acordándose muchas veces de su Dios, reciba devotamente a su amado.

¡Oh maravillosa voluntad de tu piedad para con nosotros que tú, Señor Dios, Criador y vida de todos los espíritus, tienes por bien de venir a una pobrecilla ánima; y hartar su hambre con toda tu divinidad y humanidad! ¡Oh dichoso espíritu, oh bendita ánima, que merece recibir con devoción a tí, Señor Dios suyo, y ser lleno de gozo espiritual en tu recibimiento! ¡Oh cuán gran Señor recibe! ¡Oh cuán amado huésped aposenta! ¡cuán alegre compañero acoge! ¡cuán fiel amigo acepta! ¡cuán hermoso y noble esposo abraza, más de amar que todo lo que se puede amar ni desear! ¡oh muy dulce amado mío! callen en tu presencia el cielo, la tierra y todo su arreo; porque todo lo que tienen de loar y de mirar, de la bondad de tu franqueza es; y nunca llegarán a tu hermosura, cuya sabiduría no tiene cuento.

Capítulo IV

Cómo se conceden muchos bienes a los que devotamente comulgan.

Señor Dios mío, anticipa a tu siervo con bendiciones de tu dulzura, porque merezca llegar digna y devotamente a tu magnífico Sacramento. Despierta mi corazón en tí, y despójame de la pesadumbre del cuerpo, y visítame en tu salud, para que guste en tu espíritu suavidad, la cual está escondida en este Sacramento

muy cumplidamente, así como en fuente.

Alumbra también mis ojos para que pueda mirar tan alto misterio, y esfuérzame para creerlo con firmísima fe; porque esto, Señor, obra tuya es, y no humano poder; es sagrada ordenación tuya, y no invención de hombres. No hay por cierto, ni se puede hallar alguno suficiente por sí para entender cosas tan altas, que aún a sutileza angélica exceden. Pues yo, pecador indigno, tierra y ceniza, ¿qué puedo escudriñar y entender de tan altísimo Sacramento? Señor, en simplicidad de corazón, en buena y firme fe, y por tu mandado vengo a tí con esperanza y reverencia, y creo verdaderamente que estás presente aquí en este santo Sacramento Dios y Hombre. Y pues quieres, Salvador mío, que yo te reciba, y que me junte a tí en caridad, suplico a tu clemencia, y demando me sea dada una muy especialísima gracia para que todo me derrita en tí y rebose de amor, y que no cure más de otra alguna consolación.

Por cierto este altísmo y dignísimo Sacramento es la salud del ánima y del cuerpo, y medicina de toda enfermedad espiritual; con él se curan mis vicios; refrénanse mis pasiones; las tentaciones se vencen y disminuyen; dase mayor gracia; la virtud comenzada crece; confírmase la fe; esfuérzase la esperanza; enciéndese la caridad y extiéndese.

De verdad, dulcísimo y suavísimo Señor, muchos bienes has dado, y siempre das en este dulcísmo Sacramento a los que aman cuando te reciben. Dios mío, recibidor de mi ánima, reparador de la humana enfermedad, y dador de toda consolación. Que tú les infundes gran consuelo y fortaleza contra diversas tribulaciones, y de lo profundo de su propio desprecio los levantas a la esperanza de tu defensión, y con una nueva gracia los recreas y alumbras de dentro, porque los que antes de la comunión se habían sentido congojosos y sin devoción, después recreados con manjar y beber celestial, se hallan muy mejorados.

Y esto, Señor, haces así con tus escogidos, porque conozcan

verdaderamente, y manifiestamente experimenten que no tienen nada de sí, y sientan la bondad y gracia que de tí alcanzan: porque de sí mismos merecen ser fríos, duros e indevotos; mas de tí, Señor, alcanzan ser fervientes, alegres y devotos.

¿Quién llega con humildad a la fuente de la suavidad que no traiga algo de suavidad? ¿O quién está cerca de algún gran fuego que no reciba algún calor? Y tú, Señor, fuente eres siempre llena y muy abundosa, fuego que continuo arde, y nunca desfallece. Por tanto, si no me es lícito sacar del hinchimiento de la fuente, ni beber hasta hartarme, pondré siquiera mi boca al agujero de algún cañito celestial, para que a lo menos reciba de allí alguna gotilla para refrigerar mi sed, porque no me seque del todo. Y si no puedo del todo ser celestial, ni puedo abrasarme como los serafines, trabajaré a lo menos de darme a la oración, y aparejaré mi corazón a lo menos para buscar siquiera una pequeña centella del divino encendimiento, mediante la humilde comunión de este Sacramento que da vida.

Todo lo que me falta, buen Jesús, Salvador santísimo, súplelo tú benigna y graciosamente por mí; pues tuviste por bien de llamar a todos, diciendo [99]: venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os recrearé. Yo, Señor, trabajo, y estoy atormentado con sudor de mi rostro y con dolor de corazón: cargado estoy de pecados y combatido de tentaciones, envuelto y agravado de muchas malas pasiones; no hay quien me valga, no hay quien me libre y salve sino tú, Señor Dios Salvador mío. A tí me encomiendo y todas mis cosas, para que me guardes y lleves a la vida eterna. Recíbeme para honra y gloria de tu santo nombre; tú, Señor, que me aparejaste tu cuerpo y sangre en manjar y en beber: y otórgame, Señor Dios Salvador mío, que crezca al afecto de mi devoción con la continuación de este misterio.

[99] Mt 11

Capítulo V

De la dignidad del Sacramento y del estado sacerdotal.

Aunque tuvieses la pureza de los ángeles y la santidad de S. Juan Bautista, no serías digno de recibir, ni tratar este Santísimo Sacramento; porque no cabe en humano merecimiento que el hombre consagre y trate el Sacramento de Cristo, y coma el pan de los ángeles.

Grande es este misterio y grande la dignidad de los sacerdotes, a los cuales es dado lo que no es concedido a los ángeles; que sólo los sacerdotes ordenados en la Iglesia derechamente tienen poder de celebrar y consagrar el cuerpo de Jesucristo: y el sacerdote es ministro de Dios, y usa de palabras de Dios, por el mandamiento y ordenación de Dios, mas Dios es allí el principal autor y obrador invisible, al cual está sujeta cualquier cosa que quiere, y le obedece a todo lo que mandare. Y así más debes creer a Dios Todopoderoso en este excelentísimo Sacramento, que a tu propio sentido o alguna señal visible. Y por eso con temor y gran reverencia debe el hombre llegar a este Sacramento.

Mira pues, sacerdote, qué oficio te han encomendado por mano del obispo; mira cómo eres ordenado y consagrado para celebrar. Mira ahora que muy fielmente y con devoción ofrezcas a Dios el sacrificio en su tiempo, y te conserves sin reprehensión. Mira que no has aliviado tu carga, mas con mayor y más estrecha caridad estás atado, y a mayor perfección estás obligado.

El sacerdote debe ser adornado de todas virtudes, y ha de dar a los otros ejemplo de buena vida: su conversación no ha de ser con los comunes ejercicios de los hombres, mas con los ángeles en el cielo y con los perfectos en la tierra. El sacerdote vestido de las sagradas vestiduras tiene lugar de Cristo para rogar humilde

y devotamente a Dios por sí y por todo el pueblo.

Él tiene la señal de la cruz de Cristo ante sí y tras de sí, para que de continuo tenga memoria de su pasión. Ante sí en la casulla trae la cruz, porque mire con cuidado las pisadas de Cristo, y estudie de seguirle con fervor. Detrás también está señalado de la cruz, porque sufra con paciencia por amor de Dios cualquiera adversidad o daño que otros le hicieren. La cruz lleva delante, porque llore sus pecados; y detrás la lleva, porque llore por compasión por los ajenos, y sepa que es medianero entre Dios y el pecador, y no cese de orar ni de ofrecerle el santo sacrificio hasta que merezca alcanzar gracia y misericordia.

Cuando el sacerdote celebra honra a Dios y alegra a los ángeles, edifica a la Iglesia y ayuda a los vivos, y da reposo a los difuntos, y hácese particionero de todos los bienes.

Capítulo VI

Pregúntase qué se debe hacer antes de la comunión.

Señor, cuando yo pienso tu dignidad y mi vileza, tengo gran temblor, y hállome confuso; porque si no me llego huyo la vida, si indignamente me atrevo, caigo en ofensa. ¿Pues qué haré, Dios mío, ayudador mío, consejero mío en las necesidades? Guíame por tu carrera derecha, y enséñame algún ejercicio convenible a la sagrada comunión. Por cierto utilísimo es saber de qué manera deba yo aparejar mi corazón con reverencia y devoción a tí, Señor, para recibir saludablemente tu Sacramento, o para celebrar tan grande y divino sacrificio.

Capítulo VII

Del examen de la propia conciencia, y del propósito de la enmienda.

Sobre todas cosas es necesario que el sacerdote de Dios llegue a celebrar, tratar y recibir este Sacramento con grande humildad de corazón y con devota reverencia, con entera fe, y con piadosa intención de la honra de Dios. Examina tu conciencia con diligencia, y según tu poder descúbrela y aclárala con verdadera contrición y humilde confesión de tus pecados, de manera que no te quede cosa grave o te remuerda e impida de llegar libremente al Sacramento. Ten aborrecimiento muy grande de todos tus pecados generalmente. Y por los pecados y delitos que cada día cometes, duélete y gime más particularmente de todo tu corazón.

Y si hay disposición confiesa a Dios todas tus miserias en lo secreto de tu corazón; gime y llora, y duélete con entera voluntad, que aún eres tan vano y tan carnal y mundano, tan vivo en las pasiones, tan lleno de movimientos de concupiscencias, tan mal guardado en los sentidos exteriores, tan revuelto en vanas fantasías, tan inclinado a las cosas exteriores, y negligente a las interiores, tan ligero a la risa y a la desorden, tan duro para llorar y arrepentirte, tan aparejado a flojedades y regalos de la carne, tan perezoso al rigor, y al fervor, tan curioso a oír nuevas y a ver cosas hermosas, tan remiso en abrazar las cosas bajas y despreciadas, tan codicioso de tener muchas cosas, tan encogido en dar, y avariento en tener, indiscreto en hablar, mal sufrido en callar, descompuesto en las costumbres, importuno en las obras, tan desordenado en el comer, tan sordo a las palabras de nuestro Señor Dios; presto para holgar, tardío para trabajar, despierto para consejuelas, tan dormilón para las sagradas vigi-

lias, muy apresurado por acabarlas, muy presuroso, sin atención y negligente en decir las horas, muy tibio en celebrar, seco y sin lágrimas en comulgar, muy presto distraído, muy tarde o nunca bien recogido, muy presto conmovido a ira, aparejado para dar enojos, muy presto para juzgar, figuroso a reprender, muy alegre en lo próspero y muy caído en lo adverso, proponiendo de continuo grandes cosas, y nunca poniéndolas en efecto.

Confesados y llorados estos y otros defectos tuyos con dolor y descontento de tu propia flaqueza, propón firmísimamente de enmendar tu vida y mejorarla de continuo. Y después con total renunciación y entera voluntad ofrecerte a tí mismo en honra de mi nombre en el altar de tu corazón, como sacrificio perpetuo; que es encomendándome a mí tu cuerpo y tu ánima fielmente, porque merezcas dignamente llegar a ofrecer el sacrificio, recibir saludablemente el Sacramento de mi cuerpo; que no hay ofrenda más digna ni mayor sacrificio para quitar los pecados, que en la misa y en la comunión ofrecerse a sí mismo pura y enteramente en el sacrifico del Cuerpo de Cristo. Si el hombre hiciere lo que es en su mano, y se arrepintiere verdaderamente, cuantas veces viniere a mí por perdón y gracia, dice el Señor [100], vivo yo, que no quiero la muerte del pecador, mas que se convierta y viva; porque no me acordaré más de sus pecados; mas todos le serán perdonados.

Capítulo VIII

Del ofrecimiento de Cristo en la cruz, y de la propia renunciación.

Así como yo me ofrecí a mí mismo por tus pecados a Dios Padre de mi voluntad, extendidas las manos en la cruz, desnudo

[100] Ez 33

el cuerpo, en tanto que no me quedaba cosa que todo no pasase en sacrificio para aplacar al Padre; así debes tú cuanto más entrañablemente puedes, ofrecer a tí mismo de toda voluntad a mí en sarificio puro y santo cada día en la misa con todas tus fuerzas y deseos.

¿Qué otra cosa más quiero de tí, sino que estudies de renunciarte del todo en mí? Cualquier cosa que me das, sin tí, no me curo de ello; porque no quiero tu don, sino a tí. Así como no te bastarán a tí todas las cosas sin mí; así no puede agradar a mí cuanto me ofreces sin tí. Ofrécete a mí, y date todo por mí, y será muy acepto tu sacrificio. Ya ves como yo me ofrecí todo al Padre por tí, y también dí todo mi cuerpo y sangre en manjar por ser todo tuyo, y que tú quedases enteramente mío: mas si te estás en tí mismo, y no te ofreces muy de gana a mi voluntad, no es cumplida ofrenda, ni será entre nosotros entera unión.

Por eso ante todas tus obras haz ofrecimiento voluntario de tí mismo en mis manos, si quieres alcanzar libertad y gracia. Por eso hay tan pocos alumbrados y libres de dentro, porque no saben del todo negarse a sí mismos [101]. Esta es mi firme sentencia, que no puede ser mi discípulo el que no renunciare todas las cosas. Por eso si tú deseas ser mi discípulo, ofrécete a tí mismo con todos tus deseos.

Capítulo IX

Que debemos ofrecernos a Dios con todas nuestras cosas, y rogarle por todos.

Señor, tuyo es todo lo que está en el cielo y en la tierra, y yo deseo ofrecerme a tí de mi voluntad, y quedar tuyo para siempre: Señor, con sencillo corazón me ofrezco yo a tí por siervo

[101]Luc 14

perpetuo en servicio y sacrificio de perpetuo loor. Recíbeme con este santo sacrificio de tu preciosísimo cuerpo, que te ofrezco hoy en presencia de los ángeles, que están presentes invisiblemente. Y ruégote, Señor, que sea para salud mía y de todo el pueblo.

Señor, ofrézcote todos mis pecados y delitos, cuantos yo cometí delante de tí y de tus ángeles desde el día que comencé a pecar hasta hoy: todos los pongo sobre tu altar, que amansa tu ira, para que tú, Señor, los enciendas todos juntamente, y los quemes con el fuego de tu caridad, y quites todas las mancillas de mis pecados, y limpies mi conciencia de todo pecado, o me restituyas la gracia que yo perdí pecando, perdonándome plenamente, y levantándome por tu bondad al beso santo de la paz.

¿Qué puedo yo hacer por mis pecados, sino confesarlos humildemente, llorando y rogando a tu misericordia sin cesar? Ruégote que me oigas con misericordia aquí donde estoy delante de tí. Todos mis pecados me descontentan mucho, y no quiero mas cometerlos: pésame de ellos, y cuanto yo viviere me pesará mucho; aparejado estoy a hacer penitencia y satisfacción con todo mi poder. Oh Dios mío, perdona mis pecados por tu santo nombre: salva mi ánima, que redimiste por tu preciosa sangre. Ves aquí, Señor, yo me pongo en tu misericordia; yo me renuncio en tus manos: haz conmigo tu bondad, y no según mi malicia.

También te ofrezco, Señor, todos mis bienes, aunque son muy pocos e imperfectos, para que tú los enmiendes y santifiques, y los hagas agradables a tí, y aceptos, y traigas siempre a perfección; y a mí, hombrecillo inútil y perezoso, lleves a muy bienaventurado y loable fin.

Y también te ofrezco todos los santos deseos de los devotos, todas las necesidades de mis padres, hermanos, amigos y parientes, y de todos mis conocidos, y de todos cuantos han hecho bien a mí y a otros por tu amor, y de todos los que desearon y pidieron que yo orase o dijese misa por ellos y por todos los suyos, vivos o difuntos; porque todos sientan el gran favor de

tu gracia, y de tu consolación y defensión, y librados de todo peligro, de toda tribulación y mal, sean muy alegres, y te den por todo altísimas gracias y crecidos loores.

También te ofrezco estas oraciones y sacrificios agradables, especialmente por los que en algo me han dañado, enojado, afrentado o vituperado, y por todos los que yo alguna vez enojé, y turbé y agravié, afrenté y escandalicé, así por obra como de palabra, por ignorancia o a sabiendas.

Porque tú, Señor, nos perdones a todos juntamente nuestros pecados y las ofensas que hacemos unos a otros. Aparta, Señor, de nuestros corazones toda sospecha, todo deseo de venganza, ira y contienda, y toda cosa que pueda estorbar la caridad y disminuir el amor del prójimo. Señor, habed misericordia y piedad de los que te la demandan. Da tu gracia a los necesitados, y haz que seamos tales, que seamos dignos de gozar tu gracia, y que aprovechemos para la vida eterna.

Capítulo X

No se debe dejar ligeramente la sagrada comunión.

Muy a menudo debes recurrir a la fuente de la gracia y de la divina misericordia, y a la fuente de la bondad y de toda la limpieza, porque puedas ser curado de tus pasiones y vicios, y merezcas ser hecho más fuerte y más despierto contra todas las tentaciones y engaños del diablo.

El enemigo sabiendo el grandísimo fruto y remedio que está en la sagrada comunión, trabaja por todas las vías que él puede estorbarla a los fieles y devotos cristianos; porque luego que algunos se disponen a la sagrada comunión padecen peores tentaciones de satanás que antes; porque el espíritu maligno, según que

se escribe en Job [102], viene entre los hijos de Dios para turbarlos con su acostumbrada malicia, o para hacerlos muy temerosos y dudosos, porque así disminuya su afecto, o acosándolos les quite la confianza; para que de esta manera, o dejen del todo la comunión, o lleguen a ella tibios y sin fervor.

Mas no debemos cuidar de sus astucias y fantasías, por más torpes y espantosas que sean; mas quebrarlas todas en su cabeza, y procurar de despreciar al desventurado, y burlar de él; y no se debe dejar la sagrada comunión por todas las malicias y turbaciones que levantare.

Muchas veces también estorba para alcanzar devoción la demasiada ansia de tenerla, y la gran confianza de confesarse. Por eso haz en esto lo que aconsejan los sabios, y deja la ansia y escrúpulo, porque estas cosas impiden la gracia de Dios, y destruyen la devoción del ánima.

No dejes la sagrada comunión por alguna pequeñuela tribulación o pesadumbre; mas confiésate luego, y perdona de buena voluntad las ofensas que te han hecho; y si tú has ofendido a alguno, pídele perdón con humildad; y así Dios te perdonará de buena gana.

¿Qué aprovecha dilatar mucho la confesión o la sagrada comunión? Límpiate en el principio, escupe presto la ponzoña, toma de presto el remedio, y hallarte has mejor que si mucho tiempo lo dilatares. Si hoy lo dejas por alguna ocasión, mañana te puede acaecer otra mayor, y así te estorbarás mucho tiempo, y estarás más inhábil. Por eso lo más presto que pudieres sacude la pereza y pesadumbre; que no hace al caso estar largo tiempo con cuidado envuelto en tribulaciones, y por los estorbos cotidianos apartarte de las cosas divinas.

Antes daña mucho dilatar la comunión largo tiempo, porque es causa de estarse el hombre ocupado en grave torpeza. ¡Ay dolor! que algunos tibios y desordenados dilatan muy de grado

[102] Job 2

la confesión, y desean alargar la sagrada comunión, por no ser obligados a guardarse con mayor cuidado. ¡Oh cuán poca caridad, oh cuán flaca devoción, oh cuán poco amor divino tienen los que tan fácilmente dejan la sagrada comunión!

¡Cuán bienaventurado es y cuán agradable a Dios el que vive tan bien, y con tanta puridad guarda su conciencia, que cada día está aparejado a comulgar, deseoso de hacerlo así que le conviniese, y no fuese notado! Si alguno se abstiene algunas veces por humildad o por alguna cosa legítima, de loar es por la reverencia; mas si poco a poco le entrare la tibieza, debe despertarse, y hacer lo que en sí es; nuestro Señor ayudará a su deseo por la buena voluntad, la cual él mira especialmente.

Mas cuando fuere legítimamente impedido, tenga siempre buena voluntad, y devota intención de comulgar, y así no carecerá del fruto del Sacramento. Porque todo hombre devoto puede comulgar cada día y cada hora espiritualmente; mas en ciertos días, en el tiempo ordenado debe recibir el Sacramento del cuerpo de nuestro Redentor Jesucristo con amorosa reverencia.

Y más se debe mover a ello por loor y honra de Dios, que por buscar su propia consolación. Porque tantas veces comulga secretamente, y es recreado invisiblemente, cuantas se acuerda devotamente del misterio de la encarnación de nuestro Señor Jesucristo y de su preciosísima pasión, y se enciende en su divino amor.

Mas el que no se apareja en otro tiempo, sino para la fiesta, o cuando le fuere la costumbre, muchas veces se hallará mal aparejado. Bienaventurado el que se ofrece a Dios en entero sacrificio cuantas veces celebra o comulga. No seas muy prolijo, ni acelerado en celebrar, mas guarda una buena manera; y confórmate con los de tu conversación, no los enojes, más sigue la vía común según la órden de los mayores, y más debes mirar el aprovechamiento de los otros que tu propia devoción y deseo.

Capítulo XI

El cuerpo de Jesucristo y la Sagrada Escritura son muy necesarios al ánima fiel.

¡Oh dulcísimo Jesús, cuánta es la dulzura del ánima devota, que come contigo en tu convite, en el cual no se da a comer otra cosa sino a tí, que eres único, sólo amado suyo, muy deseado sobre todos los deseos de su corazón! ¡Cuánto dulce sería a mí en tu presencia con todas mis entrañas derramar lágrimas, y regar con ellas tus sagrados pies, como la piadosa Magdalena!

¿Mas dónde está ahora esta devoción? ¿adónde está el copioso derramamiento de lágrimas santas? Por cierto, Señor, en presencia de tus santos ángeles, todo mi corazón se debía encender y llorar de gozo: porque en este Sacramento yo te tengo presente verdaderamente, aunque cubierto debajo de otra especie; porque no podrían mis ojos sufrir de mirarte en tu propia y divina claridad, ni todo el mundo podría sufrir el resplandor de la gloria de tu Majestad. Y así en esconderte en el Sacramento, has tenido respeto a la mi gran flaqueza. Ya tengo y adoro verdaderamente aquí a quien adoran los ángeles en el cielo; mas ahora en fe, y ellos en clara vista sin velo. Conviéneme aquí contentarme con la lumbre de la fe verdadera, y andar en ella hasta que amanezca el día de la claridad eterna; y se vayan las sombras de las figuras.

Cuando viniere lo que es perfecto cesará el uso de los sacramentos. Porque los santos y bienaventurados y perfectos, que están en la eterna bienaventuranza y en la gloria celestial, no han menester medicina de sacramentos; pues gozan sin fin en la presencia divina, contemplando cara a cara su gloria, transformados de claridad en claridad en el abismo de la Deidad, gustan al Verbo Divino encarnado, que fue en el principio, y permanece para siempre.

Acordándome de estas maravillas, cualquier placer, aunque sea espiritual, se me torna en grave enojo. Porque en tanto que no veo claramente a mi Señor Dios en su gloria, no estimo en nada cuanto en el mundo veo y oigo. Tú, Dios mío, eres testigo que cosa alguna no me puede consolar, ni criatura alguna dar descanso, sino tú, Dios mío, a quien deseo contemplar eternalmente. Mas esto no se puede hacer en tanto que dura la carne mortal. Por eso conviéneme tener mucha paciencia, y sujetarme a tí en todos mis deseos. Porque tus santos, que ahora gozan contigo en tu reino, cuando en este mundo vivían esperaban en fe y grande paciencia la venida de tu gloria. Lo que ellos creyeron, creo yo; lo que esperaron, espero; y adonde llegaron fielmente por tu gracia, tengo yo confianza de llegar. En tanto andaré en fe, confortado con los ejemplos de los satnos.

También tengo santos libros, que son para consolación y espejo de la vida, y sobre todo el cuerpo santísimo tuyo por singular remedio y refugio. Y conozco que tengo grandísima necesidad en esta vida de dos cosas, sin las cuales no las podría sufrir, detenido en la cárcel de este cuerpo; que son: mantenimiento y lumbre. Así pues me diste como a enfermo tu sagrado cuerpo para recreación del ánima y del cuerpo, y pusiste para guiar mis pasos una candela, que es tu palabra. Sin estas dos cosas yo no podría vivir bien; porque la palabra de tu boca luz es del ánima, y tu Sacramento es pan de vida.

También éstas se pueden decir dos mesas puestas en el sagrario de la santa iglesia de una parte y de otra. La una mesa es el santo altar, donde está el pan santo, que es el cuerpo preciosísimo de Cristo: la otra es de la ley divina, que contiene la sagrada doctrina, y enseña la recta fe, y nos lleva firmemente hasta el secreto del velo, donde está el Santo de los santos.

Gracias te hago, Señor Jesús, luz de la eterna luz, por la mesa de la santa doctrina que nos administraste por tus santos siervos los profetas y apóstoles, y por los otros doctores. Gracias

te hago, Criador y Redentro de los hombre, que para declarar a todo el mundo tu claridad, aparejaste tu gran cena, en la cual diste a comer no el cordero figurativo, sino tu santísimo cuerpo y sangre, para alegrar a todos los fieles con el sagrado convite, embriagándolos con el cáliz de la salud, en el cual están todos los deleites del paraíso, y comen con nosotros los santos ángeles, aunque con mayor suavidad.

¡Oh cuán grande y venerable es el oficio de los sacerdotes, a los cuales es otorgado consagrar el Señor de la Majestad con palabras santas, y bendecirlo con sus labios, y tenerlo en sus manos, y recibirlo ocn su propia boca, y mostrarlo a otros!

¡Oh cuán limpias deben estar aquellas manos, cuán pura la boca, cuán santo el cuerpo, cuán sin mancilla el corazón del sacerdote, donde tantas veces entre el Hacedor de la pureza! De la boca del sacerdote no debe salir palabra que no sea santa y honesta, pues tan continuamente recibe el Sacramento de Cristo. Sus ojos han de ser simples y castos, pues miran el cuerpo de Cristo. Las manos han de ser puras y lavantadas al cielo por oración, pues suelen tocar al Criador del cielo y de la tierra. A los sacerdotes especialmente se dice en la ley: sed santos, que yo, vuestro Señor y vuestro Dios, Santo soy.

Oh Dios todopoderoso, ayúdenos tu gracia, para que los que recibimos el oficio sacerdotal, podamos digna y devotamente servirte con buena conciencia en toda pureza. Y si no nos podemos conservar en tanta inocencia de vida como debemos, otórganos llorar dignamente los males que habemos hecho; porque podamos de aquí adelante servirte con mayor fervor en espíritu de humildad y propósito de buena voluntad.

Capítulo XII

Débese aparejar con grandísima diligencia el que ha de recibir a Cristo.

Yo soy amador de pureza, y dador de toda santidad; yo busco el corazón puro, y allí es el lugar de mi descanso. Aparéjame un palacio grande, bien aderezado, y haré contigo la pascua con mis discípulos. Si quieres que venga a tí, y me quede contigo, limpia de tí la vieja levadura, y limpia la morada de tu corazón; desecha de tí todo el mundo y todo el ruido de los vicios. Asiéntate como pájaro solitario en el tejado, y piensa tus pecados en amargura de tu ánima. Cualquier persona que ama a otra apareja buen lugar y muy aderezado para recibirlo. Porque en esto se conoce el amor del que hospeda al amado.

Mas sábete que no puedes cumplir este aparejo con el mérito de tus obras, aunque un año entero te aparejes, y no tratases otra cosa en tu ánima; mas por sola mi piedad y gracia se te permite llegar a mi mesa; como si un pobre fuese llamado a la mesa de un rico, y no tuviese otra cosa para pagar el beneficio, sino humillándose agradecerlo.

Haz lo que es en tí, y con mucha diligencia; no por manera de costumbre, ni por necesidad; mas con temor y reverencia y amor recibie el cuerpo del Señor Dios tuyo, que tiene por bien de venir a tí. Yo soy el que te llamé, y el que mandé que se hiciese así: yo supliré lo que te falta; ven y recíbeme. Cuando yo te doy gracia de devoción, da gracias a Dios, no porque eres digno, mas porque hubo misericordia de tí.

Y si no tienes devoción, te sientes muy seco, continúa la oración, da gemidos, llama y no ceses hasta que merezcas recibir una migaja, o una gota de saludable gracia. Tú me has menester a mí, que no yo a tí. No vienes tú a santificarme a mí; mas yo

a santificarte y mejorarte. Tú vienes para que seas por mí santificado y unido conmigo; para que recibas nueva gracia, y de nuevo te enciendas para mejor perfección. No desprecies esta gracia; apareja continuamente con toda diligencia tu corazón, y recibe dentro de tí tu amado.

Y también conviene que te aparejes a la devoción y sosiego, no sólo antes de la comunión, mas que te conserves y guardes en ella después de recibido el Santísimo Sacramento. Ni se debe tener menor guarda después, que el devoto aparejo primero; porque la buena guarda después es muy mejor aparejo para alcanzar otra vez mayor gracia. Que de aquí viene hacerse el hombre muy indispuesto, por desordenarse y derramarse luego en los placeres exteriores. Guárdate de hablar mucho, y recógete a algún lugar secreto, y allí goza de tu Dios; pues tienes al que todo el mundo no te puede quitar. Yo soy a quien del todo te debes dar; de manera que ya no vivas más en tí, sino en mí, sin ningún cuidado.

Capítulo XIII

Cómo el ánima devota con todo su corazón debe desear la unión de Cristo en el Sacramento.

Señor, ¿quién me dará que te halle sólo, y te abra todo mi corazón, y te goce como mi ánima desea, y que ya ninguno me desprecie, ni criatura alguna me mueva; mas tú sólo me hables, y yo a tí, como suele hablar el amado a su amado, y conversar un fiel amigo con otro? Esto os ruego, y esto deseo, que sea unido todo a tí, y aparta ya mi corazón de todo lo criado, y que por la sagrada comunión y por la frrecuencia del celebrar aprenda más a gustar cosas celestiales y eternas. ¡Oh Señor Dios mío! ¿cuándo estaré todo unido contigo y absorto en tí, y del todo olvidado de mí, y que tú seas en mí, y yo, Señor, en tí, y que

así estemos juntos en uno?

Verdaderamente tú eres mi amado, escogido en muchos millares, con el cual desea morar mi ánima todos los días de su vida. Verdaderamente tú eres muy pacífico: en tí está la suma paz y la verdadera holganza; fuera de tí todo es trabajo y dolor y miseria infinita. Verdaderamente tú eres Dios escondido, y tu consejo no es con los malos; mas con los humildes y sencillos es tu habla. Oh Señor, cuán suave es tu espíritu, que tienes por bien, para mostrar tu dulzura, de mantener tus hijos del pan suavísimo que desciende del cielo. Verdaderamente no hay otra nación tan grande, que tenga sus dioses tan cerca de sí, como tú, Dios nuestro, estás cerca de tus fieles, a los cuales te das, para que te coman y gocen con gozo continuo, y para que levanten su corazón en el cielo.

¿Qué gente hay alguna nobilísima, como es el pueblo cristiano? ¿o qué criatura hay debajo del cielo tan amada, como el ánima devota, a la cual entra Dios a apacentar de su gloriosa carne? ¡Oh inexplicable gracia, oh maravillosa bondad, oh amor sin medida, dado singularmente al hombre! ¿Qué daré yo al Señor por esta gracia y caridad tan grande? No hay cosa que más agradable le pueda yo dar que es mi corazón todo entero, para que se junte a él entrañablemente. Entonces se alegrarán todas mis entrañas cuando mi ánima fuere unida perfectamente a Dios. Entonces me dirá él: si tú quieres estar conmigo, yo quiero estar contigo. Y yo le responderé: Señor, ten por bien de quedarte conmigo, que yo de buena voluntad quiero estar contigo. Esto es todo mi deseo, que mi corazón esté unido contigo.

Capítulo XIV

Del encendido deseo de algunos devotos a la sagrada comunión del cuerpo de Cristo.

¡Oh Señor [103], cuán grande es la multitud de tu dulzura, que tienes escondida para los que te temen! Cuando me acuerdo de algunos devotos de tu Sacramento, que llegan a él con gran devoción y afecto, quedo muy confuso y avergonzado en mí, que llego tan frío y tan tibio a tu altar y a la mesa de la sagrada comunión, y me hallo tan seco y sin dulzura de corazón, y que no estoy enteramente encendido ante tí, Dios mío, ni soy llevado ni aficionado del vivo amor, como fueron muchos devotos, los cuales del gran deseo de la comunión y del amor que sentían en el corazón, no pudieron detener las lágrimas, mas con la boca del corazón, no del cuerpo, suspiraban con todas sus entrañas a tí, Señor y Dios mío, fuente viva; no pudiendo templar ni hartar su hambre de otra manera, sino recibiendo tu cuerpo con toda alegría y deseo espiritual.

¡Oh verdadera y ardiente fe la de aquestos! la cual es manifiesta prueba de tu sagrada presencia. Porque estos verdaderamente conocen a su Señor en el partir del pan; pues su corazón arde en ellos tan vivamente porque Jesús anda con ellos. ¡Oh cuán lejos está de mí muchas veces tal afección y devoción, y tan grande amor y fervor!

Séme piadoso, buen Jesús, dulce y benigno. Otorga a este tu pobre mendigo, siquiera alguna vez, sentir en la sagrada comunión una poca de afección entrañable de tu amor; porque mi fe se haga más fuerte, y la esperanza de tu bondad crezca, y la caridad ya encendida perfectamente con la experiencia del maná celestial nunca desmaye ni cese.

[103] Sal 30

Por cierto, Señor, poderosa es tu misericordia para concederme esta gracia tan deseada, y visitarme muy piadosamente en espíritu de abrasado amor, cuando tú, Señor, tuvieres por bien de hacerme esta merced. Y aunque yo no estoy con tan encendido deseo como tus especiales devotos, no dejo yo mediante tu gracia de desear tener aquellos sus grandes y encendidos deseos, rogando a tu Majestad me hagas particionero de todos tus fervientes amadores, y me cuentes en su santa compañía.

Capítulo XV

La gracia de la devoción con la humildad y propia renunciación se alcanza.

Conviénete buscar con diligencia la gracia de la devoción, pedirla sin cesar, esperarla con paciencia y buena confianza, recibirla con alegría, guardarla humildemente, obrar diligentemente con ella, y encomendar a Dios el tiempo y la manera de la soberana visitación hasta que venga. Débeste humillar, especialmente cuando poca o ninguna devoción sientes de dentro; mas no te caigas del todo, ni te entristezcas demasiadamente. Dios da muchas veces en un momento lo que negó en largo tiempo. También da algunas veces en fin de la oración lo que al principio dilató de dar.

Si la gracia de continuo nos fuese dada y otorgada siempre a nuestro querer, no la podría bien sufrir el hombre flaco. Por eso en buena esperanza y humilde paciencia se debe esperar la gracia de la devoción. Y cuando no te es otorgada, o te fuere quitada secretamente, echa la culpa a tí y a tus pecados.

Algunas veces pequeña cosa es la que impide la gracia, y la esconde (si poco se debe decir, y no mucho, lo que tanto bien

estorba). Mas si perfectamente vencieres lo que estorba, sea poco o sea mucho, tendrás lo que pediste.

Luego que te dieres a Dios en todo tu corazón, y no buscares esto ni aquello por tu querer, mas del todo te pusieres en él, hallarte has unido y sosegado; porque no habrá cosa que tan bien te sepa, como el buen contentamiento de la divina bondad.

Pues cualquiera que levantare su intención a Dios con sencillo corazón, y se despojare de todo amor o desamor desordenado de cualquiera cosa criada, estará muy dispuesto y digno de recibir la divina gracia y el don de la devoción; porque nuestro Señor da su bendición donde halla vasos vacíos. Y cuanto más perfectamente alguno renunciare las cosas bajas, y fuere muerto a sí mismo por el propio desprecio, tanto más presto viene la gracia, y más copiosamente entra, y más alto levanta el corazón ya libre.

Entonces verá y abundará, y maravillarse ha, y ensancharse ha su corazón en sí mismo; porque la mano del Señor es con él, y él se puso del todo en su mano para siempre. De esta manera será bendito el hombre que busca a Dios en todo su corazón, y no ha recibido su ánima en vano. Éste cuando recibe la sagrada comunión merece la singular gracia de la divina unión; porque no mira a su propia devoción y consolación, mas a la gloria y honra de Dios.

Capítulo XVI

Cómo se han de manifestar a Cristo nuestras necesidades, y pedirle su gracia.

Oh dulcísimo y muy amado Señor, a quien yo deseo ahora recibir devotamente, tú sabes mi enfermedad, y la necesidad que padezco, en cuántos males y vicios estoy caído, cuántas veces soy agravado, tentado, turbado y ensuciado. A tí vengo por remedio,

a tí demando consolación y alivio. A tí, Señor, que sabes todas las cosas, hablo; a quien son manifiestos todos los secretos de mi corazón, y que sólo me puedes consolar, y perfectamente ayudar. Tú sabes mejor que ninguno lo que me falta, cuán pobre soy en virtudes. Veisme aquí delante de tí pobre y desnudo, pidiendo gracia y misericordia.

Harta, Señor, a este tu hambriento mendigo: enciende mi fragilidad con el fuego de tu amor, alumbra mi ceguedad con la claridad de tu presencia: vuélveme todo lo terreno en amargura, todo lo contrario y pesado en paciencia, todo lo criado en menosprecio y olvido. Levanta, Señor, mi corazón a tí en el cielo, y no me dejes vaguear por la tierra. Tú sólo, Señor, desde ahora me seas dulce para siempre; que tú sólo eres mi manjar, mi amor, mi gozo, mi dulzura y todo mi bien.

¡Oh si me encendiese del todo en tu presencia, y me abrasases y mudases en tí, para que sea hecho un espíritu contigo por la gracia de la unión interior y por derretimiento de tu abrasado amor! No me consientas, Señor, partirme de tí ayuno y seco; mas obra conmigo piadosamente, como lo has hecho muchas veces maravillosamente con tus santos. ¡Qué maravillosamente con tus santos. Qué maravilla si todo yo estuviese hecho fuego por tí, y desfalleciese en mí, pues tú eres fuego que siempre arde y nunca cesa, amor que limpia los corazones y alumbra los entendimientos!

Capítulo XVII

Del abrasado amor y del grande afecto de recibir a Cristo.

Oración para antes de recibirle

Oh Señor, con suma devoción, con abrasado amor, con todo mi afecto te deseo yo recibir, como muchos santos y devotas personas te desearon en la comunión, que te agradaron muy mucho en la santidad de su vida, y tuvieron devoción ardentísima. Oh Dios mío, amor eterno, todo mi bien, bienaventuranza que nunca se acaba, yo te deseo recibir con muy mayor deseo y muy más digna reverencia que ninguno de los santos jamás tuvo ni pudo sentir.

Y aunque yo sea indigno de tener todos aquellos sentimientos devotos, mas ofrézcote yo todo el amor de mi corazón muy graciosamente, como si todos aquellos inflamados deseos yo sólo tuviese; y aún cuanto puede el ánima piadosa concebir y desear, todo te lo doy y ofrezco con humildísima reverencia y con entrañable fervor.

No deseo guardar cosa para mí, sino sacrificarme a mí y a todas mis cosas a tí de muy buen corazón y voluntad. Señor Dios, Criador mío, Redentor mío, con tal afecto, reverencia, loor y honor, con tal agradecimiento, dignidad y amor, con tal fe, esperanza y puridad te deseo recibir hoy como te recibió y deseó tu santísima Madre la gloriosa Virgen María, cuando al ángel que la dijo el misterio de la Encarnación, con humilde devoción respondió [104]: he aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra. Y como el bendito mesajero tuyo, excelentísimo entre todos los santos, Juan Bautista, en tu presencia lleno de alegría se gozó con gozo del Espíritu Santo, estando aún en las entrañas de su madre, y después mirándote cuando andabas entre los hombres, con mucha humildad y devoción decía [105]: el amigo del Esposo que está con él y le oye, alégrase con gozo por la voz del Esposo. Pues así, Señor, yo deseo ser inflamado de grandes y sagrados deseos, y presentarme a tí de todo corazón.

Por eso, Señor, yo te doy y ofrezco a tí los excesivos gozos de

[104] Lc 1
[105] Jn 3

todos los devotos corazones, las vivísimas afecciones, los excesos mentales, las soberanas iluminaciones, las celestiales visiones, con todas las virtudes y loores celebradas, y que se pueden celebrar por toda criatura en el cielo y en la tierra, por mí y por todos mis encomendados, para que seas por todos dignamente loado, y par siempre glorificado. Señor Dios mío, recibe mis votos y deseos de darte infinito loor y cumplida bendición: los cuales justísimamente te son debidos según la multitud de tu inefable grandeza.

Esto te ofrezco hoy, y te deseo ofrecer cada día y cada momento, y convido y ruego con todo mi afecto a todos los espíritus celestiales y a todos tus fieles, que te alaben y te den gracias juntamente conmigo. Alábente, Señor, todos los pueblos y las generaciones y lenguas, y magnifiquen tu dulcísimo y santo nombre con grande alegría e inflamada devoción. Merezcan, Señor, hallar gracia y misericordia cerca de tí todos los que devotamente celebran tu Santísimo Sacramento, y con entera fe lo reciben: y cuando hubieren gozado de la devoción y unión deseada, y fueren maravillosamente consolados y recreados, y se partieren de la mesa celestial, yo les ruego que se acuerden de mí, pobre pecador.

Capítulo XVIII

No sea el hombre curioso escudriñador del Sacramento, sino humilde imitador de Cristo, humillando su sentido a la sagrada fe.

Mira que te guardes mucho escudriñar inútil y curiosamente este profundísimo Sacramento, si no quieres ser sumido en el abismo de las dudas. El [106] que es escudriñador de la Majes-

[106] Prov. 25

tad será ofuscado y confundido en la gloria. Más puede obrar Dios que el hombre entender. Pero permitida es la piadosa y humilde pesquisa de la verdad, que está siempre aparejada a ser enseñada, y estudia de andar por las sanas sentencias de los padres.

Bienaventurada la simpleza que deja las cuestiones dificultosas, y va por el camino llano y firme de los mandamientos de Dios. Muchos perdieron la devoción queriendo escudriñar cosas altas. Fe te demandan y buena vida, no alteza de entendimiento, ni profundidad de los misterios de Dios. Si no entiendes, ni alcanza tu rudo entendimiento e ingenio las cosas que están debajo de tí; dime, ¿cómo quieres entender lo que está sobre tí? Sujétate a Dios, y humilla tu seso a la fe; y darte ha lumbre de ciencia, según te fuere útil y necesario.

Algunos son gravemente tentados de la fe del Sacramento; y esto no se ha de imputar a ellos sino al enemigo. No cuides ni disputes con tus pensamientos, ni respondas a las dudas que el diablo te pone. Cree a las palabras de Dios, cree a sus santos y a sus profetas, y huirá de tí el enemigo. Muchas veces aprovecha al siervo de Dios que sufra estas cosas; porque el demonio no tienta a los infieles y pecadores, porque ya los posee seguramente; mas tienta y atormenta en diversas maneras a los fieles y devotos.

Pues anda con sencilla y cierta fe, y llega al Santísimo Sacramento con humilde reverencia; y lo que no puedes entender, encomiéndalo seguramente a Dios Todopoderoso. Dios no te engaña. El que se cree a sí mismo, demasiadamente es engañado. Dios con los sencillos anda, y se descubre a los humildes, y da entendimiento a los pequeños, abre el sentido a los puros pensamientos, y esconde la gracia a los curiosos y soberbios.

La razón humana flaca es, y engañarse puede, mas la fe verdadera no puede ser engañada. Toda razón natural debe seguir la fe, y no ir delante de ella, ni quebrarla. Porque la fe y el amor aquí muestran mucho su excelencia, obran secretamente en este

santísimo y excelentísimo Sacramento. Dios eterno e inmenso, y de potencia infinita hace grandes cosas, que no se pueden escudriñar en el cielo ni en la tierra; y no hay que pesquisar de sus maravillosas obras. Y si tales fuesen las obras de Dios, que fácilmente por humana razón se pudiesen entender, no se dirían ser maravillosas ni inefables.

A gloria de Jesucristo nuestro Señor hace fin el presente tratado intitulado *Contemptus mundi*, ahora nuevamente traducido en romance por muy mejor y apacible estilo que solía estar.

Con estas palabras concluye su traducción V.P.M. Fray Luis de Granada, del orden de Santo Domingo.